



FRANÇOIS
D'ÉPENOUX

*El
despertar
del
corazón*

se

Lectulandia

Cuidar de su nieto durante todo el mes de agosto, no es lo que más ilusión le hace en el mundo a este abuelo algo cascarrabias. Le parece un despropósito que acudan a él ahora que los padres se han separado y ninguno de los dos progenitores puede hacerse cargo del pequeño durante el verano. Le indigna, porque en todos estos años apenas se han acordado de que el niño tenía un abuelo, y es que el viejo refunfuñón nunca fue de la devoción de la madre. En este momento entre el anciano ermitaño y el niño de seis años hay mucho más que una brecha de siete décadas, hay todo un abismo, un universo entero.

En cambio, durante ese verano en la casa de madera junto al lago, ya sea por las tardes de juegos y de pesca o bien por los paseos en bicicleta y la ausencia de televisión... poco a poco, surge una complicidad única entre ellos, un estrecho vínculo de amor y aprendizaje mutuo que despertará la curiosidad del niño por la naturaleza y acabará enterneciendo el corazón del abuelo.

Lectulandia

François d'Epenoux

El despertar del corazón

ePub r1.0

Titivillus 24.10.2017

Título original: *Le réveil du cœur*
François d'Epenoux, 2015
Traducción: Joan Riambau Möller

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Élise y Oscar.
Un cálido agradecimiento
a mi amigo Frédéric Zeitoun, por más de una razón*

La verdadera felicidad sería recordar el presente.

JULES RENARD

Tiene la palabra Jean

1

El nombre de la estación de Gaîté, «alegría», nunca me ha parecido tan apropiado. En cuanto se han abierto las puertas, he salido del vagón como un salmón fogoso y reluciente y no como una sardina sin vida. Por descontado, las oleadas de insultos seguían salpicándome mientras remontaba la corriente de la multitud, pero al acercarme al aire libre, estos ya solo tenían la vana indiferencia de los salivazos.

Acabo de dejarme caer en un bar absolutamente ordinario, Le Maine Café, en la avenida del mismo nombre. A pesar de haber entrado de forma despreocupada saludando a los parroquianos como un vaquero en un salón, de haber elegido con desenvoltura una mesa cerca del ventanal y de haberme sentado dándome aires de cliente asiduo, soy uno de esos individuos a los que los camareros consideran que no es prioritario servir. Por lo general, atienden a todos los clientes que me rodean, salvo a un servidor. Su mirada resbala sobre mí. No me ven.

Mi drama es que no tengo encanto alguno para atraer su atención con alguna expresión familiar o una orden firme que los detenga en seco de camino a la barra. Siempre hago gala de una sonrisa educada, de circunstancias, que no produce efecto alguno, que «no existe». A menudo me he visto obligado a marcharme sin haber pedido nada, ni siquiera un expreso. Pero ahora, escarmentado por la experiencia del metro, no tengo intención de someterme. Llamo al camarero con un tono más fuerte de lo que hubiera deseado. Mi voz patina; será un problema de dosificación. Algunas cabezas se vuelven, y también la del camarero, que tiene la cara dura de decirme, cáustico: «Ya va, caballero, ya va...». Debería darle una lección a ese cretino, contestarle como se merece, soltarle una pulla, pero no hago nada de todo eso y simplemente sonrío como si me disculpara.

Aparece el camarero. Es de esos que solo respetan las propinas de los peces gordos y los chistes de los obreros, pero nada entre uno y otro extremo. A sus ojos, un cuarentón de apariencia corriente y que no es cliente habitual no se merece ni un saludo.

—¿Sí?

—Un café —digo mirando afuera, con la firmeza de los que tienen otras cosas que hacer.

Lo memoriza. Su pequeña venganza consiste en volver más tarde, pero mucho más tarde, y servirme un café tibio que quizá ha aderezado, todo es posible, con un

hilillo de saliva. Por supuesto, y esa es su segunda venganza, no toma el billete que he dejado para él, indicándome así que lo cogerá cuando le apetezca, es decir, en un próximo y muy hipotético paso por mi zona.

Estoy que ardo como un café malo cuando vuelve, toma el billete sin miramientos, hunde dos dedos negros en el bolsillo ventral de su delantal y saca de ahí unas monedas que selecciona y hacer rodar sobre la mesa. Quisiera empujar a ese tío contra la pared y hundirle un tenedor en el ojo como Joe Pesci en *Uno de los nuestros*, pero me avergüenza tanto no saber cómo hacerlo —el tenedor se doblaría, apuntaría a su cabello o yo resbalaría sobre una hoja de lechuga— que me marcho sin decir palabra. A menudo el silencio es el único orgullo de los cobardes. ¿Será por la vertiginosa presencia de la torre Montparnasse? Unos instantes más tarde, sentado en un banco a sus pies, me siento muy pequeño. Sí, un tipo minúsculo.

¿Qué puede haberle pasado por la cabeza al Viejo? Es muy propio de él. Aún no me he habituado a su humor a pesar de que hace cuarenta y dos años que lo ejercito casi a diario. Si mi madre no hubiese muerto fulminada y en plena calle, abatida por un ataque cardíaco, quizá me habría advertido de que mi progenitor estaba loco. Pero eso no hubiera cambiado para nada el hecho de que ese hombre lo es todo para mí: mi padre, mi hermano, mi pilar, mi árbol, mi maestro, mi razón de partirme de la risa y de exasperarme, mi menos y mi más, mi corriente bifásica, mi doble polo.

Desearía llamarle ahora mismo, pero es imposible y habrá que esperar a la noche. El señor no tiene móvil, el señor odia los móviles, como cualquier otra cosa que se parezca a los atributos de nuestra época. No hace falta ir más lejos: su teléfono es negro, de baquelita, con un cable en espiral, una esfera con agujeros que hay que acompañar con el dedo a la ida y a la vuelta, número a número, y que hace un ruido de matraca. La réplica idéntica, en resumidas cuentas, del teléfono de Louis Jouvét en *En legítima defensa*. Con, imagínense, una increíble innovación: un auricular individual que puedes pegarte a la oreja. Es inútil decir que ese cacharro, cuando suena, puede despertar a un regimiento en menos tiempo del necesario para quedarse sordo. Solo falta una operadora al otro lado de la línea que le ponga a uno con «Maillot 24 26» o «Passy 18 54» con la voz de la locutora de los años sesenta Jacqueline Joubert. De eso, sin embargo, el Viejo ya ha cumplido el duelo.

A última hora de la tarde, le llamo. Descuelga después de doce timbres.

—¿Diga?

—Soy yo.

—¿Estás vivo?

—Por los pelos. Han estado a punto de lincharme. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Carraspea, sin que se sepa si se ríe o si le ha dado un ataque de tos.

—Tenía ganas de reírme.

—Muy buena, la broma. ¿Te imaginas el ambiente dentro del vagón?

—¡Por supuesto!

La risa se apodera de él, sin disimulo. Imagino su rostro leonino frunciéndose con

mil arrugas y su delgado bigote, muy corto, formando la V de la victoria sobre sus labios.

—Perdóname, Jean. Pero, francamente, ¿es verdad que la gente es gilipollas! Cuando los he visto a todos amontonados ahí delante a pesar de que detrás había sitio, no me he podido reprimir. Y además tú, ahí en medio, tieso como un cirio...

—Y te han entrado ganas de encenderme...

—Eso es. ¡Eh, pero no era una maldad!

—Es cierto. Has hecho cosas mucho peores.

—¡Me fascina poner a prueba a mis contemporáneos! ¡Ver si aún son capaces de reírse! Ni uno ha sonreído. Todos apretujados, impasibles, con los cables del estetoscopio que les salían de las orejas...

—iPod, papá... Es música...

—¡Qué horror! Sería mejor que escucharan sus corazones, ya tenemos suficientes vagabundos...

—No tienen tiempo para eso. Y si lo hicieran, si de verdad escucharan sus corazones, como dices, se volverían locos. ¿Crees que no saben que forman parte de un sistema absurdo y vano? ¿Que el mundo los pisotea? ¿Crees que a ellos no les apetecería también largar amarras?

Se ríe abiertamente.

—¿Largar amarras? ¿Con su tarjeta Navigo? ¿La tarjeta de transportes?

—Sí, con su tarjeta Navigo...

—La tarjeta Navigo. Con eso ya lo has dicho todo sobre estos tiempos. Menudos navegantes...

—No todo el mundo ha tenido la suerte de trabajar en la marina mercante, capitán.

—Es una lástima.

—Y además, entre tú y yo, la época del «revisor del metro de Lilas», al que cantaba Gainsbourg, tampoco era una maravilla.

—Por lo menos, las personas hablaban entre ellas, había seres humanos. Mientras que ahora... ¡bip, bip, bip! La gente pasa como en una ventolera; es siniestro.

—No es más siniestro que los «agujeritos y más agujeritos» que el revisor hacía en los billetes, como dice el estribillo de la canción.

—Si tú lo dices...

El Viejo baja la guardia. Lo aprovecho.

—Mira, papá, la gente hace lo que puede. Todo el mundo hace lo que puede.

—Es un sálvese quien pueda, querrás decir. ¿Acaso creen ser los Marco Polo de la línea 13? ¿O se creen hámsteres? ¿Y pretenden salvar la sociedad? Corren y corren, pero cuando la rueda gire de verdad saldrán disparados como unos desgraciados. Me dirás que el único lujo de los pobres es que aún pueden esperar, mientras que los ricos ya lo tienen todo. ¡Qué triste!

—Es posible, pero, mientras tanto, todo el mundo se protege: la casa, la hipoteca,

los ahorros, el trabajo, la pareja y qué sé yo cuántas cosas más. Y tú que hablabas de humanos, esto es humano. Una vez más, ¿qué quieres que hagan? ¿Pretendes que asalten las torres de la Défense a golpes de pico?

—¡Oh, sí! ¡Eso estaría bien! —exclama alborozado el Viejo.

—Ni lo sueñes. No hay escapatoria. Solo cabe una huida hacia delante.

—¿Ves? Me das la razón.

—Claro que te doy la razón, pero yo siento compasión.

—Aun así, lo que me he reído. Si los hubieras visto...

—No los he visto, pero me los he imaginado a mi alrededor y, créeme, ya he tenido bastante. Creía que iba a asfixiarme.

—Y yo pensaba que iba a morirme de risa.

Suspiro, y él recobra el resuello.

—Hoy no estás de humor —se lamenta—. ¿Estás en casa?

—Sí, claro.

—¿Has cenado?

—Aún no. Voy a calentarme algo en el microondas...

—¿Cómo?

—En la cazuela.

—Mejor. Deja esa guarrería de los congelados. No se sabe qué provocan esas cosas en nuestro organismo. No entiendo cómo funciona eso de los bloques de hielo que se calientan en veinte segundos bajo una lluvia de rayos. Ábrete una buena lata de conservas de las de toda la vida y remueve con una cuchara de madera. Créeme, eso es lo mejor.

—Me lo pensaré.

—Y luego ¿qué vas a hacer?

—Creo que escucharé a Charles Trenet en la radio.

—No te burles de mí. Venga, que descanses, hijo. ¿No me guardas rencor?

—Claro que no. Buenas noches, papá. Que tengas dulces sueños. Buen viento y buena mar.

—Buenas noches, muchacho. Y gracias por acompañarme a ver a tu tía. Ella lo necesitaba. La familia es importante.

—¿Al final has vuelto en tren?

—Qué va, iba con el León. Ha devorado la cuesta de Saint-Cloud.

¿Quién podría sospechar que tras ese apodo de boxeador se oculta en realidad un venerable vehículo? «El León», así es como el Viejo llama a su Peugeot 203 del año 1955, en homenaje a la fiera cromada que corona su capó como un mascarón de proa. Por lo demás, en efecto, el viejo animal posee el pelaje oscuro y la silueta alerta del luchador que no está dispuesto a rendirse. Firme sobre sus neumáticos, con sobrio consumo de aceite y de gasolina, recorre las calles de Garches con una sonrisa metálica y unos ojazos indulgentes. Para todo el mundo es una pieza de coleccionista, excepto para el Viejo. Para él es su coche. Más exactamente, su «auto». Lo limpia y

lo acicala, lo saca a pasear a diario, olisquea sus perfumes de terciopelo y de baquelita, lo escucha con atención, siempre previsor. Nada que ver con los «cacharros ovoides» de plástico y materiales compuestos que crean los embotellamientos del populacho. El León, en su mente, es un vestigio de una época en la que los conductores eran elegantes, las carreteras estaban bordeadas de plátanos y los cabriolés italianos pertenecían a príncipes de sangre real y no a astros del fútbol.

En cuanto a qué va a hacer esa noche el Viejo, lo sé muy bien. En su televisor de esquinas redondeadas de los años sesenta, de los tiempos en que se emitía el programa de reportajes *Cinq colonnes à la une*, verá uno de los innumerables DVD de la colección «René Chateau» que compra por lotes. Esa concesión a la tecnología actual es tan rara en él que merece ser subrayada. Un electricista que le aprecia — mucha gente le aprecia— se las compuso para apañarle las conexiones necesarias. Y mi padre, cada día que Dios nos da, disfruta de una película de René Clair, Marcel Carné o Henri-Georges Clouzot repantigado en un sillón de piel tan estriada como él. Su viejo Philips está destinado a ese único uso. Por lo demás, el Viejo se niega a ver las cadenas de televisión, rechaza las noticias de este mundo, rechaza ver cualquier anuncio, el parte meteorológico o el resultado de la lotería y demás «burradas de nuestro tiempo». Como de costumbre, con su personalidad a la manera del general De Gaulle, dejará todo eso a los «borregos». Luego irá a acostarse, con un libro elegido al azar bajo el brazo. Guiado por una única bombilla encendida en la primera planta de su casa bohemia, dejará para el día siguiente el desorden del amplio salón y ascenderá los peldaños con pasos pesados. Besaré en la frente cada una de las fotos de mi madre alineadas en el pasillo. Cerrará los postigos de su dormitorio. Luego el libro. Luego los ojos.

—No le harás cambiar —me dice Leïla, fatalista.

—Lo sé, pero me da igual. A veces me preocupa verle encerrado en su burbuja.

En lugar de abrir una lata de conservas hemos quedado en un pequeño restaurante del que hablan bien en *À nous Paris* y en el *Figaroscope* de esta semana. Cuenta con un nombre regresivo —Le Miam Miam—, baldosas de cemento en el suelo, una pintura ciruela a la esponja, mesas *vintage* del mercadillo de las Pucés, sillas desparejadas rascadas a cuchillo, con una pareja joven al frente —él en la cocina y ella sirviendo—, y tiene una pizarra en la que anuncian unos platos que prometen «canallas» a pesar de unos nombres voluntariamente chocantes; es el tipo de restaurante moderno y barato muy de moda entre los burgueses bohemios.

Después de echar un vistazo circular, Leïla arranca nuestro tema de disputa favorito.

—¿Y si en el fondo es feliz así?

—Pero no puede aislarse de todo cuanto le rodea... De nosotros, por ejemplo.

—¿De nosotros? ¿Le has hablado de nosotros?

—Sí, ya te lo he dicho... Varias veces.

—¿Y le veré pronto?

—Aún no...

—Ya me extrañaba.

—Basta, Leïla. Sabes que no es fácil.

—Sí, ya sé que para ti no es fácil.

Hace casi dos años que Leïla y yo estamos juntos y nunca me he atrevido a presentársela al Viejo. Como buena franco-marroquí de sangre caliente, lleva bastante mal esa cuestión. Veo ahora sus ojos negros y ardientes recorrer la carta para despistar, mientras sus piernas, largas y atléticas —un poco delgadas para mi gusto—, buscan su lugar debajo de la mesa y al tiempo apartan las mías. Sus joyas tintinean bruscamente con sus gestos, los botones de su chaqueta emiten minúsculos destellos y su cuello palpita con fuerza, así que, tanto su vestimenta como ella misma, todo expresa su exasperación. Leïla es de una pieza y por eso la quiero. Sin duda porque es guapa y porque me zarandea a su manera, como se agita una pandereta, para darle ritmo a la vida y mecerse en sueños de futuro.

Llega un camarero. Tiene las sienes afeitadas, el cabello pegado en una cresta de regaliz, un culo marcado del que parece muy orgulloso y viste un pantalón slim que cae sobre unos zapatos con forma de fueraborda.

—¿Ya han decidido?

—Casi... ¿Qué es, por cierto, un «champú de cabra a la italiana»?

—Un chupito de emulsión de queso de cabra y tomate, caballero, con espuma de gorgonzola y galleta de trufa del Piamonte.

—Ah, sí, claro.

Advierto que el lápiz empieza a dar signos de un ligero nerviosismo sobre el cuaderno. Como los dependientes de las tiendas Ralph Lauren, el tipo debe de considerar que su trabajo es indigno de su condición. Su impaciente orgullo le hace las veces de conciencia de clase.

—¿Y la «cazuelita insolente de la casa»?

—Es de buey.

No me atrevo a decirle que tengo un verdadero problema con la palabra «cazuelita». Me ocurre lo mismo con «puchero», «cuajada», «gamuza» o «afelpado»; no puedo con esas palabras. En lugar de revelarles mi alergia, ahondo en el tema.

—De buey, pero ¿cómo?

—Buey en salsa. Un poco a la borgoñona. ¿Me entiende?

—Oh, sí, perfectamente. —No soy tonto—. ¿Y qué tiene de insolente?

—El chef ha añadido una pizca de paprika.

—Dios mío, ¡qué atrevido!

—Tomaré eso —declara Leïla por comodidad.

—Lo mismo —digo por pereza.

—¿Con dos champús?

Busco el asentimiento de mi comensal.

—Eso es.

—¿Y para beber? El vino del día es uno biológico de Anjou muy bueno...

—Quizá..., pero ¿tienen algún burdeos?

Pánico.

—Le traeré la carta.

—No hace falta. El anjou está bien.

Se aleja contoneándose, aliviado. Leïla, que se ha percatado de mi enojo, murmura:

—Anjou... ¡Preparados, apunten... fuego!

—¿Tanto se me ha notado?

—Un poco.

Apoya su larga mano sobre la mía. Las uñas rojas son un poco demasiado rojas, pero hago todo lo posible para no estropear ese milagroso armisticio. El camarero regresa por detrás. Súbitamente ceremonioso, muestra la botella, con un dedo en el culo y otro rodeando el cuello de la misma, con una gestualidad que parece resultarle familiar. La etiqueta no me dice nada y prefiero no pronunciarme, contentándome con tenderle mi copa, catar el brebaje y mostrar mi acuerdo.

Nuestro divino camarero se dispone a ir a cumplir otras tareas, pero, inesperadamente, Leïla lo detiene.

—Disculpe... Antes, tomaremos dos copas de champán.

—Perfecto.

Miro a Leïla, desconcertado.

—¿Qué celebramos?

—Pues ¿qué va a ser? ¡Mi próximo encuentro con el Viejo!

—¡Qué fuerte vas...!

El Señor Regaliz regresa tan seco como antes, con dos copas flauta en una bandeja.

—Aquí lo tienen.

—Gracias.

Leïla me mira de una manera extraña y eso no me gusta. Brindamos, mirándonos a los ojos.

—¿No lo adivinas?

—No...

—Estoy embarazada, Jean.

—¿Qué?

—Estoy embarazada.

Me interrumpo y se lo hago repetir por tercera vez. Se me hiela la sangre.

—Pero... ¿es mío?

—No, de Enrico Macias. ¿Eres tonto o qué? —exclama riéndose.

—¿Estás segura? ¿Seguro que esperas un hijo?

—Claro. ¡Más que segura!

Apuro la copa de champán y ataco el anjou, que en el acto se convierte en mi mejor amigo en el mundo entero. ¿Qué hacen los hombres para parecer felices en esos casos? Un hijo es algo formidable, por supuesto, pero lo cambia todo... ¡Lo cambia todo completamente! Una vez más, no acierto con la reacción apropiada.

—¡Qué locura!

—¿Eres feliz?

—¡Claro! ¡Aunque es una locura! Discúlpame, pero... Vamos, es que no sé qué decir.

En realidad, me da miedo estar sobreactuando como un tipo emocionado que farfulla de alegría. Un poco más y parecería una de esas actrices norteamericanas que maúllan «*Amazing...!*» o «*Greeeat!*» en un tono histérico, con la boca y los ojos redondos como el agujero de un *bagel*. Leïla no es ingenua.

—Seguro... ¿seguro? ¿Estás bien?

—Sí, ¡genial! Y por cierto... No, claro... Aún no se sabe el sexo, ¿verdad?

—Jean, estoy embarazada de seis semanas.

Me hundo en la silla, bebo dos tragos, me incorporo, me sirvo de nuevo y echo balones fuera.

—¿Y tus reportajes? ¿Cómo lo harás para seguir con tus reportajes?

—Se pueden hacer fotos muy buenas a tres minutos de aquí. Haré reportajes urbanos y así variaré de la selva y los desiertos.

Por más vueltas que le doy, ya no tengo argumentos en la recámara. Solo me queda la falsa exaltación emocionada.

—Cuando pienso en que voy a ser papá, ¡qué locura! ¡No me hago a la idea! —digo con la certeza de que mis palabras suenan huecas.

—Sí, colega, ¡ha llegado el momento! Eso de ser padre... aporta serenidad, ¿verdad?

—Sí, eso sí.

Se ríe y se levanta para ir al baño. Me quedo totalmente postrado, con la mirada clavada en mi plato. Habíamos hablado de ello, evidentemente... Por supuesto, yo estaba de acuerdo... Pero cuando llega la noticia..., que está ahí, dentro del vientre... Y, por cierto, ¿niño o niña? ¿Futura adolescente o futuro adolescente? De repente me viene a la cabeza la imagen de una chiquilla maquillada que me cierra la puerta en las narices gritando que no entiendo nada, que no soy más que un «carroza», que está harta de esta apestosa sociedad de mierda, joder... Un segundo después, se me aparece su doble masculino bajo el aspecto de un gilipollas corpulento en moto, con

un grano en la nariz y la inevitable risa de cretino... Y todo eso, ahí, en caliente, ¡no deja de crecer! ¡Ya es inmenso, voraz, insolente, aburrido, tierno, desesperante, vago, inculto, pretencioso y ruidoso por la noche! ¿Y tendría que ser el tipo más feliz del mundo? Lo siento, no lo consigo. ¡Qué maravilla, este vino de Anjou! Leïla llega al mismo tiempo que los dos champús y se sirve un vaso de agua.

—Creo que ya no puedo... —declara empujando su copa de vino hacia mí.

No es una musulmana estricta, pero sí una embarazada practicante.

—Llevas razón —apruebo, y lo apuro al instante.

—¿Ves? Cuando te decía que iba a conocer a tu padre...

El Viejo. Lo había olvidado.

—Ya me imagino su cara —murmuro.

Será muy listo quien pueda adivinar en esas palabras la inmensa inquietud que encierran. ¡Dios mío! ¡El Viejo y su opinión sobre todas las cosas! El Viejo y su fobia hacia todo lo que cambia, hacia lo que evoluciona, y Leïla que es mestiza, y esa criatura sin estar casados... ¡Socorro! Leïla me devuelve a la realidad.

—No está mal, ¿verdad?

—¡Ejem!

En realidad, los entrantes son perfectos, tan deliciosos como ridículos son sus nombres. En cuanto a las cazuelitas, a pesar de que no tienen nada, pero absolutamente nada de insolentes, están bastante logradas. Sobre todo regadas con el anjou. Y la botella está vacía. No así el vientre de Leïla: entre el queso de cabra y el buey, bien colocado, se halla un pequeño ser acurrucado y amenazador, casi dispuesto a saltar para robarme el pan de la boca y alejar la mía de la de Leïla, tan sonrosada y carnosa que apetece darle un bocado. Adiós a las carantoñas matutinas, a las cenas en pareja, a los paseos a nuestro aire, a los proyectos improvisados, a los fines de semana en paz... Bienvenidos los biberones nocturnos, la leche en polvo Guigoz a su justa temperatura, las caquitas de color espinaca y los potitos de zanahoria. La deseo. Pero antes, otro trago de anjou.

—¿Sirven copas de vino?

—Sí, pero no de este —responde Regaliz.

—Pues uno parecido, entonces.

De nuevo se instala el pánico.

—Le llevaré la carta de vinos.

—Da igual. La cuenta, por favor. Y la máquina.

¿Por qué insistir? No sabe de vinos y tampoco domina el idioma: un camarero se lleva la carta cuando el cliente ya ha elegido, pero se la trae a la mesa cuando desea consultarla. Vaya, me parece que he bebido demasiado. Lástima, este anjou era bueno. De no haber estado Leïla, me habría pedido otra botella. Pero Leïla está ahí, con la criatura, y me vigilan. Ella con esa mirada dura e intransigente que tiene a veces. Y él a través del ombligo, donde debe de haber hecho un agujerillo a modo de mirilla.

Al ver a Astrid agitar lentamente sus extremidades mirando a sus interlocutores con sus ojos hipnóticos, atornillándolos y cortando de raíz cualquier veleidad contestataria, me digo que, en realidad, a una serpiente no se le puede reprochar que sea una serpiente. «Es» una serpiente, no hay nada más que hablar, de cabo a rabo. No cabe hacer ningún juicio de valor al respecto, ni para bien ni para mal. Al fin y al cabo, una serpiente no ha pedido ser serpiente. Quién sabe si no hubiera preferido haber nacido, por ejemplo, koala o panda, tan adorables y telegénicos. Sin embargo, ha nacido serpiente y morirá serpiente, así lo ha querido la naturaleza, y no ella, y si le apetece devorarte crudo, hincarte los colmillos en la mano o cegarte de por vida, solo te lo podrás reprochar a ti mismo. Eso es lo que hace que el animal sea fascinante aunque no sea atractivo.

La reunión ha empezado hace una hora y observo el comportamiento de Astrid con la perplejidad de un chiquillo que visita el terrario del Jardín de las Plantas. Nuestras propuestas de campaña para el agua mineral Volvic están esparcidas sobre la mesa baja de su despacho. *Mood boards* —al Viejo le gustaría ese término—, eslóganes, desarrollos gráficos, ejes, pistas, declinaciones para vallas publicitarias de 4 × 3, anuncios de prensa, animaciones para comercios y pruebas tipográficas.

A mi lado, alrededor de ese montón de hojas A3 aún calientes después de salir de la fotocopidora, se halla reunido todo el equipo dedicado a esta campaña «proactiva»: un reto «hiperimportante», como han insistido en las altas esferas. Ahí están Chloé, la directora de arte con la que trabajo en *team* —ese también es para el Viejo—; Amélie, diseñadora gráfica; Sandrine, directora creativa, asistida por Aude, directora de cuentas y asistida a su vez por Ariane, gerente de proyecto. Sin olvidar a un puñado de becarios aterrorizados. Todos esperamos la reacción de la Bestia, que, sentada en un puf Cinna, está inclinada, con los codos apoyados sobre las rodillas. Si los relojes no fueran electrónicos se oiría su tictac. Las doce menos diez en los antebrazos húmedos, un sol cayendo a plomo, redondeles de sudor frío bajo las axilas ardientes, todo lo necesario para pillar un resfriado debido al aire acondicionado.

Astrid permanece un buen rato escrutando las creaciones. Luego levanta la esquina de una hoja como se levanta la cola de una dorada que tiene aspecto de ser de hace un par de días. Entonces su mandíbula avanza ligeramente y deja ver una hilera de denticillos detrás del labio inferior. La sonrisa del crótalo. Muy mala señal.

—¿Esto es todo lo que tenéis?

Sandrine se lanza la primera. Su *coach* en gestión de empresas debe de haberle aconsejado afirmar su autoridad.

—De momento no son más que unas pistas y...

—Pistas, pistas... Esto no es una estación de esquí, es una agencia de publicidad.

Y aquí no veo nada publicitario, nada impactante. Hablando en plata: no veo nada.

—Con eso quiero decir que no hemos tenido mucho tiempo.

—El tiempo, a diferencia de los clientes, es fácil encontrarlo.

Miro en derredor. Todos, con ojeras después de dos noches sin dormir trabajando bajo los fluorescentes, estamos sumidos en la contemplación de sus zapatos como si los viéramos por primera vez. Ante tanta resignación, decido ponerme mi disfraz de domador. Solo me faltan el bigote, las botas, el látigo, la raya en medio y la levita roja con galones.

—A mí me parece que hay algo interesante en el cuarto enfoque —digo, cerrando a mis espaldas la puerta de una jaula invisible. Y añado—: Habrá que profundizar en ello, por supuesto, pero bueno...

Esta vez me hallo solo ante el monstruo. Astrid alarga el cuello, alza hacia mí una mirada fría y susurra:

—Ya estamos en el fondo del pozo. No hay que profundizar más. Más sería ya puro vicio.

Miro los relojes de los que siguen preguntándose por qué sus mocasines no tienen cordones. Las doce menos ocho. Solo han transcurrido dos minutos desde el inicio del cara a cara y me han parecido durar dos horas. Siento cómo una gota cae directamente de mi axila a mi costado, ligeramente hinchado por encima de la cintura. Luego arriesgo el todo por el todo.

—Nos quedan tres días. No vamos a ahogarnos en un vaso de Volvic...

Astrid me apunta con dos ojos de asesina. Su mandíbula inferior acaba de iniciar un movimiento lateral que no augura nada bueno. Me cuesta aguantarle la mirada, pero resisto. Sube un tono.

—Muy gracioso, Jean. En primer lugar, solo quedan dos días, porque hay que incorporarlo todo al PowerPoint veinticuatro horas antes de la presentación, para que los comerciales puedan prepararla. ¿Y qué propones?

—Propongo que reexaminemos las propuestas. Las ideas «Noticia fresca» y «Haz brotar tu pozo» cuadran perfectamente con el *briefing*.

—¿Ah, sí? No entiendo nada. ¿Qué entendéis vosotros?

Un ligero rumor a base de borborismos y carraspeos responde a su mirada circular. Esta vez es Aude quien aprovecha para salir de la trinchera bajo la metralla.

—Bueno, estamos trabajando en el tema de los añadidos minerales con una dimensión un poco zen, ¿sabes?, tipo introspección... Tenemos un *target* femenino urbano y...

La pobre Aude se ve obligada a interrumpir en seco su discurso por la simple razón de que su interlocutora teclea nerviosamente en su BlackBerry. Pero Aude insiste, con las mejillas coloradas y tartamudeando:

—Sí, Astrid, lo que quiero decir es que no sería ninguna tontería...

La otra aprovecha la ocasión al vuelo.

—¿Otra tontería? ¿No tenemos suficientes tonterías sobre la mesa?

Y todo el mundo advierte que, a pesar de que la atmósfera de la oficina puede cortarse con un cuchillo, en su rostro aparece una sonrisa dibujada al escalpelo.

Aude se empecina.

—En realidad no puede razonarse de forma segmentada y además...

—¿Marc?

Demasiado tarde. Astrid acaba de levantarse, sin que le importen un comino los argumentos avanzados por Aude que yacen por el suelo en pequeños pedazos de voz rota. Su Majestad preside ahora desde detrás de su mesa bajo la mirada de la atónita asamblea.

—Hola, Marc, soy Astrid. ¿Podrías hacerme un *free* urgente ahora mismo, con tu directora de arte favorita? Émeline, sí, esa misma... Vale, escúchame... Para pasado mañana, por la mañana... Luego te haré un *briefing*. Tenemos entre manos un asunto muy gordo y no tengo nada. Ok, te lo explicaré comiendo. A la una en la agencia. Perfecto, besos.

Cuelga y se echa hacia atrás, haciendo que el alto respaldo de su sillón de piel negra ceda bajo su peso con un «pssshht» de mandamás. Luego hunde el rostro entre sus manos suspirando un largo, muy largo «joder». Acto seguido se incorpora y cierra, consternada, el ordenador portátil, apoya los codos en la mesa de cristal —a su imagen, fría y angulosa— y nos mira a todos de uno en uno, con el mentón descansando sobre sus manos cruzadas.

—Conseguidme más cosas. Intentaré salir del paso con Marc y Émeline y así, por lo menos, tendremos algo que presentar.

Astrid apura el vaso de agua en el que nos ha ahogado a todos como a miserables renacuajos. Se levanta la sesión. Y también ella, que se dirige a paso mussoliniano hacia la cafetera. Cuando salgo al pasillo con el resto del equipo, la oímos maldecir a esa «puta mierda de máquina que no devuelve el cambio». Claramente, la patada que le propina iba dirigida a nosotros. Resuena un buen rato en el vacío de nuestras cabezas.

Llego a mi mesa. Todo se halla en su lugar, como es habitual. Durante un buen rato no va a ocurrir nada. La rutina siempre se impone. Me aplasta. Me hunde. Hay días en que ni siquiera encuentro mi coche en el aparcamiento porque confundo la plaza donde he aparcado con la del día anterior.

Chloé se suena con fuerza detrás de su ordenador. Me dice que se trata de una alergia, como si fuera a creérmelo. Voy a buscarle un vaso de agua y un café. Pulso el botón «corto sin azúcar». Me gustaría soñar que la máquina, para cambiar, para divertirse, vierte en mi vaso zumo de guayaba, leche de coco, tinta de sepia o sopa de tomate. Pero no, esas cosas no ocurren nunca y, de todas formas, a Chloé le apetece un café corto sin azúcar. La vida está bien hecha, finalmente.

En la escuela de las mujeres que le gustaba a Molière, Astrid obtuvo sin duda el número uno de su promoción «Máquinas de guerra» —nacidas entre 1975 y 1985—, en la categoría urbana socioprofesional altamente cualificada, como decimos en nuestra jerga. Una generación de treintañeras temibles, completamente autónomas profesionalmente, financieramente y, *oh my God!*, también sexualmente. Unas escuadras de chicas que utilizan su feminidad sin complejos puesto que presumen de las conquistas del feminismo. Y en ese combate que dicen ser «de buena ley», nada mejor que un escote para vengar a los batallones de abuelas dominadas.

¿Es deshonesto el arsenal de esa seducción al ser desesperadamente previsible? ¡En absoluto! Las nuevas ambiciosas actúan en cuerpo y alma... ¡Y menudo cuerpo! Masajeado, con crema de algas marinas, y magnificado por una lencería Darjeeling ante la que cualquiera cae rendido de rodillas. «Alguna ventaja deberíamos tener, ¿verdad?», te dicen con una sonrisa... falsamente ingenua pero que desarma.

En otras palabras, en esas mujeres están muy presentes la sonrisa, las tetas y el culo, y saben cómo hacerlo valer, pero por lo demás no hay que llevarse a engaño: son tíos, y de verdad. Más vale desconfiar de su Fiat 500 rosa, de sus ensaladas dietéticas de Cojean o de su afición a los horóscopos bajo el signo de la búsqueda del príncipe azul. Cuando Astrid me ha echado la bronca en la reunión de Volvic, con los hombros hacia delante, las piernas separadas y una mirada belicosa, la que me hablaba no era una tía buena sino un tío disfrazado que, por un momento, he creído que iba a levantarse para arrearne un cabezazo. ¡Y aún hay quien se sorprende de que los hombres, provistos de su ridícula pistola, solo piensen en disparar su cartucho antes de huir, asustados!

Hacia la una, atravieso los despachos abandonados por los amables trabajadores que se han marchado en busca de algo parecido a una existencia glamurosa en una terraza, con la vista puesta en un sándwich mixto a veintidós euros. Luego, aprovechando esa beneficiosa soledad, me planto ante el espejo del baño, me contemplo un buen rato y me digo: «Si Astrid es una serpiente hecha mujer, si ahí dentro hay algo hecho y derecho, perfecto que impone respeto porque es tangible, inalterable y “sólido”, ¿qué eres tú, eh? ¿Quién eres tú?».

—Un pichafría —me responderá más tarde por teléfono el Viejo, al que desgraciadamente le he explicado mis problemas profesionales—. ¡Eres un pichafría!

Al oírlo, me echo atrás en mi asiento, que no hace «pssshhht» en absoluto.

—Gracias, papá, con eso me has subido la moral.

—Perdóname, hijo, sé que es una palabra fuerte, pero confiesa que en parte es verdad. ¿Por qué no le plantas cara a esa pajarraca?

—¿Bromeas? Hay mucha gente que aspira a mi puesto. Y con la que está cayendo...

—Y tú eres como esa gente del metro: proteges tu hipoteca, tu apartamento, tu

tren de vida...

—Si tú lo dices. Pero es muy fácil decirlo si has vivido los años dorados del capitalismo, el pleno empleo y la felicidad generalizada.

—Con tu razonamiento, sin embargo, ya nadie se atreve a dar un paso. Todo el mundo se aferra a su pequeña vida como un mejillón a su roca. Y algunos se aprovechan de ello.

—Estoy de acuerdo, pero eso no me convierte en un pichafría.

El Viejo se aclara la voz, señal de un inminente contraataque.

—Y es un oficio de cabrones.

—Ya sé qué piensas de mi trabajo.

—¿Acaso no llevo razón? ¿No me dijiste un día que trabajabas en una bebida alcohólica para jóvenes y, al mismo tiempo, en una campaña de seguridad en carretera?

—Sí, así fue.

—Así que por un lado les dices a los chavales: «Emborrachaos tanto como queráis», y por otro: «¡Precaución al volante!».

—Exageras.

—¿Sabes? Tus anuncios son como las putas baratas que se acuestan con cualquiera mientras puedan ganar dinero. Sin principios. Sin discernimiento.

—A eso se le llama publicidad, papá.

—Lo sé. Y sé que por culpa de la publicidad cada vez comemos y consumimos más. ¿Y adónde vamos a llegar? ¿Acabarán los mares desbordando de basura como los contenedores durante una huelga de basureros? ¿Y para qué estás trabajando esta vez?

—Para un agua. Volvic.

—Agua, agua... Basta con dársela a los que la necesitan en lugar de meterla en botellas de plástico.

—Lo simplificas todo... Las cosas son más complejas.

—Llevas razón. Todo es más complejo, eso es lo que me hace rabiar. A base de complicarnos moriremos sepultados bajo botellas vacías, al sol, con siete mil millones de gilipollas que habrán saciado la sed en embotellamientos ya que mientras, por supuesto, todo el mundo se habrá comprado un coche.

—Hoy estás muy alegre.

—Como unas castañuelas. Pero también desmoralizado, sobre todo por los que sufren y no reaccionan.

—Papá, perdona, pero me agotas. Me defiendes, ¿sabes? Me informo.

—¿Te informas? ¿Ya te has informado acerca de tus derechos?

—No te entiendo...

—Qué sé yo..., ¿no tenéis un representante del personal? ¿Un delegado sindical?

—Todo eso no son más que chanchullos, no tengo intención de meterme en esas cosas. Ya sabes que la política no es lo mío.

—¡De eso me quejo! No tienes una opción clara, nada de política, sin partido, sin opinión firme. ¿Qué quieres que te diga? ¡Tienes cuarenta y dos años y no te comprometes con nada! ¡Con nada! ¡Ni siquiera con tu vida amorosa! Mira que eres apático...

—No es verdad.

—¿Cómo que no es verdad?

—En mi vida amorosa sí estoy comprometido.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es ella?

—Leïla. Te he hablado de ella muchas veces.

—¿Sí? ¿Os vais a casar?

—No, no está previsto. Bueno, aún no.

—Otra veleidad.

—¡Basta ya, papá! ¿Crees que hoy es fácil casarse?

—¿Y crees que antes sí lo era? La única diferencia es que nosotros nos lanzábamos: nos poníamos un buen traje, íbamos a ver a los padres, nos decidíamos y era para toda la vida, para lo bueno y para lo malo. ¡Así hice con tu madre!

—Para lo malo, en efecto.

—Y antes, para lo bueno. Con su vestido de tirantes se parecía a...

—A Pascale Petit en *Los tramposos*, ya lo sé.

—El mismo vestido de cuello redondo, la misma mirada vivaracha, el mismo flequillo corto inclinado.

—La florista más guapa del distrito XIV. Y tú recordabas un poco a Jacques Charrier, cosa que iba que ni pintada porque salía en la misma película.

—Te lo he explicado demasiadas veces...

—No, no me canso de oírlo, papá. Pero eran otros tiempos.

Al otro lado de la línea se oye un bufido como una ventolera.

—No soy un dinosaurio, pero es verdad: eran otros tiempos. Vosotros estáis siempre dándoles vueltas a las cosas. Vaciláis cuando llega el momento de seducir, de besar, de declararos... ¡Mierda, lanzaos de una vez!

—No hace falta que utilices el plural. Sé muy bien que hablas de mí.

—Jean, las mujeres pueden perdonar muchos defectos, e incluso los fracasos, pero si algo no soportan es la vacilación. Las prórrogas. La debilidad. Eso del «ahora sí, ahora no». A una mujer hay que agarrarla por la cintura, con firmeza, con la mano, mirarla y lanzarse. No hay más secreto. Si te rechaza, pues te rechaza. Pero por lo menos te respeta.

—Ahí me he perdido. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que tienes que decidirte con...

—Precisamente de eso tenemos que hablar, pero no por teléfono. Te llamaré muy pronto e iré a verte a Garches.

—También puedo ir yo a verte, ya sabes que el León no le tiene miedo a París.

—Lo sé, pero ahí estaremos más tranquilos, de verdad.

El Viejo me hace reír. En sus tiempos todo estaba más claro, uno estaba a favor o en contra, creía en Dios o no creía en Dios, tenía amo o no tenía amo, era soldado o desertor, y al final vivía a uno u otro lado del telón de acero muy cómodamente. Hoy todo se diluye y se agrega en una masa uniforme que se nos pega a la piel. Nos han enseñado a tener miedo, a conformarnos, a mostrarnos consensuales. El mundo es una bombilla suspendida en la oscuridad, con siete mil millones de moscas encima. ¿Se le pregunta a una mosca si está a favor o en contra de la bombilla que la atrae? No. Se pega a ella y espera a morir en contacto con eso que, a fin de cuentas, es cálido y luminoso.

Aquí el tiempo se ha detenido. Empujar la verja del jardín supone abrir la primera página de un libro de fotos en blanco y negro. En esa primera impresión todo es reconfortante: ese mes de mayo en sus postrimerías, que arroja sombras contrastadas sobre la pared. La bicicleta, una Peugeot de sillín de cuero y alforjas, apoyada contra un árbol.

Al subir los pocos peldaños, oigo una voz aguda, entrecortada por chisporroteos y con un enorme acento parisino: el Viejo está viendo una vez más *No toquéis la pasta*, de la que se sabe los diálogos de memoria. En esa película las mujeres son «chavalas», los coches son «carros» y los cigarrillos son «pitillos». Voy a interrumpirle en plena secuencia de nostalgia, y eso no es ni fardón, ni chulo ni guay.

—¿Papá? Soy yo.

—Entra, hijo, está abierto.

La puerta roza las viejas losas gastadas. Sigue oliendo a salitre, a cera y a humedad... Una lavadora que nació al mismo tiempo que yo gira en el lavadero. Ahí está el Viejo, y me abraza.

—Y qué, ¿a Gabin le gusta la pequeña Jeanne Moreau?

—Es comprensible.

—Perdona, te he interrumpido la película.

—He puesto la pausa, ya seguiré en otro momento. Ese sistema es formidable.

—¿Son imaginaciones mías o estás elogiando la tecnología moderna?

—Te recuerdo que en nuestra..., es decir, en vuestra carrera hacia el progreso, el DVD ya ha quedado relegado a la categoría de antigüedad. Y añado que siempre hay una excepción a la regla. Cuando saco al León, me veo obligado a saciar su sed con carburante que brota de surtidores modernos. Y en este caso es lo mismo. Siéntate. ¿Un *whisky*?

—¿Un *whisky* a esta hora? Papá —digo, decidiéndome por el sofá—, no soy el dueño de un bar de copas y no soy Lino Ventura en esa película. Si tienes una cervecilla, sí me la tomaría.

Hace una mueca de leve disgusto y se dirige a la cocina con paso lento. Las botellas tintinean. La puerta del viejo frigorífico chasquea sordamente, como si fuera el capó del Buick de unos gánsteres. El Viejo se repantiga en su sillón club y me observa.

—¿No ves nada diferente?

Pillado desprevenido, echo un vistazo en derredor, en busca de una pantalla plana o de una Livebox. En vano. Solo veo las hileras de libros que están allí desde tiempos de Matusalén, el viejo televisor Philips que sigue en el mismo lugar, el tocadiscos Telefunken de la misma generación, un transistor Radiola y montones de *Jours de*

France y de *Paris Match*. Martine Carol, Brigitte Bardot, Jean Marais. Todo en mí delata mi incapacidad para responder.

—¡Las fotos, hombre! —Se impacienta el Viejo—. Gina, la he invertido con Sophia. Ahora se miran. Casi con simpatía. Incluso podría pensarse que no son rivales.

A ojos del Viejo, las mujeres simplemente dejaron de existir después de las «bombas anatómicas» de los años cincuenta y sesenta, con sus sonrisas Palmolive resplandeciendo detrás del parabrisas de un Alfa Romeo, sus senos puntiagudos como ojivas de la Guerra Fría, sus collares de perlas y sus culos contoneándose bajo las miradas asombradas de herederos argentinos de cabello engominado lanzándose a bailar el mambo. El mundo se detuvo después de los primeros festivales de Cannes con sus palmeras, sus estrellas y sus fotógrafos mirando en vertical a través de las Kodak grandes como tostadoras, sus lanchas Riva Aquarama y sus armadores griegos. Para él, la quintaesencia de la civilización es una doble página abierta sobre la boda de Grace Kelly —«la perfección absoluta»—, sobre un fondo de aviones de hélices con remaches plateados y crujías de trasatlánticos. Después de esos años ya no ha habido cine, ni actrices, ni artistas, ni escritores, ni coches, ni barcos, ni diseño, ni belleza, ni paisajes, ni humanidad dignos de ese nombre. Nada. El mundo ha caído en la irreversible vulgaridad del ocio de masas, de presentadores como Guy Lux, de los videoclips, de los anglicismos; en resumidas cuentas: la llegada de los yeyés después de los cabarés de la Rive gauche. Aún ignora la existencia del rap y de los programas de telerrealidad. Hace poco llegó a decirme: «Ya verás como un día van a meter cámaras en una casa y filmarán a unos idiotas haraganeando». Si supiera. No me atrevo a decirle nada. Nunca me he atrevido. De momento, me arriesgo afirmando que Sophia Loren es la más guapa de las dos.

—Bien dicho, hijo. A mí también me lo parece.

El Viejo tiene una sonrisa de niña ingenua que le hace vulnerable. Se atusa el bigote. Ya no tengo delante al primer marido de Brigitte Bardot, sino a David Niven. Menos delgado y con unos años más. Le saco de sus sueños.

—¿Y mamá?

—¿Dime? ¿Qué?

—¿También tiene derecho a sus fotos?

—Ya sabes que sí. En el pasillo de mi habitación. Las otras las he cambiado de sitio. Ahí están.

El Viejo empuja distraídamente la puerta de su minúsculo despacho, su antro, su cripta, allí donde lleva a cabo sacrificios al culto del recuerdo. En las paredes, enmarcada, mi madre se halla por todas partes, en retratos, de pie, de vacaciones, con un vestido de cóctel, cambiando de peinado y de estilo siguiendo la moda. Al margen de su parecido con Pascale Petit, esa mujer a la que veo perdió demasiado pronto el papel que desempeñaba en mi vida.

—Es guapa —digo ante la evidencia.

—Es cierto —murmura el Viejo—, pero después de esa foto ya no sé si siguió siéndolo.

Uniendo el gesto a la palabra, me señala con desdén una foto en la que mi madre posa con un vestido estricto, estilo Tudor, sin duda un vestuario teatral. Ignoro ese mensaje que, sin embargo, recibo con toda claridad.

—¿Tienes algo de beber? Un vaso de agua, cualquier cosa... Tengo la boca seca.

—Yo también —responde, súbitamente sombrío—. Sígueme.

Mientras le precedo camino de la cocina —un paraíso de formica azul claro por el que algunos en el barrio de South Pigalle venderían su alma—, el Viejo me suelta con una vivacidad que despierta mi suspicacia:

—¿Qué vientos te traen por aquí?

—¡El viento del futuro!

—Vaya..., mal empezamos.

Sophia y Gina, apiadaos de mí, ayudadme. Dejad vuestras sonrisas conquistadoras, apagad vuestras miradas ardientes, abrazadme contra las copas de ballenas de vuestras fajas gigantes y acudid en mi auxilio. Cuando el Viejo me tiende un vaso de agua, me lanzo.

—Vas a ser abuelo, papá.

—¿Qué?

—Vas a ser abuelo.

El sillón debe de ser de eyección, puesto que ya se ha puesto en pie. No en vano estuvo treinta años jugando a tenis en el Racing.

—¿Esperas un bebé?

—Yo no, pero mi novia sí... Eso aún no ha cambiado.

La broma no le hace gracia. Está inquieto y da vueltas sin cesar. Me mareo. Apura su cerveza y se dirige al mueble bar en el que, al abrir la puerta, se enciende un neón en el interior, su gran orgullo. Luego toma un vaso tallado con aristas, va a la cocina a llenarlo de cubitos de hielo, regresa, se sirve un buen trago de *whisky* y los cubitos crepitan mientras el líquido ambarino adopta sus formas translúcidas. En ese momento ya no es David Niven, sino Humphrey Bogart. Se planta frente a mí, un poco arqueado, con el codo doblado, los dedos envolviendo el vaso o aferrándose a él como si fuera la última barra a la que agarrarse en un metro que circulara demasiado deprisa.

—No iréis a hacer una cosa así, ¿verdad, Jean?

—¿A qué te refieres?

—Pues a traer una criatura al mundo, a este mundo.

—¿Cómo que «a este mundo»?

Vacía el vaso de un trago y literalmente se rompe.

—¿Cómo que «cómo que a este mundo»...? Me parece que tienes ojos en la cara, ¿verdad? ¡Nos lo hemos cargado todo, Jean! ¡Todo! ¡Somos incapaces de dar de comer a todo el mundo, incapaces de preservar la belleza de las cosas! ¡Eso es lo que

ocurre! ¡Lo llevamos en nuestros genes! Y, sin embargo, aún no hemos visto lo peor. Sabes tan bien como yo la que se vecina, ¿verdad? La crecida de las aguas, las tierras engullidas, las migraciones en masa... ¡Y no me lo invento yo! ¡Ya ha empezado! ¡Todos los científicos anuncian el caos! ¿Y ahí quieres que nazca tu crío? — Contempla los cubitos en el fondo de su vaso vacío—. ¿En este mundo acabado...? ¿En este mundo que se derrite...?

Golpea el vaso sobre la mesa, a regañadientes, como el mazo de un subastador obligado a saldar una pieza de valor incalculable. Me vuelvo y le sorprendo. No había visto llorar al Viejo desde la muerte de mi madre. El tictac del reloj, inaudible hasta entonces, resuena ahora como una cuenta atrás. Es el momento elegido por mi móvil para soltar su cancioncilla, la melodía de *Tata Yoyo* de Annie Cordy: una broma de un amigo imposible de desprogramar para alguien que no entiende de eso. Mientras me retuerzo en el sofá, el Viejo aprovecha para lanzarme un dardo con una mueca de desdén:

—Los móviles son insoportables...

El rostro de Leïla aparece en la pantalla.

—Dime, cariño.

—¿Te molesto?

—Estoy en casa de mi padre.

—En ese caso, te molesto.

—Para nada. ¿Todo en orden?

—Sí, sí... Bueno, ¿se lo has dicho?

—¡Claro! ¡Está loco de alegría! Nos felicita.

Ante mí, el Viejo se sirve otro *whisky*, uno enorme, que no habría deslucido en la cocina de *Gánster a la fuerza*. Leïla respira. La noto aliviada.

—Genial... Dale un beso de mi parte, ¿vale?

—Te lo prometo.

—De acuerdo. Besos, cariño. Hasta luego.

—Hasta luego.

El Viejo carraspea. Ha pasado un ángel, poco discreto.

—Perdona, era Leïla.

—¿Lola? ¿Como *Lola Montes*, la película de Ophüls?

—Lola no, Leïla.

—¿Leïla? Es...

—Marroquí.

—Ah.

El Viejo bebe un trago. Hace un mueca. El *whisky*, sin duda. Un poco fuerte.

—Es francesa. Como tú y como yo.

El Viejo ríe con franqueza.

—Claro, claro...

—Pareces dudarle.

—¿Acaso he dicho algo?

—No, pero es peor, te has reído.

—Es francesa como tú y como yo, sí, eso me ha hecho reír. ¿No tiene raíces en Marruecos? ¿No tiene su cultura? ¿O sus tradiciones? ¿O su religión?

—Es musulmana, pero no es practicante. Solo degüella un cordero en su bañera en contadas ocasiones.

—Jean, no hace falta que te pongas irónico.

—Eres tú quien me obliga.

—Veamos.

Se hace un silencio incómodo. El Viejo aprovecha para apurar su vaso y con eso se vuelve más elocuente que de costumbre. Por lo que a mí respecta, miro a otro lado hasta encontrarme con mi reflejo en el armario de espejo del salón. Edificante. Porque, ¿qué veo ahí? A un burgués bohemio mal afeitado, acomodado en sus convicciones, siempre dispuesto a proclamar sus ideas ante su corte de fieles que llegan a las cenas en patinete pero incapaz de defenderlas ante la adversidad. El resto conforma la panoplia completa: jersey de pico de cachemira sobre una camiseta de marca, vaqueros de cintura baja, Adidas *vintage* de serie limitada y gafas sobrias Hugo Boss para parecer estatutario sin caer en la ostentación. Solo falta *Les Inrocks* en el bolsillo del impermeable. El perfecto gilipollas. Vamos, pequeño Robespierre, ¡ponte en pie! ¡Bebe la cerveza del pueblo y suelta la bomba!

—¿Lo que te molesta es su nombre? —me oigo decir, como desdoblado.

—En absoluto. Es muy bonito. Y si mis recuerdos no me engañan, es muy guapa. Aunque solo la he visto una vez, de lejos.

—Y con razón. En ese caso, ¿es por su país?

—¿Estás loco? No hay nada tan sublime como Marruecos. Era mejor antes, pero...

—Claro, por supuesto. ¿Por su religión, entonces?

—En absoluto. El islam es una gran religión, cuando no se desvía.

—No es muy original. Pues ¿por qué es?

El *whisky* de doce años hace su efecto.

—Resulta que no tengo ningún problema con Leïla, mira tú. Lo único que me incomoda es el símbolo. O por lo menos lo que eso puede implicar a gran escala y que no respaldo.

—¿A gran escala? No lo entiendo.

—Pues yo sí me entiendo...

El Viejo se impacienta.

—Vamos, Jean, no me vengas con esas, ya sabes desde hace tiempo qué pienso de ese tema, ¿no? A mí también me parece muy bonito, eso de un negro y una blanca juntos. Una marroquí y un francés de pura cepa. Un inuit y un papú, un noruego y una pequinesa. Es noble, es emocionante, es la tolerancia... ¡El amor por encima de las diferencias! Pero lo que vale para una pareja no sirve a escala de la sociedad

entera, eso es todo. Lo que una pareja puede superar sin grandes estragos, una sociedad no logra superarlo porque supone olvidar la propia lógica de los grupos, de las masas, de las comunidades, y las violencias que la acompañan. Sobre todo en momentos de crisis...

Miro a mi padre, estupefacto.

—¡Ya puedes mirarme como te dé la gana! —prosigue—. ¡Eso es lo que pienso, sinceramente! ¿Qué pasa? ¿Te sorprende lo que digo?

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Qué hay que superar?

—¡Pues la evidencia! ¡Las diferencias culturales, de costumbres, de ritos, de mentalidades, de prácticas, de religiones, todo! No dudo de que Leïla y tú podréis conjugarlas a vuestra escala, como pareja dispuesta a ello, ¡es formidable y lo deseo de todo corazón! Sin embargo, ¡dudo mucho que nuestras sociedades puedan lograrlo! Ahí ya no estamos hablando de pequeñas discusiones en el seno de la pareja. Hablamos de repliegues comunitarios, de coches incendiados y de guerrillas urbanas.

—¿Me estás hablando de la batalla de Argel o qué? ¡Cómo somos cuando nos ponemos nostálgicos!

—Basta, Jean, hablo en serio.

—Pero en serio, papá, ¡esto es el futuro! ¡La evolución del mundo! Y además, entre nosotros, me parece muy reactivo para ser alguien que vive recluido en el pasado.

—¡Eh, no exageres! ¡No soy un ermitaño en su cueva! Es verdad, Martha me hace la compra, hago que el médico me visite en casa y también viene aquí mi peluquero. De vez en cuando, sin embargo, me veo obligado a entrar en contacto con mis semejantes. Cuando voy al dentista o al hospital, cuando voy de visita o cuando debo sustituir un traje ya muy usado.

—Qué lástima que no tengas internet, ¡podrías hacerlo todo sin salir de casa!

—¿Ah, sí? ¿Y respirar aire puro, o lo que quede de aire puro, también puedo hacerlo con internet?

—¡Da igual, ya has oído hablar de ello!

—Evidentemente, ¿tú qué crees? Cuando voy a las tiendas, ¡hay televisores por todas partes! ¡Pantallas por todos los rincones! ¡Es imposible evitarlas! Como tampoco se puede evitar la música, por otra parte... Bueno, música... ¡es un decir! Eso son ritmos de los hombres de Cromañón marcados con eructos de odio. Intento evitarlo, pero cuando mi mirada se cruza con esas imágenes, perdóname, me veo obligado a ver lo que veo ahí: a unos chimpancés en celo, con los pantalones por debajo del culo, enseñando los calzoncillos, rodeados de pelanduscas que remueven el trasero.

Me decido por echarme a reír.

—Las pelanduscas no están mal, ¿verdad?

—¿Quieres que te diga la verdad? Pues ni eso. No les llegan ni a la suela de los

zapatos a...

—A Sophia y a Gina, lo sé. Pero no dejás de mirarlas.

—Me obligan a mirar, es un matiz. Me obligan a escucharlo o, por lo menos, a soportarlo. Y en eso, también, ¿acaso tengo otra elección? No. Así que trato de ver lo menos posible. Hago como el León cuando atravesamos una zona comercial llena de anuncios y de *fast-foods*: sigo mi camino.

—Ponle orejeras alrededor de los faros, como a los caballos de tiro —digo entre risas.

—Ya puedes reírte, si quieres, pero no tiene ni pizca de gracia. En realidad, es una tragedia.

Nuevo silencio. Nuevo momento de embarazo. Mi mirada se extravía, se cruza con el espejo del armario. Juraría que mi doble, por un segundo, mira al frente ofendido por mi falta de combatividad, mi aptitud para transigir, para capitular. Pero ahora me mira con la fatigada indulgencia de los capitanes hacia los elementos débiles, solo aptos para la intendencia. Una vez más, mi arma ha sido tomármelo con cierta perspectiva. Una pistola de agua frente a la hoja de un sable que, por discutible que sea, tiene el mérito de pesar, de existir y de cortar. Harto de batallar, el Viejo lanza una última salva:

—Enseñar el culo, lucir anillos en la nariz, comer con los dedos, expresarse con borborigmos, pegarse al menor desacuerdo, bailar con ritmos binarios... ¿No te recuerda nada todo eso?

—Pues...

—A mí sí: la edad de las cavernas. ¡Siglos de civilización para llegar a esto! No es triste, es espantoso.

—¡Exageras! ¡No hay para tanto! Vivir juntos es un sueño muy hermoso —digo, en un último chorrillo de agua que me da la ilusión de mojarme.

A guisa de respuesta, el Viejo se pone en pie, toma un grueso libro de un estante y lo deposita sin decir palabra sobre mis rodillas. En la cubierta figura una foto en blanco y negro del café Deux Magots a finales de los años cincuenta. Chicas guapas con faldas corola soñando con parecerse a Audrey Hepburn, *twinsets*, moños altos; chicos apuestos con el cigarrillo entre los labios y pantalones de pitillo; camareros con delantal, vegetación primaveral, despreocupación, alegría de vivir, cabriolés Triumph, Juliette Gréco y el cabaré La Rose rouge no muy lejos, y un gendarme al fondo en su bicicleta Hirondelle.

Por encima de mi hombro, una voz desgarrada murmura:

—¿Ves, Jean? Para mí, vivir juntos era esto.

No me atrevo a decir nada.

—Mujeres que no eran santas pero que tampoco eran unas putas. Hombres elegantes; ¿has visto cómo visten? Unos coches que olían a cuero y a baquelita, a vacaciones y a la carretera de la playa. Camareros de los de verdad. Unos policías a los que se les respetaba. Y un calor primaveral que no era inquietante ni anormal

porque no auguraba catástrofes futuras... ¿Me entiendes?

—Puedo entender tu nostalgia, pero no la comparto. No tenemos la misma edad. Me sonrío y apoya la mano sobre mi nuca.

—Tienes razón, me hago viejo. Además, empiezo a no ver nada, y quizá sea mejor.

—¿Has ido al oftalmólogo?

—¿Un tipo que te mira a los ojos para robarte el dinero? Ni las mujeres se atreven a hacer eso.

De mal en peor, pero no me sorprende. Desde que un oftalmólogo carnicero de la rue du Laos le masacró la córnea de por vida, mi padre siente un odio tenaz hacia ese gremio apresurado que siempre tiene el talonario del paciente en su campo de visión. Así que cambio de tema, para evitar un estropicio.

—Hablando de esa terraza de café me ha entrado sed. ¿Tienes otra cerveza?

—Claro.

Mientras va a buscar mi Carlsberg, me dejo absorber por el letargo del pasado. Solo un poco. Tengo la sensación de que en la pantalla aparecerá algún famoso de décadas atrás como Pierre Desgraupes. Que Françoise Sagan tocará el claxon fuera, con el codo apoyado en la puerta de su Jaguar, pisando descalza el acelerador del tiempo. Y que mi madre regresará de la compra en bicicleta con los neumáticos rechinando sobre un camino sin asfaltar.

—Gracias.

—Esta sí que está fresca. No como yo.

Sonrío. Hemos hecho las paces. Lo aprovecho.

—Bueno, ¿estás contento, a pesar de todo?

—¿Por qué?

—Pues por el bebé.

Se ensombrece ligeramente.

—Me alegro por vosotros. Me preocupo por la criatura.

—Pero ¿nos harás de canguro?

—Antes la muerte.

Las últimas palabras del Viejo son como las que profieren los niños cuando se embalan un poco: van más allá de su pensamiento. Es evidente que está adoptando una pose. La de la bestia enjaulada que cree poder engañar dando zarpazos. ¿Qué cabe responder a ello? ¿Cómo cambiar de tema despreocupadamente? ¿Qué pirueta cabría inventar que no sonara falsa?

Mi padre parece haberse quedado sin resuello. Un *outsider* en una esquina del *ring*, contra las cuerdas. Sabe que ha golpeado fuerte, pero realmente prefiere morir antes que rendirse. Y mientras él continúe, yo no habré ido a parar a la lona. No hay árbitro que anuncie el KO. Al contrario. Y por ello, cuando me ve en pie, frente a él, dispuesto a marcharme, confiado, puedo leer en sus ojos un extraño orgullo.

En verdad no soy el padre de esa criatura. El padre de esa criatura es un tipo que, una noche, hace unos meses, a pesar de saber lo que hacía, no calibró realmente lo que supone esperar un hijo. No conozco a ese señor. Ya no le conozco. Pasó por aquí y se marchó dejando después del amor, después de la muda, su piel arrugada en el suelo como una ropa que se hubiera quitado deprisa. La criatura sí se ha quedado. Ahora todo se juega entre la criatura y yo porque, a fin de cuentas, soy yo quien la tendrá en brazos.

Voy a adoptar a esa criatura y, antes, asimilaré la idea. No digo que no vaya a quererla. Ni que no vaya a volverme loco por ella, loco de remate, gagá o chocho, cosa más que probable. Pretendo que de momento solo exista ante mis ojos bajo la forma de una ecografía que se parece como dos gotas de agua a un parte meteorológico. A saber: tormenta en el horizonte, borrascas, cambios climáticos, posibles fuertes depresiones, chubascos y claros. La dulce atmósfera que baña mi vida con un calor difuso va a experimentar perturbaciones. Para bien o para mal, no importa: perturbaciones. Y eso me angustia. ¿Acaso tengo siquiera el derecho de confesarlo?

En la agencia, Chloé ha llorado y me ha abrazado, en un gesto que no es común entre colegas. En cuanto a Astrid, ha dicho: «Espero que finalmente nos harás algo bonito». Es desagradable, pero no deja de ser cierto: a medida que avanza el embarazo, tomo conciencia del hecho de que esta vez no voy a dar a luz la campaña de un dentífrico, sino a una criatura a la que acarrearé aunque no la lleve en mi seno, que me dará una consistencia que nunca he experimentado, un papel preciso en el mundo. Sí, súbitamente me doy cuenta de eso. Y, para ser un inconsecuente, es una consecuencia de peso.

Leïla ya solo trabaja media jornada en la tienda de productos biológicos de su hermana. La otra media devora fruta y revistas femeninas, se pasa la mano por el vientre como un bebedor de cerveza, quema incienso, charla por Skype con sus amigas y engulle litros de té verde diurético. Su posición favorita ya no es la del loto, sino el apoltronamiento zen con el ordenador portátil abierto sobre las piernas. En su silueta redonda y en la caída de su ropa —pantalón elástico y jersey de lana XXL— hay cierta resignación y, peor todavía, cierto consentimiento radiante a ese estado de abandono. La contemplo sentada en la cama, con almohadas en la espalda, tecleando en su MacBook, con una taza humeante a su lado.

—Este no está mal —murmura entre dos tragos.

—¿Eh?

—Tres habitaciones, sesenta y cuatro metros cuadrados, luminoso, *parquet*, chimenea, muy buen estado, rue Didot.

—¿Cuánto cuesta?

—Mil seiscientos, gastos incluidos.

—Es mucho, ¿no?

—Esos son los precios.

—¿Es obligatorio?

—¿Vivir juntos? No sé si es obligatorio, pero sí aconsejable cuando se tiene un bebé.

—No, me refiero a si hay que hacerlo de inmediato. Aún tenemos tiempo.

—¿Bromeas?

Como bebía mientras hablaba, su voz ha resonado en el fondo de la taza haciendo que sus palabras pierdan toda credibilidad. Prosigue:

—Espero que bromees, Jean. Mientras encontramos un apartamento que nos guste, firmamos el contrato y organizamos la mudanza, el bebé estará al caer.

El bebé estará al caer, la la la lará leré, parece una canción infantil. Tomo conciencia finalmente de que enseguida habrá que enfrentarse a esa gran humillación que es la búsqueda de apartamento. Un proceso en el que unas jóvenes comerciales creen tener derecho de vida y de muerte sobre ti, evalúan tu solvencia y juzgan tu estatus social. Con el pulgar hacia arriba o hacia abajo, como César. «Necesitamos sus últimas nóminas, un certificado de su empresa y las declaraciones de renta de los tres últimos años. Hay mucha gente interesada, ¿sabe?, es un muy buen piso. Vaya, veo esto un poco justo... ¿Tiene algún ingreso complementario? ¿Un aval, quizá? Y, además, su mujer no tiene un contrato indefinido... Ah, ¿no es su esposa? Su compañera... En ese caso, necesitaré un certificado de convivencia. Muy bien, le mantendremos informado». Y el aspirante grita para sus adentros el lamento del inquilino: «Piedad, señora, concédame el permiso, el honor, el privilegio de ingresarle el alquiler cada mes a su cliente, a mi amado futuro propietario: elíjame para eso, se lo ruego...».

Como la criatura puede llegar ya un día de estos, he comprado un coche. Yo no quería, pero he tenido que firmar un crédito al 3,2 por ciento a sesenta meses. Así me he encontrado al volante de un Renault Kangoo que no deseaba. Me veía desplazándome de por vida por las calles de París con patines, patinete o bicicletas del Vélib', despreocupado, como un chiquillo, con mi barba de tres días acariciada por el viento. Pero no será así. Habrá que circular en el sentido único de la carretera y no para partir a la aventura, de posada en posada, sino para ir de paseo al parque y también a Ikea. Ikea, cuyo catálogo Leïla consulta frenéticamente, asombrándose ante las camas cabaña infantiles, los cambiadores, las alfombras lúdicas y los mapamundis de espuma. Me hallo en ese estado de absoluto desapego cuando llega la sentencia.

—Aun así, será mejor que vayamos.

—¿Adónde?

—A Ikea.

—¿Un sábado?

—Sí, ya sabes que las tiendas suelen abrir los sábados.

—Pero ¿has pensado en el gentío que habrá?

—Allí siempre hay gente.

—¿Dónde va Vicente...? A donde va la gente.

—Qué gracioso eres. Sí, claro, habrá gente, ¿qué quieres que te diga?

—Podemos ir una noche, a veces también abren en horario nocturno.

—Jean, estoy de siete meses y medio, no tengo ningunas ganas de no hacer las cosas a tiempo y aún menos de pasar una noche en Ikea. Así que vamos a ir.

—Si insistes...

Nos ponemos en camino. En camino para construir una bella felicidad a piezas. Para decorar el salón y la conversación, en la que haremos gala de nuestro sentido del buen gusto. En resumidas cuentas, en camino para realizarnos, tan seguro como que el Folldal existe en tres colores, que el Svelvik es modulable y que el Nyvoll tiene dos cajones.

Sé lo que nos espera: caminaremos acompasadamente como en Disneyland; desplegaremos cintas métricas de dos metros ante tesoros de creatividad estándar; comeremos salmón y meteremos la gamba: el armario de espejos será demasiado grande o la alfombra en oferta, demasiado roja.

Sé que discutiremos, seguro. Y luego nos reconciliaremos en la cama, o por lo menos en la sección de camas. Y acabaremos el día hasta la coronilla de «ï» y de «ü», de proyectos frustrados y de carne de reno, con el estómago lleno y la cuenta corriente vacía, y el maletero del Kangoo abierto al futuro. Leïla, encantada de haberse liberado de una tarea que adora. Y yo, aliviado al guardar el carrito, pero furioso ante mi vida que va sobre ruedas.

—¡Mierda! ¡Mierda, mierda y mierda!

En la salida Plaisir de la autopista Oeste, mi frustración arisca se libera de repente con una retahíla de insultos un poco miserables. No es nada del otro mundo, pero basta para despertar a Leïla.

—¿Qué te ocurre? ¿Pasa algo?

—Perdona. De todas formas, ya estamos llegando.

—Mira que eres pesado a veces. Para una vez que hacemos lo que quiero.

Mientras vemos desfilar los campanarios de las nuevas iglesias —McDonald's, Castorama, Decathlon, Darty—, suena la hora de llegada en el habitáculo. Ikea, ahí vamos. Hay que seguir el juego, comprar objetos y adoptar una actitud, dispuesto incluso a convertirse en turista de la propia vida y a fotografiar a su amada en situación: llega en el momento oportuno, pues esta, con veinte kilos más, se ha convertido en un monumento que no hay que dejar de visitar.

¡Y si solo fuera eso! Al oírla hablar, da la impresión de que sus defectos están creciendo en su vientre. A medida que se hincha debajo de su jersey, brotan sus neurosis y salen a la luz. Cuanto más redonda se vuelve, más temo que nuestro amor no sea más que una burbuja, una ilusión. Y espero con desasosiego a esa criatura que lleva en su seno y que ya pesa tanto en mi vida como en el vientre de su madre.

—¿Vamos de una vez?

Leïla se impacienta. Es normal, hace cinco minutos que contemplo extasiado la piscina de bolas y a los chavales que nadan en ella. Las madres los observan, parecen distendidas y eso me tranquiliza. Resignado, subo los peldaños que conducen a la primera planta y tomo una bolsa grande amarilla. El camino está trazado y serpentea entre los puestos como un juego de la oca a tamaño natural.

Finalmente, nos marcharemos con una cama y su cabaña túnel estampada de estrellas, un cambiador, unos armarios, unas lámparas luna y unos pufs de espuma, todo en tonos azules y amarillos. Si es niño irá bien.

—Si es niña, también —sentencia Leïla, y añade—: No hay nada que me exaspere más que esos universos rosas concebidos para las niñas. Se las condiciona, solo faltan las minicocinas y las miniplanchas para prepararlas en el papel de amas de casa de menos de cincuenta años. Léete las *Mitologías* de Barthes, siguen estando de actualidad.

No sé qué pinta el amigo Roland en Ikea. De todas formas, mi amada y yo estamos ya escaneando los artículos, código de barras tras código de barras. Bip bip, pagamos, bip bip, qué guay, bip bip, tomamos un carro, bip bip bip, todos vamos a morir, y bip bip, volvemos a casa.

A nuestra casa.

He detenido el coche en la rue de Plaisance y he encendido las luces de emergencia para que los impacientes tuvieran paciencia mientras vaciaba el maletero. He subido las escaleras cargado como un burro hasta ese piso de tres habitaciones que pronto dejaremos, o por lo menos esa es la intención. Ahora observo en detalle mi minúsculo despacho, el que utilizaba cuando era freelance y que ahora utilizamos como habitación de los trastos. Ahí instalaremos al bebé. Y me refiero al bebé como nombre común, con su artículo, «el bebé», pues no hay nada más horrible que esos anuncios que personalizan a la criatura y se refieren a ella como «mi bebé» o como si se tratara de un nombre, de un título, de un cargo o de un estatus social, con placa de mármol en la entrada del edificio. Bebé, 1.^a planta a la derecha, solo visitas concertadas. Bebé, abogado. Bebé & Bebé, notarios.

Leïla acaba de poner un CD de Archive, cuya música y voces tienen la pureza ardiente del té verde que ya humea al lado de ella. Inclineda ante el fregadero, lava los vasos y los cubiertos bajo el grifo. La miro. ¿Es por esa banda sonora de acentos melancólicos? ¿Se debe a la luz mortecina? ¿O a la postura de Leïla, una silueta al

estilo de Hopper, solitaria bajo el fluorescente de ese decorado? De golpe, la escena adquiere a mis ojos uno de esos tintes melancólicos que solo el cine, en sus momentos de gracia, logra ofrecernos. Tengo ante mí a una heroína, la protagonista de una película magníficamente banal en la que comparto cartel, y esa sensación, más carnal que otra cosa, me trastorna hasta hacerme saltar las lágrimas. Ahí está Leïla, de espaldas a mí, dedicada mecánicamente a una tarea sin interés y dejando vía libre a sus pensamientos, quizá tristes. Todo en su posición y en su aspecto —ligera curva de la cadera, rodilla derecha flexionada, pie de bailarina en la barra, perpendicular, busto inclinado, arremangada, con un mechón escapado del pasador— manifiesta una íntima voluntad de interpretar su papel no de ama de casa, eso no, no es su estilo, sino más bien su papel de ser humano, de ser humano que hace cuanto está en su mano — eso le decía yo al Viejo—, se aferra y se obstina. Mujercita querida, amor mío, cómo me tocas las narices —y soy educado—, pero te quiero mucho. Cuando Leïla se vuelve y me descubre allí, se sobresalta y sonrío ante mi mirada y no se nos ocurre nada mejor que abrazarnos muy fuerte. Ahora casi siento batir sus párpados, pues estoy sumido en la contemplación de su rostro. Se ha vuelto más redondo, pero los rasgos son los mismos, un poco de Oriente a flor de piel, unos ojos de miel, justo el carácter necesario en la curva de la nariz y una boca de perdición: un joyero carnoso ligeramente entreabierto para mostrar una hilera de perlas blancas. Siento su vientre, siento su aliento, y ella hace ese gesto que las mujeres ya no llevan a cabo desde que no se bailan lentas pero que enloquece a los hombres: extiende sus brazos, los apoya sobre mis hombros y me rodea el cuello.

Entonces suena el teléfono, otra soga al cuello. Dios mío, el Viejo. Cometo el error de descolgar. A regañadientes y con un silbido un poco desengañado, las dos boas de Leïla hacen resbalar sus anillos a lo largo de mi torso, mientras una lengua bien conocida me penetra en la oreja.

—¿Tienes abandonado a tu padre?

—Hola, papá.

Pongo el altavoz, para divertirme.

—¿Qué hacéis?

—Acabamos de volver de Ikea, estamos un poco cansados.

—¿De dónde?

—Ikea.

—No lo conozco.

—Venden muebles.

—¿Como *monsieur* Meuble? ¿O Levitan?

—Eso es, pero es una tienda sueca.

Alzo la vista hacia Leïla. Menea la cabeza, entre divertida y desolada. El Viejo prosigue, le pica la curiosidad:

—¿Es para el pequeño?

—O la pequeña, aún no lo sabemos.

—¿Por qué no preguntáis el sexo? Ya sabes que ahora se puede preguntar.

—Ya sé que se puede preguntar, pero preferimos no saberlo. ¡Sorpresa!

Leïla me mira desde la silla del rincón, con las piernas un poco separadas y los brazos colgando.

—¿Le estáis preparando la habitación?

—Eso es.

—Empezáis pronto.

—En breve saldrá de cuentas, el tiempo pasa volando.

—¿Cuándo?

—Dentro de seis semanas.

—¿Y el colegio?

—¡Vaya! ¡Ahora eres tú el que empieza pronto!

—Tú mismo lo has dicho, el tiempo pasa volando.

—No lo sé. Leïla piensa en la Escuela alsaciana para más adelante.

—¿Por qué? ¿Las escuelas de la Porte d'Orléans no están bien?

—Es una cuestión de nivel.

—¿Puedes ser más preciso? Estás a favor de la escuela pública, ¿verdad?

—Pero...

—No hace falta que me digas más, ya lo he entendido. La evolución del mundo está bien, pero las buenas escuelas del distrito VI son mejores. Ahí te encuentras entre semejantes y, como dices, no hay problema de nivel. Sobre todo de nivel social. Con esa táctica, te aseguras que se sacará el bachillerato.

—No insistas, no tiene nada que ver.

—Claro que tiene que ver. Hacer grandes discursos es una cosa y asumir las consecuencias, otra muy distinta. Pero tienes razón. El hijo de un embajador africano no deja de ser un negrito y quedará bien en las fotos.

Leïla alza la vista al cielo. Una vez más, ese viejo reaccionario me pone en un aprieto.

—Papá, basta, es insoportable. ¿No quieres lo mejor para tu nieto o nieta?

—Claro, pero creía que lo mejor lo ofrecía la escuela pública y laica de la República, ya sabes, ¡la República de la igualdad de oportunidades entre muchachos, independientemente de su clase, origen o religión! Y qué quieres que te diga, no hago más que darle vueltas a qué necesidad tenéis de llevar a vuestra criatura a un colegio de pago a diez paradas de vuestra casa, nada más. Pero tienes razón, debe de haber algo en mi cabeza que no funciona, a ver si de una vez por todas se renueva la sangre de este país para que ya no haya viejos como yo que representan el fin de una raza.

—No comprendo nada de tus delirios y me parece que será mejor cambiar de tema.

—Yo sí que me entiendo. Hoy hace falta tener medios para costearse su humanismo.

—Me aburres. Y además ya sabes que no somos ricos.

—No, pero conocéis a mucha gente. Y en el mundo actual eso vale oro, como el espacio y el silencio.

Leïla me señala su reloj, irritada. Hay que poner paz.

—Si tú lo dices, papá, si tú lo dices... Bueno, perdona, pero voy a tener que colgar, tenemos un montón de cosas que hacer.

—Lo entiendo.

—Te llamaré, papá. Un beso.

—Adiós, hijo.

Lo peor es que, después de tanta bilis, se atreve a decirme eso de «adiós, hijo» con la voz un poco triste. Leïla me mira de hito en hito, exasperada. Una vez más, ha ganado él. Ella estalla.

—¿Puedes decirme por qué no le has mandado a la porra antes?

—Porque es mi padre. Y porque tiene parte de razón.

—Vale, encima vas y lo arreglas. Prefiero no decirte lo que pienso de todo eso.

—Sé lo que piensas y pienso lo mismo que tú. Pero en el fondo todo esto no es muy honesto.

—¿Ves? Le das la razón.

—Ni hablar.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

Pataleo, tengo cinco años. Finalmente Leïla se relaja un poco.

—No.

—¡Que sí!

—Tú más.

—El que lo dice lo es.

—Me da igual, voy a decirlo.

Esta vez Leïla se permite sonreír, vencida y vagamente molesta por la derrota.

—Mira que eres tonto. Ve a montar los muebles en lugar de decir burradas, pequeño racista blanco e hijo de racista.

—Sí, amita, de «acue'do», amita —digo con un acento caribeño mal imitado, para no crear más problemas.

Y las cajas y las instrucciones cubiertas de pequeños tornillos se extienden ahora sobre el suelo en un silencio sumiso, el de los subalternos. Es en ese momento cuando, para distender el ambiente, Leïla pronuncia «la» frase que no tenía que pronunciar:

—¿Sabes? He colgado la foto de mi vientre en Facebook.

—¿Puedes repetirme eso?

—Que he colgado mi panza en Facebook.

—Me estás tomando el pelo.

—¡Qué va! Es genial, ¿no?

—Leïla, no me digas que has hecho eso.

—Pero ¿qué he hecho?

—¿Que qué has hecho? ¡Has arrojado a las fauces de cientos de personas lo más sagrado, lo más íntimo de ti! Eso es lo que has hecho, ¡y es monstruoso! Ese bebé aún no ha nacido, ni siquiera lo hemos tocado, ni olido, y ya está atrapado en la red... como una mosca encolada... y con todas esas manos alrededor, tecleando y haciendo clic, moviéndose y agitándose, como arañas aproximándose a su presa...

—¡Eh, Jean, alto ahí! ¿No crees que te estás pasando? ¿Te das cuenta de que te estás mirando el ombligo? ¡Esto no es un anuncio, tío! Facebook y las redes sociales son el mundo actual. ¡No puedes hacer nada contra ello!

—Es el mundo del ombliguismo.

—Y un vientre rodeado de ombligos encaja perfectamente.

—Muy graciosa. Eso no encaja, es asqueroso. Esa gente que enseña su careto y promueve su vida insignificante a lo largo de páginas y más páginas me da náuseas. Facebook, bajo su apariencia de simplicidad, es el canal mundial del postureo reconcentrado. ¡Mirad cómo me divierto en esta fiesta! ¡Mirad qué guapo soy, mirad qué guapa soy! ¡Mirad qué sol hace en la playa donde estoy, sobre todo mientras trabajáis como gilipollas! ¡Mirad el cocido que me voy a comer! ¡Mirad el plato de cocido que me acabo de comer! ¡Mirad qué chula es mi vida! ¡Qué guay que soy, qué divertido, qué *cool*, qué bien acompañado estoy! ¿Habéis visto mi nueva cocina? ¡Sí, pero nos importa una mierda! Porque de hecho eso es lo que apetece gritarles a todas esas personas: ¡Me importan una mierda tu menú, tus patas sobre la arena y tus vacaciones en las Bahamas! ¿Lo entiendes? ¡Me importa una mierda tu impudor, tu egocentrismo y tu pequeña vida que solo te apasiona a ti! ¡Yo y yo! ¡Pronto hasta filmarán sus propios cagarros...! ¡Me pone histérico!

—Ya lo veo.

—No estás en condiciones de burlarte. ¡Cuando pienso que no se te ocurre nada mejor que arrojar a tu futuro hijo a esa orgía comunicante!

—¡Oh! ¡Menudo drama por tan poca cosa! Todo eso porque a la gente le apetece intercambiar, divertirse, mostrar una buena imagen de sí misma... ¿Preferirías que se lamentaran y se quedaran en un rincón? La red social es el nuevo bar de la plaza. La gente se encuentra allí, charla, bromea, ¿es eso un crimen? Salvo que en lugar de barra hay un *wall*. Y en lugar de chismes, están los *like*.

—¡Los *like*...! ¡Un *wall*! ¡Qué pesadilla! Había olvidado la prueba indispensable de pertenencia a la aldea global, el aval *hype* del librecambismo verbal: ¡el inglés! El inglés obligatorio en el que nos sumergen todos esos reporteros de su propio destino, todos esos pequeños Pulitzer de su propio culo, todos esos Albert Londres del Yo. ¡Qué orgullosos se sienten, Dios mío, al demostrarnos que saben manejar el gran esperanto de los fashionistas! Mirad lo bien que hablo inglés: *Yes*, pero ¡sigue importándome una mierda!

—¿Te has vuelto loco, Jean? ¿Te das cuenta de lo que dices? ¡Eres peor que tu

padre!

—Perdona, pero al ver eso de Facebook y al ver los anuncios me digo que tiene razón.

—Y a mí me parece que deberías andarte con cuidado, verle no te sienta bien, te deja una marca profunda...

—Es mi padre y no puedo evitarlo. Es mejor que no sepa lo que has hecho.

—No hay peligro, ni siquiera sabe que existe Facebook.

—No le tomes por tonto. Sale de vez en cuando, va de tiendas, oye retazos de conversaciones en la radio y en la tele. Tiene el oído y los ojos bien abiertos. Sabe más de lo que crees, incluso sobre Facebook. Dicho esto, le deseo que no llegue a saber nada de ese revoltijo saturado de moderneces, de anglicismos y de faltas de ortografía... A buen seguro se hartaría de reír.

—Tú, por el contrario, no me haces reír, Jean. ¿Qué te pasa? ¡Pareces un viejo gilipollas de vuelta de todo!

—Más bien un gilipollas joven que aún no se lo cree.

—¿Qué es lo que no te crees?

—Que voy a ser padre.

—¿Y qué?

—Qué quieres, me da miedo. Me siento torpe, como si pesara trescientas toneladas. Pasa la vida, las fuerzas nos abandonan y deberíamos soltar lastre y, sin embargo, hacemos lo contrario.

—¡Quéjate! Yo he engordado veinte kilos.

—Mejor. Al menos así tienes más formas. Ya estaba harto de mi tabla de planchar de Ikea.

—Gracias, muy amable. Mira, a propósito, trabaja un poco...

—Acabaré el cambiador y el resto lo haré mañana.

—Tienes suerte, gandul, aún tienes unos días por delante.

Leïla acaricia su vientre con ternura.

—El niño parece estar bien ahí donde está.

—O la niña.

—Sí, en fin..., el bebé.

Leïla ha roto aguas. Estoy atacando mi tercera sopa de tomate en la sala de espera de la maternidad cuando Malo grita. Había imaginado ese grito, pero no hasta qué punto me azoraría, y más precisamente, me impresionaría. Miro por el ojo de buey, voy vestido de papel azul, llamo a la puerta y me dejan entrar. Le veo. Cuesta creerlo, sí, cuesta creer que ese grito, ese grito enorme del que aún puedo oír el eco, sea obra de esa cosilla regordeta, sanguinolenta y pegajosa por todas partes —cabello, manos, nalgas y todo—, que en ese instante, desde la altura de sus veinte segundos de existencia, parece decirme: «Escúchame, pedazo de gilipollas, no veo nada, no sé nada, pero aquí estoy y lo grito tan fuerte como puedo. De momento, un idiota en bata blanca me sostiene cabeza abajo y me da cachetes en el culo, pero, créeme, papá gilipollas, tú que crees ver y saber, no pierdes nada esperando. Así que espabílate, por favor, y ven a sacarme de aquí».

Leïla me sonrío, está pálida. Al niño se lo han llevado de inmediato para hacerle la cura, pero ha reaparecido al cabo de unos instantes. Llevamos la misma vestimenta, salvo que la suya es de lana tejida, un minúsculo jersey y un minúsculo gorrito ajustados a su cuerpo que pernea, impaciente y fuerte, increíblemente fuerte, un verdadero boxeador en bata que gesticula antes de subir al cuadrilátero. Tiendo los brazos y la enfermera lo deposita en ellos; mi timidez le calma, me mira, o por lo menos tengo esa sensación, e inmediatamente lo adopto, lo adoro y lo admiro. ¿En qué te estás metiendo, amigo? ¿Te das cuenta de lo que haces? ¿Dónde pones tus pies? Tu abuelo tiene razón.

Me ve inquieto por él. Observa mi cara con sus ojos miopes, contempla mi boca abierta y mi aspecto atónito, y parece que le divierte. Deben de ser las cuatro de la madrugada. Tengo en mi mano el coco caliente de su cráneo y lo sostengo como un espejo sin azogue, sin fondo y sin maquillaje, y ni por todo el oro del mundo me movería ni un milímetro. Me sumerjo en su rostro. «Eres mi chaval», le digo, «y ahora somos dos».

Está de acuerdo. Cabecea. Leïla se ha vaciado y sonrío, con la frente vasta como el mundo, un mundo en el que finalmente reinase la paz. Deposito sobre ella un beso, le doy las gracias, busco algo que decirle, algo importante y justo y definitivo, pero todo mi ser está seco, excepto mis ojos. Han dejado a Malo sobre el vientre de su madre, se arquea y se retuerce, palmea entre sus senos y trata de ascender hacia el cuello, como un surfista en busca de la ola. Debe de decirse que los humanos, en esa tierra en la que ha desembarcado, están todos muy resfriados, por lo menos a juzgar por sus narices rojas de payaso y sus resoplidos. Incluso se suma la enfermera, aunque ya haya visto otros bebés, y nos quedamos así, bañados por la boba felicidad de estar vivos.

Beso a Leïla en la boca.

—Es muy guapo, amor mío. Gracias.

—Es igual que tú.

Malo grita. Sonríe.

—Es cierto.

Nos quedamos un buen rato maravillados, contemplando a nuestro hijo. De repente, Leïla me toma de la mano.

—¿Has llamado a tu padre?

—Debe de estar durmiendo. Le llamaré luego. No voy a despertarle a estas horas, se llevaría un susto.

—A tu padre no le asusta nada —suspira Leïla, casi a regañadientes.

Malo grita de nuevo. Ha comprendido que en este bajo mundo hay que chillar para obtener algo. Es una desgracia para los escrupulosos, los demasiado educados, los discretos y los amables, pues se ven condenados a que siempre se les cuelen, por el resto de sus días. Por el contrario, Malo parece ser uno de esos que no se dejan tomar el pelo en las colas por ancianas falsamente distraídas o por palurdos groseros. En este momento quiere leche, y de inmediato, o montará un escándalo y hará llamar al responsable (yo). Leïla se saca un seno. Es grande, blanco, granuloso, turgente, ciclópeo y, curiosamente, obsceno. Siento que estoy de más, quiero esfumarme y me pongo en pie.

—¡Ah, sí! Ahora le toca a él. —Sonríe—. Pero puedes quedarte. Al fin y al cabo, eres el padre.

—¡Qué buena noticia! Pero no, gracias, os dejaré a solas, esto es asunto vuestro.

Malo mama chupando con fuerza y me duele por ella. Me aventuro:

—Debe de tener hambre.

—La tiene.

—¿No te duele?

—Sí, pero así es la vida.

—No puede decirse mejor. ¿Necesitas algo?

—Un vaso de agua, por favor. Y una sonrisa del feliz papá.

Me siento desenmascarado.

—¿Una foto?

—¡Vaya!

He olvidado la cámara. Utilizo el móvil. Le diré al Viejo: son prácticos estos cacharros, ¿verdad? Incluso pueden filmar.

—¿Quieres acostarte otra vez? —me pregunta Leïla.

—Sí, creo que sí. Enviaré un correo electrónico a la agencia. Me voy.

—¿Un beso?

—Besos, cariño.

La puerta de color salmón se cierra ante la visión de Leïla sonriéndole a Malo. No tengo ningún motivo para quedarme y, a la vez, ningunas ganas de dejarlos. Quizá

eso sea la paternidad. Y, de repente, me parece que el mundo tiene mucho sentido: en la calle, los hombres con los que me cruzo se han convertido en padres y es poco decir que siento hacia ellos un extraño sentimiento de fraternidad. Mis amigos, mis pares, sé lo que es, yo también soy papá, puedo hablar de ello, ¡hablemos de ello si queréis! Hay un bar aún abierto, o ya abierto, qué más da, celebrémoslo con champán, adelante, ¡a los valientes no les importa qué hora sea! Pero mis compañeros de armas siguen su camino, me evitan, van a trabajar. Son las cinco y París pronto despertará, es la hora en que voy a acostarme, pero, como en la canción de Dutronc, no tengo sueño.

Por la mañana, abro la ventana de la cocina que ofrece un bonito panorama sobre un decorado como los de Alexander Trauner —una sucesión de pequeños patios interiores, garajes, castaños fatigados y canalones oxidados—, uno de esos espacios urbanos en los que el viento puede tomar impulso pero no como en una gran avenida o en los Campos Elíseos, por descontado, sino más bien a hurtadillas, como un adulto que aprende a montar en bicicleta y no quiere que le vean.

Abro la ventana y ese soplo de viento, satisfecho de sus proezas, se mete en el apartamento, cual invitado entusiasta y un poco invasivo que quiere saber qué novedades hay, mira, si tienes un sofá nuevo, vaya, ¿has pintado el baño? Pero en mi casa no hay nada que ver, quizá haya algo que ver «en mí», y que se resume en esta constatación: en algún lugar de este mundo patalea un pequeño ser que me debe la vida y al que debo, recíprocamente, amar de nuevo la mía, así que estamos a la par, Malo y yo estamos a la par.

Sé entonces que con la borrasca ha llegado también la «comunidad», o por lo menos esa impresión a la que llamo así en mi fuero interno, la impresión en un momento perfecto y huidizo de ser un humano rebosante de amor hacia los otros humanos y lleno de amor hacia el mundo, y ello sin la menor afectación ni el menor sentimiento de ridícula ingenuidad.

En general, se requiere muy poco para que opere la magia, quizá una pizca de misterio como en cualquier número de magia, dos o tres accesorios —un soplo de aire fresco, un rayo de luz, una música a lo lejos— y el juego de prestidigitación ya está listo, solo hay que consentir la ilusión: de golpe, cada uno se convierte en protagonista de un guión ya escrito, al que todo contribuye, tanto el decorado como la música y los pájaros en el cielo, un cielo de un azul cromo como en los antiguos ejemplares de la revista *Cinémond*e. Y apenas se advierte que la película está alterada aquí y allá por el deterioro propio de los viejos celuloideos.

Sin duda es el momento apropiado para llamar a mi padre. Confío en que este

sagrado momento esté desnudo de escorias melosas. Lavado con agua salada. Desprovisto de toda emoción sobreactuada que pueda interferir en nuestra conversación. Quiero anunciarle la noticia con pureza virginal, depositar el moisés a sus pies, hacerle una reverencia y retirarme, guiado solo por mi buena estrella, y nada debe poder estropearlo.

No llega siquiera a sonar el timbre, descuelga en el acto.

—¿Papá?

—Buenos días, hijo.

—Pues... esto... tengo que darte una gran noticia...

—¿Ah, sí?

—¡Ya eres abuelo!

—¿Y?

—¿Qué significa «y»...?

—¿Y cómo se llama?

—Malo.

—¿Como Saint-Malo?

—Sí.

—Es bonito.

—¿Estás contento?

—Sí, por el nombre sí.

—Si le vieras...

—Como si lo hubiera visto. Pobre chaval.

—¡Nada de pobre chaval! ¡Si no para de reír!

—Que aproveche ahora que puede...

—Cuando le veas cambiarás de opinión, es increíble las esperanzas que inspira un hijo. Espanta todas las angustias.

—Yo también quiero tener esperanza, hijo. En cualquier caso, felicidades, me alegro mucho por ti. Bueno, por los dos. ¿La madre está bien?

—Todo lo bien que puede estar. Ven cuando quieras.

—¿Dónde es?

—Hospital Saint-Joseph, en el distrito XIV.

—Al León no le gusta mucho París, pero hará un esfuerzo.

—¿Ah, no? Creía que no temía los atascos. Haz como te vaya mejor.

—Te llamaré.

—Vale.

—Ah...

—¿Sí?

—Dale un beso de mi parte al pequeño.

Cuelgo, como se cuelgan los guantes. ¿De qué sirve pelear? ¿En qué cuadrilátero? ¿Por qué? ¿Para recibir puñetazos en la cara? ¿Entre los gritos de un público invisible, compuesto por todos aquellos que me vieron crecer, resignarme, doblar el

espinazo y huir sin cesar? Me imagino a Leïla en primera fila gesticulando más que los otros, gritando: «¡Dale, joder! ¡Así! ¡Eres padre, puedes permitirte todo! ¿Qué imagen quieres dar a tu hijo? ¿Qué ejemplo, eh? ¡Vamos, levántate, pelea!».

De acuerdo, quiere que pelee, así que peleo. En los días siguientes, cada visita al hospital Saint-Joseph me ofrece la ocasión de dar lustre a mis armas con el sentimiento del deber cumplido. Voy después de comer gracias a Astrid, que, enternecida, muestra cierta flexibilidad en la agencia. Encuentro a Leïla un poco adormilada y ante ella un plato con los restos de pescado o de carne —cuesta distinguir entre uno y otra— que casi ni ha tocado. Solo el queso —sobre todo La Vaca que Ríe— y el postre le entran por los ojos. Por lo demás, Leïla se alimenta principalmente de los bombones y las frutas confitadas que las visitas le dejan en cantidades industriales, en lujosas cajas que ocultan las de los medicamentos, más pequeñas y menos doradas.

Todas esas provisiones hacen que reinen en la habitación unos olores mal conjuntados, a los que se suman efluvios de orina, de leche agria y de detergente. Me siento invariablemente en el borde de la cama, desde donde dispongo de una vista casi cenital sobre la cuna de Malo. Desde ese puesto de vigía también puedo asirle la mano a Leïla y mirarla a los ojos de vez en cuando, pero Malo me hipnotiza: a medida que me sumerjo en la contemplación de su carita dormida, de sus pies no más grandes que dátiles que se sostienen en el aire —me los comería—, de sus puños cerrados —cuatro granos de arroz perfectamente alineados debajo del pulgar—, de su sonrisa fugaz que alarga un sueño pasajero, mi sonrisa también se prolonga y todo cuanto le rodea desaparece en una nebulosa que me resulta indiferente.

Malo es una maravilla, una joya, un muñeco regordete. Solo apetece despertarlo, apoyarlo contra el torso para que busque el seno cabeceando obstinadamente, sostener su cráneo velludo en el hueco de la palma de la mano, olerlo, achucharlo, babearlo con una gestualidad animal, protectora, ancestral, nacida en el alba del mundo. Y sí lucho, pero a mi manera, lucho contra el sentimiento obsesivo de que Leïla, en esos momentos de gracia, simplemente no cuenta a mis ojos, no cuenta para nada, ni ella, ni sus bombones, ni sus revistas del corazón, ni su hermosa sonrisa fatigada, ni su turbador cabello desparramado sobre la almohada, ni su busto satinado que sube y baja como el oleaje. Porque Malo es un amante que concentra, él solo, la energía del ambiente con lo que esta comporta de amor, de esperanza y también de nostalgia; absorbe y contiene el mundo como la lámpara al genio del cuento; al verle dormirse, lamentas no haberle pedido un deseo o haberle planteado una pregunta difícil como esta: ¿qué será de nosotros ahora que estás aquí?

La auxiliar entra a recoger la bandeja.

—¿Ha comido bien?

—Un poco... —responde Leïla, apartando la vista.

—¡Muy poquito! ¡Tiene que esforzarse!

—El que tendría que esforzarse más es el cocinero.

Bien dicho. Mientras la auxiliar se marcha encogiéndose de hombros, Leïla y yo recuperamos, por un instante, la complicidad que era habitual hasta poco tiempo antes. Envalentonado por esa minúscula magia cobijada en el hueco de nuestras manos aún entrelazadas, le sonrío.

—¿Cómo te sientes?

—Como una ballena gorda. Como una de esas ballenas que a veces encuentran varadas en una playa, sin saber cómo han llegado hasta allí...

—No veo la comparación...

—Yo sí. Dicen que esas ballenas se pierden porque los ultrasonidos que hay bajo el océano producen interferencias en su sonar y hacen que naufraguen y mueran como idiotas, por falta de oxígeno, con unos tipos con impermeables dando vueltas alrededor de ellas y con la prensa local fotografiándolas.

—Cada vez me cuesta más seguirte.

—¿Me quieres, Jean?

—Claro que te quiero, quiero a Malo, quiero a nosotros tres.

—Pero a mí, «a mí», ¿me quieres?

—¡Claro que sí!

—Porque aquí donde me ves, soy una ballena gorda arponeada por su chico y completamente olvidada...

—En primer lugar, no te he arponeado, y ni yo soy un pescador japonés ni tú un cetáceo, o deberías habérmelo advertido.

A Leïla se le escapa una sonrisa y está increíblemente guapa. Bebe un poco de agua de la botella y se interrumpe entre dos tragos.

—¿Has hablado con tu padre?

—Por supuesto.

—¿Y qué?

—Todo en orden, se pasará por aquí.

—Sobre todo, que no se sienta obligado.

Y Leïla sigue bebiendo con ruidosos gorgoteos, con una mirada de connivencia y con sus dedos delgados asiendo la botella como los de un bebé sosteniendo con firmeza el biberón. A mí también me apetece emborracharme, pero no a base de Evian ni de leche, sino con una buena botella de *bourbon*. Me pasa pocas veces, pero cuando me pasa no hay alternativa. Es imposible resistirse, es vital, deseo estar desnudo dentro del Jack Daniel's, desnudo como un bebé en el vientre de su madre, desnudo como un gusano en una botella de mezcal. Debo mentir, y de inmediato.

—Tengo que marcharme.

—¿Vas a la agencia?

—Sí, ahora mismo tenemos mucho trabajo urgente y, aunque Astrid está de buenas, prefiero no abusar.

—¿En qué estáis trabajando?

—En un concurso.

—¿De qué?

—Galletas. Unas galletas dietéticas.

Es una cosa tan tonta que parece verdadera. Si hubiera hablado de *whisky*, no me habría creído. Cuando es el *whisky* lo que debería parecer verdadero, puesto que me muero de ganas de emborracharme, ahora y a fondo. Pero cuando dejo deslizar mi meñique no lejos de los dedos de Malo, cerrados por el sueño, estos se abren como una flor y se cierran de inmediato sobre mi uña. Mi meñique está atrapado y una fuerza insospechable lo retiene. Sin duda Malo está soñando que se halla en un tiiovivo y que tiene que agarrar a Mickey de la cola para ganar una vuelta suplementaria. Si supiera en qué acaba de embarcarse, qué montañas rusas deberá subir para luego bajarlas riendo, llorando, gritando de alegría, de miedo y de pena, ¡y que siempre tendrá que dar una vuelta más! Altibajos y más altibajos, eso es lo que le espera, y, al final, la sensación de haberse divertido mucho, de no haber aprovechado todo lo posible, el alivio cuando eso se detiene, pero también la tristeza de que ya se acaba. Y no habrá otra vuelta, porque entonces hay que pasar a la última atracción: el tren fantasma con sus gritos, terrores, remordimientos y la caída al vacío que dura una eternidad y sin luz al final.

El bar Le 7^e art debe su nombre al cine —el Entrepôt, muy de moda— cuyas letras azules brillan en la rue Victor-de-Pressensé. Pero a Le 7^e art no se va a tomar el *brunch* entre familias reconstituidas de regreso de la AMAP —la Asociación para la salvaguarda de la agricultura campesina— de la rue Raymond-Losserand; allí no se comen «*mi-cuits* caseros» con chocolate de comercio justo y se deja la mitad de la ración a ocho euros; no se agradece la suerte de vivir en un barrio que «sigue siendo suficientemente popular» como para que se pueda encontrar una antigua imprenta por menos de un millón de euros; ahí no se ven camareros con gorra falsamente guasones, y no hay ejemplares de *Télérama* abandonados ni partidarios de Mélenchon que preparan la Gran Noche electoral de la izquierda, con la condición de que no caiga mientras pasan el fin de semana en la isla de Yeu. No, nada de todo eso. En Le 7^e art hay una clientela popular de verdad entre la que se cuentan desdentados que hablan mal, que conversan comiendo y mirando las carreras en la pantalla colgada en la pared, con los pies sobre las colillas y los boletos no premiados de lotería y de las apuestas deportivas.

Ahí es donde estoy. No es una proeza, no es una demostración ante nadie, no es por buena conciencia, es sencillamente mi bar y abordo el tercer Jack Daniel's con

una especie de perfeccionismo artesanal. Michel, el camarero, me ha saludado; hace tiempo que le conozco, pero ni me tutea ni me llama Jean por profesionalidad. Me sirve, simplemente, con una sonrisa y cubitos de hielo, que ya es mucho, e incluso me pone unos cacahuets portadores de gérmenes de orina pero no por ello menos deliciosos. Alrededor de mí la gente grita y gesticula, hay pintores de brocha gorda, mensajeros, repartidores, jubilados alcohólicos, parados, colgados, viejos apuestos de nuca larga, ojos tristes a porrillo, discursos enaltecidos para ahogar la moral alicaída, y esperanza, mucha esperanza, apostada a cien contra uno en las carreras de caballos y a mil millones contra uno en el Euromillones. Michel reina en su mundo lavando ruidosamente los cubiertos bajo el chorro copioso y humeante del fregadero. Reparte los platos, el cambio y los saludos con la vista siempre puesta en el exterior, por si desapareciera la panadería de enfrente o por si la reina de Inglaterra entrara en Nicolas a comprar un beaujolais. Es extraña esa mirada de los tenderos y de los camareros, esa mirada fija que te pasa por encima del hombro y se dirige a la lejanía; no se sabe si se consuelan mirando ya el más allá donde se encontrarán un día o si así te muestran que no tienen obligación alguna hacia ti, que si quisieran podrían marcharse, marcharse en el acto, y dejarte allí como un memo con un plato sin taza, un café sin azúcar, un bocadillo sin pepinillos o un billete sin el cambio.

Pero no, no ha cambiado nada, ahí sigue la panadería Lalos y el domingo habrá cola a su puerta porque tiene uno de los mejores panes de París y uno haría cualquier cosa por conseguir una flauta o una campesina aún calientes, y ni siquiera el «gracias» crispado de la dueña consigue irritar a la clientela, que repite. No ha cambiado nada y ahí sigue Nicolas, regentado por un gigante y su esposa asiática que le cabría en la mano. No ha cambiado nada y ahí están todavía los dos hermanos marroquíes que tienen abierto el colmado hasta la una de la madrugada, los artistas encorvados bajo sus horas de gloria, los estudiantes felices, los abuelos de la vieja Francia cuyos avispados antepasados, llegados a primeros de siglo de su Bretaña natal, tuvieron la buena idea de edificar en la rue Boyer-Barret, en la rue Pernety o en la rue de Plaisance y esas colmenas hierven de familias correctas que van a misa a Saint-Pierre-de-Montrouge, en la place d'Alésia.

No ha cambiado nada y eso es lo que me gusta, lleva razón el Viejo. Espero que un día mi hijo pueda beberse uno o dos *whiskies* en un bar como este, rodeado de humanos perfectamente imperfectos que le parecerán guapos y conmovedores porque habrá bebido demasiado y en la pantalla plana emitirán un videoclip ñoño con un montón de violines y acordes tan almibarados como se quiera pero que, cuando el alma se ha ablandado y el cuerpo se ha vuelto esponjoso, suenan más divinos que Mozart. Nada me gusta tanto como ese brebaje que me calienta la sangre, es el oro que se vierte en el molde de un lingote, un molde único. Me siento raro, puro, resplandeciente, pues soy una joya humana entre otras joyas, me siento libre y tierno, indulgente hacia mí mismo y hacia quienes me rodean y, fíjate, bastante confiado en que mi hijo se hallará un día en ese mundo como un cubito en el agua, no como un

pez, no, sino como un cubito de hielo, porque un pez puede morir perdido en el océano, pueden pescarlo, enuclearlo, cortarlo a rodajas, congelarlo y descongelarlo y asarlo a la plancha, mientras que un cubito, un cubito es maravilloso, un cubito solo puede tintinear y luego derretirse, y luego fundirse en el oro líquido en el hueco de una palma antes de calentar el corazón de un valiente entre tantos otros; sí, es bueno ser un cubito, un dulce cubito en el agua y, sí, tú serás un cubito de hielo, hijo mío.

El Viejo me ha dicho tan tranquilo que no irá a ver a Malo a la maternidad ya que el León tiene tendencia a calentarse en los atascos parisinos y que a él ni se le pasa por la cabeza tomar los transportes públicos, precisamente porque la palabra «público» le horroriza. Da igual, ya vendrá más adelante a casa.

¿Cómo confesarlo? En casa, precisamente, me encuentro a gusto estando solo. Esa cama inmensa, que ofrece a los pies zonas de sábana inexploradas, siempre frescas; esa camiseta y esas bermudas absolutamente deformes que visto en todo momento, como una segunda piel que huele a Soupline de lavanda; las cadenas de televisión que puedo zapear sin fin, de TF1 a las cadenas de Qatar, pasando por el golf, los anuncios, los asesinatos, el sexo, el fútbol, los videoclips, los expertos en inversión financiera, los programas de cocina y el tiempo. Es como sobrevolar el mundo sin esfuerzo alguno, con el mando a distancia y la mirada fijos, una bolsa de patatas abierta y la cerveza no muy lejos. Entre nosotros, ¡es un sueño! Vale más reconocerlo, en esa posición se puede alcanzar una beatitud que lleva al éxtasis. Eres a la vez una oca cebada, un ternero debajo de su madre, un perezoso en su hábitat natural; en resumidas cuentas, un zoo entero. Solo la fatiga visual y la anquilosis del brazo pueden hacerte renunciar a ese estado de animalidad pasiva. Llega entonces el momento de levantarse, de ir a lavarse los dientes, de revisar el correo electrónico, de volver a ser alguien.

No hace falta decir los esfuerzos sobrehumanos que debo llevar a cabo esa mañana para ordenar el apartamento, tomar el coche, ir a buscar a mi pequeña familia al hospital y llevarla a buen puerto, después de hacer la compra y llenar el frigorífico. Una verdadera reprogramación con el programa especial «entusiasmo». Leïla, en el coche, mientras el pequeño duerme en el asiento trasero, no se deja engañar.

—¿Todo bien?

—Sí, sí...

—¿Estás de morros...?

—Estoy pensando, quiero asegurarme de no haber olvidado nada.

Y en ese momento comete lo irreparable: me golpea dos veces en el antebrazo, golpea con fuerza, me duele, es «algo» que no soporto, y con forzado buen humor me suelta:

—¡No estés pocho, papi!

Extrañamente, esa expresión de telenovela, conjugada con ese apodo cretino, me deja congelado en el asiento, horrorizado. Me parece que esas palabras suenan falsas, que auguran lo peor, que con ánimo de reproche pretenden imponerme una alegría de circunstancias que no me apetece. Que me dejen ser chófer, accesoriamente enamorado y sobre todo padre; por el retrovisor, el rostro de Malo es el de un ángel

dormido.

El chirrido del freno de mano le despierta y a mí me despabila. Hubiera podido circular así muchos kilómetros, sin hacerme preguntas, contemplando el mundo avanzar hacia mí en un amable desfile. Sin embargo, hay que actuar ahora, como siempre, siempre hay que actuar, es ley de vida en el mundo. Prefiero sonreír y Leïla lo toma como una muestra de ternura. Me llega a lo más hondo que pueda equivocarse tanto y es en esos momentos, en esos momentos por defecto, cuando más la quiero. ¿Acaso una historia no se construye siempre sobre un malentendido o por lo menos sobre una paradoja? A esa pregunta responde Malo con un «güe» que trato con todas mis fuerzas de oír como un «sí».

Al venir finalmente a ver a su nieto, el Viejo mata dos pájaros de un tiro, pues aprovecha la visita para conocer también a Leïla. En el momento en que llama a la puerta, estoy sacando del molde un pastel recién salido del horno. Leïla va a abrir.

—¡Hola! Soy el padre de Jean. Tú debes de ser Leïla, supongo.

—Sí, soy Leïla. Encantada de conocerle. Adelante, por favor, eh...

—Suegro. Llámame suegro, pero tutéame. ¿Un beso?

Oigo dos besos rápidos. El contacto va a ser glacial. Incluso a los gruesos sillones de terciopelo les cuesta calentar el ambiente. El Viejo se sitúa frente a Leïla y yo me siento entre los dos, en una silla un poco alta que me recuerda enormemente a la del juez principal en un partido de tenis.

A pesar de la palidez de Leïla —que no imputo solo a sus noches cortas sino, sobre todo, a un palpable malestar—, el Viejo parece apreciar la belleza exótica de su casi nuera. Mientras Malo aún duerme y prolonga el suplicio, mi padre puede recrearse observando los ojos, el cabello rizado y las marcadas curvas de la joven madre.

—¡Ya era hora! ¡Por fin conozco a la guapa madre de mi nieto! —comenta melindrosamente mi padre.

—Es verdad, ya era hora —dice Leïla, picando una aceituna providencial—. Jean me ha hablado mucho de ti.

—¡Eso espero! Sé que a menudo me presenta como un misántropo escondido en su caverna...

—Alguien que no ve a mucha gente, es cierto. Pero que ha visto mucho mundo. El Viejo, halagado, aprecia la pirueta retórica.

—Oh... No son más que recuerdos de marino que no le interesan a nadie.

—Pero seguro que un día le interesarán a Malo, y habrá que contárselos.

—¿De verdad? —exclama, más fanfarrón que de costumbre.

—¡Claro!

Y el Viejo se vuelve hacia mí, colorado de orgullo y falsamente modesto:

—¿Ves, Jean? ¡Por fin hay alguien de la familia que se interesa por mí!

Se hace un silencio embarazoso. Leïla, que no se deja engatusar por el personaje y aún incómoda, toma un cigarrillo para disimular sus sentimientos, pero cambia de opinión de inmediato y vuelve a guardarlo. No es cuestión de convertirse en blanco de unas críticas que de todas formas, lo presiente, no tardarán en llegar. Afortunadamente, Malo elige ese preciso instante para abreviar la secuencia.

«¡Aaah...!», exclaman los dos actores de ese combate silencioso, con un alivio que constituye su único punto de convergencia.

Leïla se alza con dificultad de las blandas profundidades del sillón. El Viejo, por su parte, no se mueve ni un ápice. Patriarca autoproclamado, aguarda a que le presenten a la criatura con los debidos honores. Por ello aún parece más extraña su actitud cuando, un minuto después, se halla con Malo en brazos. Se diría que lo mantiene a distancia con un temor teñido de respeto, ese respeto que se siente por lo que nos da miedo; en ese caso, el futuro. Cabe pensar que para el Viejo el bebé es como el futuro: nunca se sabe en qué momento te sonreirá o te vomitará en la cara. Además, quizá para leer mejor en ese futuro inquietante, entre sus pestañas nacen dos minúsculas bolas de cristal que le hacen brillar los ojos e hinchar los párpados.

—Podéis estar orgullosos —declara solamente.

—¿Y tú lo estás?

—¿Acaso no se ve?

El Viejo se ensimisma entonces en una larga contemplación de Malo, con una expresión de beatitud que no le conocía. ¿Me observó de esa misma manera décadas atrás? A mí también se me agolpan las lágrimas, y más aún dado que en ese instante mi padre decide entregarme al bebé como si fuera el Santo Grial, con delicadas precauciones. Al hacerlo invierte curiosamente los papeles, como si me transmitiera a mi propio hijo, como si me recordara amablemente la parte de él mismo de la que este es heredero. Leïla no puede reprimir una sonrisa.

El Viejo se despide poco después y a punto está de olvidarse de entregar su regalo, un bonito velero de madera que le perteneció de pequeño. Durante su breve visita apenas toca su té, apenas toca el pastel y apenas toca a Malo.

Justo después de cerrarse la puerta, Leïla ha dicho: «Sí que es especial, pero creía que sería peor». Luego, al constatar que no había eco alguno por mi parte al comentario, ha callado. Estaba todo dicho. Ahora está sentada en el sofá, con las piernas cruzadas, en el mismo lugar donde el Viejo solo ha dejado la huella hueca de un cuerpo fatigado, lastrado por un vigor intimidante. Sostiene a Malo en brazos y este se encuentra así visiblemente mejor que en los de su abuelo. Le da el biberón mientras hojea distraídamente una revista femenina.

Detrás de la puerta de la cocina, el lavavajillas marca el tiempo con un oleaje obstinado y monótono. En el equipo de alta fidelidad suena una música New Age de

gimnasio. Ya no tengo permiso para poner mis discos, considerados demasiado rítmicos para el bebé. Como mecánicamente unas galletas Lu que desde hace tiempo ya no me apetecen. En mi boca, su masa pastosa me taponaba las muelas y me da sed de mil cosas, entre ellas, un poco de agua, que decido tomar directamente del grifo y se la ofrezco también a Leïla. Al entrar en la cocina, el oleaje se vuelve más sonoro, como al salir al puente de un barco después de abandonar el acolchado hermético de un confortable camarote. Sin embargo, no hay viento que me azote el rostro, ni aventura que me desmelene, ni olor yodado de pescado que llegue a mi nariz aparte del olor agrio de la merluza rebozada del mediodía cuyos restos he tirado a la basura. Mi vida se ha detenido. Se reduce a un cabotaje en el que las horas son las costas familiares, los días parecen horizontes estimulantes y las sonrisas mecánicas hacen las veces de pesca milagrosa. Cuando vuelvo a sentarme frente a Leïla, mi sensación de ahogo no se debe solo al exceso de galletas.

—Cuando pienso que lees esas bobadas —digo, señalando la revista con el mentón.

—¿Perdón? No te he entendido, no se habla con la boca llena —responde Leïla sin apartar la vista de la página y sin prestar mucha atención a mi comentario.

—Digo que es un disparate que leas esas tonterías.

—Qué le voy a hacer, ese es el destino de los cachalotes, leer tonterías con su criatura en brazos... Precisamente, ¿podrías echarme una mano, por favor?

Se incorpora con dificultad y le pongo un cojín en la espalda. Malo apenas interrumpe su acompasada succión. Al inclinarme y echar un vistazo, la página de «*Shopping*» alimenta mi exasperación.

—«*Must have*», «*it bag*», «*fashion addicts*» en busca de los nuevos «*crazy shoes*»... ¡Menudo galimatías!

—¡No exageres...! ¡Qué locura por cuatro palabras!

—No es una locura. ¡Me horroriza que esa maldita jerga inglesa lo invada todo! ¡Mira! ¡Los artículos, la publicidad, todo está contaminado! ¿Qué pasa con el francés? ¿Está pasado de moda? ¿Suena a camembert y a la bandera tricolor? Pobre lengua...

—Y pobre Francia, ya puestos.

—He dicho «pobre lengua». Pronto ya no será más que un dialecto hablado por un puñado de universitarios eruditos. Los demás ya solo tendrán en su boca la nueva lengua franca con salsa McDonald's. Palabras como patatas fritas de menú *best of*: frías, insípidas y universales.

—¡Basta ya, Jean! ¡No dices más que tonterías! Solo es una revista, no se trata de una bomba atómica, ¿te das cuenta? No es nada serio, solo hay cosas ligeras, entretenidas, fútiles, cosas de mujeres de toda la vida. No irás a convertir eso en un drama, ¿verdad?

—Claro que sí. Pero cuando las adictas a la moda compran...

Leïla se echa a reír, aplaudiendo quedamente.

—¿Has acabado? Si me permites, la adicta a la moda aplaude, ¡esto es muy bonito, emocionante! Pero no, cariño, ¿ahora descubres la vida? ¿Acaso quieres cambiar el mundo? Me parece estar oyendo a tu padre. Tienes el mismo rencor acumulado, los mismos aires líricos.

—Ya no come.

—¿Tu padre? Eso sí que es una novedad... ¿Y qué le pasa?

—¡No estoy hablando de mi padre, sino de Malo!

Al darse cuenta de la confusión, Leïla suelta una risilla que aumenta mi contrariedad. A la vez, y como si quisiera disimular, insiste y se obstina en hundir la tetina del biberón en la boca del bebé, que trata de evitarla por todos los medios. Me levanto de un salto.

—¡Mierda, te digo que ya no tiene hambre!

Malo se sobresalta y a punto está de ahogarse, y esta vez Leïla ha dejado de reír. Uno y otra me miran con unos ojos como platos. Mecánicamente, Leïla deja a Malo sobre sus rodillas, sosteniéndole la espalda con una mano y con la otra sobre su vientre. Con una pasmosa calma, me suelta:

—Tú no estás bien, Jean. ¿Te has visto? ¿Qué te pasa?

—Baja el tono —digo poniendo a Malo por testigo.

Leïla sigue con más ímpetu y se refrena, apretando los dientes.

—¿Y tú lo dices? ¿Te estás burlando de mí? Ahí estás, eructando... ¡Oh!

Un eructo magistral y muy oportuno le interrumpe la frase. Una especie de gigantesco ruido de desagüe, cavernoso, inversamente proporcional a la talla de su autor. Este, muy erguido, se contonea satisfecho, meneando la cabeza y sacando la lengua como un borracho que intenta mantener la dignidad. Mi hijo.

—Ya te he dicho que no tenía más hambre —digo, impresionado.

—Y yo te digo que no me hables de esa manera. Estábamos la mar de bien, tan tranquilos y tú...

—Sí que estamos bien. Y la mar de tranquilos.

—Oye, ¿qué quieres decir con eso?

Al decirlo le planta de nuevo, mecánicamente, el biberón en la boca a Malo, como se le cierra el pico a un chiquillo ruidoso con ayuda de una tetina, cómodamente, sin pensar.

—Es solo que me pone histérico cómo te lo tragas todo, cómo digieres todo, ciegamente, peor que una oca a la que ceban... ¡Oh, joder! ¡No!

Malo, que ya está cebado, acaba de regurgitar íntegramente su comida, y mientras la leche resbala por su mentón, me sorprende gritando «no» de forma ininterrumpida y con idéntica nota. ¡Lo más sorprendente es que ese largo y vomitivo chorro de decibelios me sienta muy bien! De modo que ahora estamos los tres con la boca abierta: Leïla y Malo del susto y yo porque aún sigo gritando, hasta quedarme sin voz, hasta desgarrarme el esófago. ¡Qué liberador es eso! ¡Y cuánto agradezco a mi querido hijo que pueda sacar de dentro de él el sobrante del que estaba atiborrado

hasta la náusea y de dentro de mí la bilis que me revuelve el estómago desde hace mucho tiempo! Todo lo que he retenido dentro del estómago, el rencor, la frustración y las náuseas sucesivas que ahora ascienden y que escupo de golpe en una charca sonora, saludable. Habrá sido necesario que Malo saliera del vientre de su madre para que yo expulsara del mío un magma de deseos nonatos, aunque no ignoro el precio que habrá que pagar y quién será la víctima. ¡Leïla! Leïla, que acaba de dejar a Malo en el cuco y que lleva ahora su mano contra mi boca abierta, que a pesar de todo aún grita, Leïla, que me ordena que calle, que deje de gritar, aunque para hacerlo también grite. Sin duda, en ese preciso segundo presente que no podrá seguir viviendo conmigo, que algo se ha roto en ese acceso de locura y que es un hecho irreversible. ¿Cómo va a seguir al lado de un loco? ¿Cómo va a aceptar semejante padre para su hijo? Puestos a joderlo todo, puestos a llevar el drama a sus últimas consecuencias, la aparto brutalmente y me lanzo de inmediato a destruirlo todo. Todo. Como un tifón. Vuelan los libros, las almohadas, las sillas, la mesa, los cuadros. Mi cólera se alimenta de sí misma, sospecho que fuerzo la puesta en escena, que saco pecho, que llevo la violencia hasta el fin para abandonar el escenario con la cabeza alta, pero ahí está el resultado: la habitación está devastada, Leïla, traumatizada y Malo, aterrorizado.

Después de la tormenta llega la calma, después del temporal llega la lluvia de lágrimas. Ya sin fuerzas, Malo ha renunciado a seguir desgañitándose, y también su madre. Ahora conforman un único resoplido entremezclado de profundos sollozos. En cuanto a mí, no soy más que un paradójico desertor que se ha quedado en el campo de batalla y luce como única medalla la del deber cumplido. Miro a mi hijo y somos como dos gotas de agua o de vómito, según se mire. Mi pequeño monstruo. Mi pequeño tragafuegos que también escupe leche y bilis. La filiación se perpetúa y el Viejo puede estar orgulloso, por lo menos, de su nieto.

Por cierto, ¿dónde estará el Viejo...? Al salir a la calle, dejando detrás de mí a mi mortificada familia, mi primer reflejo es llamarle. Quizá porque al fin y al cabo él es el responsable de todo eso. Después de cinco timbres, me dispongo a colgar cuando resuena su voz.

—¿Te molesto?

—Para nada. Estaba ocupándome de mis peonías. Les cuidaba las alas.

—¿Las alas?

—Claro. La peonía es la única flor que habría podido ser pájaro. Que debería haberlo sido. ¿No te parece que «peonía» suena a nombre de pájaro? Hubiera podido decirse: mira, ahí va una bandada de peonías...

—No me había dado cuenta.

—Y además, si observas una peonía de cerca, recuerda esas plumas contrariadas que hay en el cuello de los cisnes o el buche mojado de un flamenco rosa al viento. Un ramo de peonías es una bandada de pájaros apretujados unos contra otros y temblorosos por no poder volar.

—No te conocía ese tono poético...

—Siempre lo he tenido, pero me lo guardaba para mis adentros.

—Así que todo llega...

—Y, sobre todo, estoy harto de las rosas. Las rosas son cosa de esnobs. Tan erguidas, tan tiesas, tan bien peinadas. Las rosas tienen algo de señorona endomingada que me fastidia. De presumida que no quiere mancharse. Son demasiado estiradas, la verdad. Mientras que la peonía... La peonía es una flor despeinada, una flor desgreñada. ¿Has visto alguna vez una peonía blanca? Parece una recién casada al amanecer, que ha estado bebiendo y bailando toda la noche y cuyo vestido se ha arrugado de tanto dar vueltas. La bella se volatiliza con el roce de su ropaje de seda...

—Nunca dejarás de sorprenderme.

—No está mal, ¿verdad? Qué puedo decirte, esas flores son mi debilidad. Y además, al respirar... una peonía es una bolsita de caramelos, una bolsa bien abierta...

—Prestaré más atención...

—Ni siquiera hace falta. Son ellas las que te cautivan en cuanto las miras. Solo tienes que dejarte llevar.

Titubeo, pero la brecha es muy amplia y la tentación, muy grande. Parece que el Viejo lo haya dicho expresamente.

—Justamente —digo, aseverando su intuición—. Ya no quiero dejarme llevar, papá. Ya no quiero que mi vida, que las circunstancias decidan por mí.

—¡Vaya! Tienes problemas. Estaba seguro.

—Es una sensación, de repente. Una reflexión. Un pensamiento, quizá. ¿Ves?, seguimos con las flores...

—Venenosas. O carnívoras. ¿Qué pasa?

—Es por Leïla. Bueno, por mí.

—Ah.

—No sé, creo que no estoy hecho para esa vida. El bebé, la rutina, la vida pautada. Además, no nos entendemos, no pensamos igual. Cuando está aquí, me parece que llevamos una vida muy pobre. Cuando se marcha al otro extremo del mundo, siento celos de sus viajes. Estoy completamente perdido, la verdad. Me fastidia reconocerlo, pero estoy a punto de darte la razón acerca de muchas cosas.

—Como ves, no me alegro. Simplemente lamento que no lo entendieras antes. Antes de Malo, quiero decir.

—Malo es una maravilla. Y Leïla es adorable, no tengo nada que reprocharle. Pero es el conjunto lo que... se hace muy pesado.

—¡Qué descubrimiento, hijo!

—¿Ves? ¡Ya te pones irónico!

—Con esas cosas, no. Te recuerdo que yo también tuve una mujer y también tengo un hijo.

—Gracias por no olvidarlo.

—Ahora eres tú el que se pone cáustico. Simplemente te digo que yo también he amado. Que yo también te he visto nacer, maravillado. Pero eran otros tiempos. El final de un mundo.

—¿Qué propones?

—¿Yo? Nada. Ya te previne, a mi manera. Ahora tienes que ser coherente e ir hasta el final. Ahí está tu hijo, es guapo y le quieres, ya es mucho. Crece con él, puesto que visiblemente los dos os encontráis en el mismo punto.

—¿Y Leïla?

—Haz cuanto esté en tu mano para no perderla. Tenéis un hijo en común, mierda, y eso no es ninguna nadería. Ya conoces mi lema...

—«No tener que lamentar jamás no haberlo intentado todo». Me lo has machacado tanto...

—Por una vez, piensa en ello y cúmplelo al pie de la letra. No pasa nada por no lograrlo, si se ha intentado todo. Da igual triunfar o fracasar, pero por lo menos te queda la conciencia tranquila y de eso podrás sentirte orgulloso, pase lo que pase. Lo peor sería decirse: «En ese momento de mi vida pude intentarlo y no lo hice...». Y eso te perseguiría siempre, créeme.

—Parece como si lo hubieras vivido.

—Así es.

—¿Mamá?

—Sí, tu madre. Si hubiera insistido más, si hubiera creído en ello, si de verdad lo hubiera intentado todo con ella, no me habría dejado por ese profesor de teatro idiota... ¡Fue algo tan gordo que ni lo vi venir! Y, sobre todo, ella no habría permitido que me convirtiera en lo que soy: un viejo gruñón y gilipollas, solo en un rincón.

—Y que a menudo tiene razón.

—Sí, salvo en lo del amor. El amor sobrevivirá a las ruinas. La gente aún se dará la mano bajo los tsunamis, se hará promesas en los cementerios, se jurará fidelidad en la muerte. Eso es más fuerte que nosotros, es más fuerte que la humanidad. Como la muerte.

—Siempre tan alegre...

—Siempre tan realista. Inténtalo, Jean, inténtalo con Leïla. Siempre será demasiado pronto para constatar que fue en vano, pero hasta ese momento, intenta creer en ello. Por Malo. Tienes que saber que puede haber cierta poesía en la vida cotidiana. Algo duradero, cómodo y valioso. Y yo he echado en falta esa poesía, créeme. No es nada grande, nada majestuoso, pero es una dulce poesía que merece la pena vivir. ¿Lo recordarás?

Contemplo el teléfono, boquiabierto, y cuelgo justo antes de que me oiga llorar.

Bastará decirle que la llamada se ha cortado, que así son las nuevas tecnologías y que, decididamente, todo desaparece.

Tiene la palabra el Viejo

Mi padre era natural de Burdeos. Cinco o seis años después de la guerra, cuando tuvo cuatro cuartos para comprarse un pedazo de paraíso y construir una casa, se decidió por el lago de Lacanau. En lugar de los besamanos de Arcachon o del esnobismo de Pyla, prefirió la naturaleza auténtica de ese lago habitado entonces solo por algunos resineros y parece que para llegar hasta allí, al no estar asfaltada la carretera, su 202 se hundía en la arena hasta los cubos de las ruedas. Más adelante, se construyeron algunas villas y también algunas cabañas de pescadores, pero con parsimonia y los confines del lago siguieron siendo salvajes. Allí tienen los cazadores sus «toneles» a orillas del agua salobre y los peces se encuentran a sus anchas —lucios, gobios, anguilas y tencas incordiosos al amanecer por barcas inmóviles—, lejos de las faunas mundanas que se ríen ahogadamente y saborean en compañía los pastelillos *cannelés* bordeleses.

Sabia decisión. Heredé la casa de madera al pie de la duna de Longarisse, entre madroños, retamas y mimosas, y a él debo el momento que ahí vivo, ahora. Acaba el día, la mejor hora, esa en la que el olor a lodo se mezcla con el aroma de las primeras barbacoas. Plantado en el lago como una zancuda, con el agua hasta la cintura y con los pies hundidos entre los restos de juncos, observo en derredor. No hay grandes apellidos luciendo Lacoste, solo algunos Martin y algunos pescadores, unos comiendo alrededor de una mesa plegable y los otros lanzando sus anzuelos. Un barco de plástico matriculado LAC040675. Una tabla de *windsurf* bautizada *Saint-Tropez*: aquí es donde viene a esconderse el mito de Bardot y consortes. Un fueraborda que chapotea, con un toldo descolorido a guisa de pañuelo para jugar a la gallinita ciega. Y todo ello bajo el sol de junio. Un sol que se encuentra guapo, que se contempla en ese vasto espejo azul plata y utiliza los pinos, como quien no quiere la cosa, para peinar sus últimos rayos, alisarlos, dorarlos y sumergirlos en el agua una última vez hasta la punta, envuelto en un lujo de polvo rosa y nubes redondas como algodones para desmaquillar.

Que me lo quiten todo, que me desnuden, que me roben cacharros, muebles y bienes (excepto el León), pero que me dejen ese tesoro. Que me lo quiten todo, de acuerdo, pero esto no. No esta casa rodeada de ardillas, mecida por el rumor lejano del océano, no ese lago de aspecto escandinavo que Vadim, precisamente, eligió para adaptar el *Castillo en Suecia* de otra habitual de Saint-Tropez, Sagan, siempre ella. Si el mundo entero tiene que detenerse, me detendré con él, pero aquí y con las cosas esenciales que lo han hecho así: agua en mi cazuela y en mi lago, fuego en la chimenea y en mi corazón, tierra a mansalva, viento a discreción, un cielo infinito, pescado para comer y caza y tiempo para matar. Me entra frío y me da igual, tengo la piel de gallina, granulada y blanca, pero no soy un gallina, estoy envuelto en la

quietud de una extraña complicidad: el mundo y yo somos bandidos que huyen, unidos por las esposas, perseguidos por el tiempo. Y si de repente, acorralados, nos vemos obligados a saltar al vacío, lo haremos juntos.

A la espera de ese desenlace, tengo una cita al teléfono con Jean, a las ocho en punto exactamente, como todos los domingos. Tengo tiempo para acercarme en bicicleta a la tienda de Fernandez para comprar berenjenas, la mejor verdura del mundo. Un poco de tinto, también. Tomates. *Mozzarella* de búfala, por supuesto. Albahaca. Y nectarinas.

El señor Fernandez se ha quedado calvo, pero es el mismo de hace treinta años, aunque más gordo. Su mujer también está igual, es un arbusto seco que el viento no puede agarrar. Solo le ha cambiado la cara: han desatornillado de su cuerpo juvenil su cabeza de joven para cambiarla por una cabeza más vieja, con arrugas, gafas y una permanente mal hecha. Es la regla del juego, no se va a librar tan fácilmente. Evito los titulares que se despliegan en las portadas de los periódicos; cuanto menos sé, mejor me encuentro. No quiero saber nada de lo que hacen los hombres en este bajo mundo. Soy uno de esos erizos de los alrededores que cruzan la carretera sin que los aplasten, por lo menos de momento.

De regreso, el camino de las moras serpentea entre los troncos, huele a corteza y a musgo y el guardabarros vibra a merced de los baches formados por las raíces. Conozco hasta la menor de ellas. Pedaleo veloz para mi edad y evito las piñas, pero al acceder a mi jardín, con la cesta temblequeando delante del manillar, ya suena el timbre del teléfono.

—¿Diga?

—¡Hola! Pareces sin resuello.

—Acabo de llegar en bicicleta, he ido a la tienda de Fernandez.

—Respira un poco, vamos.

—¿Bromeas? Todo en orden. A mi lado, Anquetil es un viejo.

—Así lo espero por ti, porque murió hace tiempo, papá.

—Sí, vale, ya lo sé. ¡Ciclistas como Anquetil y Bobet siempre serán mis referencias! Para mí, los grandes campeones son inmortales.

—En ese caso eres inmortal, ¡y eso es una buena noticia!

—Ríete, si quieres. Solo te digo que no estoy cansado. Y que con mi Peugeot sin marchas dejo atrás a todos esos gilipollas con casco y vestidos de torero que patalean en sus bicis enormes de neumáticos claveteados.

—Se llaman BTT.

—Quizá, no lo negaré.

—Aparte de eso, ¿estás bien?

—Todo va bien. En mi cabaña en medio del bosque, solo con los objetos esenciales aparte de los cuales todo se ha vuelto superfluo, ¿sabes? Un par de alpargatas para andar un poco, una buena bici para ir más lejos, una Solex para ir aún un poco más lejos, el León para ir de compras a Le Porge cruzando el pinar. Una

tumbona. Todos esos objetos geniales, simplemente útiles. Lo necesario para vestirme, abrigarme, encender un fuego, calentarme, cocer mi comida y explorar los territorios más próximos. Robinson en versión bien afeitado. ¿Qué más se puede pedir?

Silencio. Un chisporroteo al otro lado de la línea. Lo dejo en el aire. Sé que Jean quiere pedirme algo porque no reacciona a mi tradicional perorata de solitario feliz, porque me trata con demasiada amabilidad para ser sincero. Y así es. Enseguida muerde el anzuelo.

—Papá, tengo que pedirte un favor muy grande.

—Dime.

—¿Podrías quedarte con Malo durante el mes de agosto?

—¿Cómo?

Me ha salido de las tripas. Como un eructo. A fin de cuentas, o se es salvaje o no se es. A punto estoy de hacer voltear mi mazo dando saltos. Gracias a Dios, la diplomacia enseguida controla de nuevo la situación.

—Estás de guasa, espero.

—Papá, Malo tiene seis años. Tiene derecho a ir de vacaciones. El mar le sentará de maravilla.

—En eso estoy de acuerdo. Pero para eso tiene precisamente una madre. Y un padre, hasta que se demuestre lo contrario.

—No podemos hacerlo de otra forma. Leïla se va a Marruecos a ver a su familia y ya sabes que allí las cosas ahora están muy agitadas.

—No, no lo sé.

Oigo un suspiro.

—Papá, si leyeras los periódicos sabrías que en Rabat hay insurrecciones populares, que se está cociendo algo, que el rey se esconde en su palacio, que está ocurriendo lo mismo que pasó en Túnez, en Libia, en Siria...

—No estoy al corriente.

—Por supuesto. Es el límite del sistema. El límite de tu filosofía de ermitaño.

—Mi filosofía es mía, así que no te metas con ella, ¿de acuerdo? Y en lugar de eso, respóndeme: ¿y tú no estás libre en agosto?

—Tengo una posibilidad en una nueva agencia. Me pondrán a prueba en verano, es de buena ley, a menudo se hace así. No puedo permitirme perder ese tren. Hace mucho tiempo que busco algo.

—Me haces gracia... ¿Estabas obligado a dejarlo todo de golpe? ¿A tu pareja, la empresa, el apartamento?

—Ya hemos hablado de eso, papá. Leïla y yo no podíamos seguir así. Con sus reportajes permanentemente en el otro extremo del mundo, ya hacía mucho que no hablábamos el mismo lenguaje. A la larga, me sentí excluido, de todo, de su vida, de su círculo de amigos periodistas, todos tan «aventureros», tan «apasionantes»...

—De acuerdo con eso, pero ¿y el resto? ¡No estabas obligado a dejarlo todo de

golpe, perdona que te diga!

—Espera —contraataca Jean—, ¿no eras tú quien me decía sin cesar que había que llegar hasta el final de las cosas? ¿Comprometerse? ¿Decidirse? ¿Elegir? «Todo, menos la tibieza», «Todo, salvo no tomar partido», ¡aún te oigo decirlo! Deberías estar contento, ¿no te parece?

Esta vez se me hinchan las narices.

—¿Contento? No, no diría eso. Acabas de recordar con razón que Malo tiene seis años. Lo sé tan bien como tú. ¿Quieres que te recuerde los hechos? Hace seis años que Leïla me tiene prohibido ver a mi nieto como a mí me gustaría, con el pretexto de que soy un viejo gilipollas, un viejo facha encostrado que le mete sus ideas rancias en su cabecita de niño. Hace seis años que cada visita se programa, se evalúa y se sopesa, y ni siquiera tengo derecho a ver a Malo en mi propia casa, siempre tiene que ser en otro sitio, en un museo o un restaurante, ¡y eso solo una vez al mes! Hace seis años que la Señora me juzga, me deja a la altura del betún y me trata como a un apeestado. ¡No soy un yayo, soy un paria! ¡Y desde hace seis años tú no dices nada! ¿Y ahora me llamáis con toda la pachorra para que cuide del crío? ¿Porque, de repente, el viejo oso tiene todas las virtudes? ¡A la mierda!

—Apeestado... ¿No estás exagerando un poco?

—¿Estás de guasa? Al principio fui... Creía que... Mi único nieto, mi pequeño «bailarín», como le llamaba.

—Ah, sí, «bailarín», lo recuerdo. —Jean sonrío al teléfono.

—Agitaba los pies y las manos en cuanto veía el biberón. Eso me hacía llorar de risa... y también me emocionaba. ¡Había tanta vida en él!

—¡Por eso mismo, había que continuar!

—El problema es que todo se estropeó cuando te marchaste de tu casa, Jean. De verdad que intenté ganarme a Leïla, pero ella te castigaba a través de mí. Yo solo quería ser un punto de referencia para el pequeño, un apoyo, así que le llevaba caramelos, y flores a su madre, e incluso *macarons* de Saibron. Pero en cuanto intentaba llevarme a Malo al museo, ella me decía que no era necesario ir a ver «trastos viejos cubiertos de polvo». ¿Qué le voy a hacer?

—¿Qué museos? —pregunta Jean para calmar la situación.

—No sé, los Inválidos, el museo del Hombre, el museo de la Marina, los clásicos.

—Precisamente... ¿Y Leïla? ¿Te interesaste por ella? ¿Por su oficio? ¿Por sus reportajes?

—¡Claro! ¡Sin cesar! Se escabullía. Un día, incluso le llevé mi Leica, esa fue la única vez en que la vi interesarse un poco...

—¿Le hablaste de ti?

—No lo entiendes, Jean. Entre Leïla y yo nunca ha habido química. Así son las cosas. Y por eso no insistí. Me insensibilicé. Me obligué a no apegarme demasiado a Malo. Volví a marcar distancias. Ella consiguió lo que quería, supongo. Y tú también. De lo contrario, habrías reaccionado.

—¿Qué dices? ¿Qué querías que hiciera?

—¡Pues que te portaras como un hombre, coño! ¡Que dijeras no, no y no! De tanto no querer ser machos, tú y los hombres de tu generación os habéis convertido en tullidos, te lo juro. ¡Habéis perdido los hombros, los cojones y sobre todo vuestro orgullo, cosa que aún es peor! ¡Y no habéis entendido nada de las mujeres! A pesar de lo que digan, en un momento dado necesitan oponerse, enfrentarse a alguien, por ejemplo, a eso sólido y bien plantado a lo que antaño se le llamaba un hombre.

—Es verdad que tú entendiste muy bien a tu mujer. A base de broncas, de risotadas con tus amigotes y de aventuras ocasionales.

—¡Qué dices! ¡Eso no tiene nada que ver!

—¡Claro que sí! Nunca le echaste una mano, pero sí le diste bofetadas. La entendiste tan bien que después de dejarte también dejó de vivir. Literalmente. Muriéndose de pena. Sabes muy bien que su teatrero no era más que un pretexto para hacerte reaccionar. Pero tú, evidentemente...

—¡Cierra la boca!

A la vez que gritaba, he colgado. Mi corazón estalla, me arden las mejillas y tengo la voz seca pero los ojos llenos de agua y el cuerpo cubierto de sudor. Sentado en una silla de mimbre, miro el teléfono esperando con todas mis fuerzas que vuelva a sonar. O que se calle para siempre. Pasan los minutos. Al fin, suena. Me abalanzo sobre el teléfono. Con la precipitación, el cable en espiral se tensa de golpe y derriba la lámpara, sumiéndome en la penumbra. También yo estoy tenso, es lo menos que cabe decir. No tengo tiempo de pronunciar ni una palabra cuando...

—Perdón.

—Ya puedes pedírmelo. Me has apenado mucho.

—Hay que decir que...

—Lo sé. Simplemente, nunca he olvidado esa famosa tarde de un miércoles con Malo. ¿Te acuerdas? Te lo expliqué...

—Sí, me lo has explicado. Mil veces.

—Cuando Malo me miró con esa dureza que tienen a veces los niños y se soltó de mi mano. Aún oigo sus palabras: «Mamá me ha dicho... “El abuelo no tiene que tocarte nunca más, no tiene que jugar contigo ni hacerte la comida”».

—Son cosas de críos...

—¿Y decir «Ya no te quiero» es cosa de críos?

—Solo repite lo que le dice su madre. Ya sabes que ella no te tiene mucho aprecio. Y tú tampoco has hecho mucho...

—Tú podrías haber intervenido. Eres el padre de su hijo.

—Papá, no es tan fácil enfrentarse a Leïla. Tiene el derecho a su favor. Yo fui el que se marchó. Y hay que comprenderla. Tuvo miedo de que la engañara durante sus reportajes, como se olía que tú habías hecho con mamá. Tuvo miedo de que la dejara. Tienes que admitir que los hechos le dieron la razón.

—Quizá, pero hay que poner las cosas en perspectiva. No soy un santo, ni lo he

sido nunca, pero no por ello no soy un buen abuelo. Puedo aportarle y transmitirle cosas a ese niño y, en lugar de eso, tengo que contentarme con unas citas que parecen visitas al locutorio. Y con unas fotos para año nuevo.

—¡Tú y tu carácter! ¡Y tus viejas manías! Leïla no es una mujer del pasado, ¡es una mujer de hoy! La asustas, ¡ponte en su lugar!

—No soy un hombre de otra época, es ella quien tiene que ponerse en mi lugar. A los setenta y siete años, tengo la edad a mi favor, así que me debe respeto y tolerancia. Tolerancia es una palabra que todos tenéis en la boca, ¿verdad? Hasta la náusea, hasta la fatiga, hasta la contricción permanente. Así que pasad a la acción.

—Siempre tan flexible...

—¿Qué dices? Leïla y tú sois la prueba viviente de que estoy en lo cierto. Con vosotros me basta para reafirmar mi actitud. Una vaga relación, un vago compromiso por defecto, una vaga conciencia política, espiritual, filosófica, una separación más que previsible a los primeros inconvenientes, y a pesar de todo, como una vaga prueba de amor, una criatura, pero esa no es vaga, sino de carne y hueso. No me sorprende que sienta que estoy en deuda con ese niño. Es hijo de mi hijo, tanto si se quiere como si no. Y en pago no recibo más que unas migajas.

—¿Que estás en deuda, dices? ¡Cómo exageras! Si no te enterraras vivo en tus certezas, tus viejos rencores, tu odio a esta época, quizá sería más fácil hacerte participar en nuestras vidas.

—Sea, pues. Te tomo la palabra. El mes de agosto me parece una excelente ocasión.

—¿Perdón?

—Te digo que de acuerdo con tenerlo en agosto, bobo. Evidentemente. Lo que me repugna son vuestras contradicciones; por lo demás, ya veremos.

—¿Seguro? ¿De verdad? ¿Puedo avisar a Leïla?

—Sí, pero hablando de Leïla... ¿No tiene miedo de dejar a su pequeño retoño civilizado en las manzanas del hombre de los bosques, ese monstruo de certidumbres superadas y de ideas caducas? ¡Cuánta indulgencia! ¡Qué espíritu tan abierto! Seguro que no puede arreglarlo de otra manera.

—Vamos, desahógate, tienes la sartén por el mango...

—Disculpa, pero es un consuelo. Confiesa que me lo merezco. De tanto tragar sapos, tengo un terrario en el estómago.

—Pues escúpelos. No hay que comulgar con ruedas de molino.

—Amén.

Silencio religioso.

—¡Ah! Otra cosa, papá, una cuestión práctica... ¿Aún tienes baño en tu cueva? Hace tanto tiempo que no he estado por ahí...

—¿Tú qué crees? Con agua fría y agua caliente. Hasta hay calefacción central, pero no la necesitaremos porque ya hace bueno.

—¿Y una habitación para el crío?

—Un palacio. Cama, almohada, manta...

—¿No tienes edredón?

—¿Qué?

—Olvídalo.

—Y además hay una mesa y una silla. Fernandez debe de tener papel y lápices de colores, Malo estará como un rey.

—¿Nevera?

—Sí, con cubitera.

—¡Uau! ¿Congelador?

—En mi casa no hay congelados.

—Así que no tienes microondas.

—A ver si te doy un guantazo...

—Y, por supuesto, no tienes...

—No tengo... ¿qué?

—¿Tele?

—¿Tele?

—Sí, ya sabes, ese aparato rectangular con imágenes en el interior que comúnmente se da en llamar televisión. Acuérdate, ¡si tienes una en tu casa! ¡Y además con DVD!

—¿Y qué más? ¿Por qué no un Cinerama en el jardín?

—¿Y juegos?

—No. ¡Sí! Tengo un chaquete, con el que también se puede jugar a las damas.

Oigo unas risas al otro extremo de la línea y luego:

—¿Ni siquiera la PS3?

—Búrlate de mí, si quieres. No sé qué es, pero me lo imagino. Ya he visto a esos tontitos jugando por las calles. No, nada de eso. Pero no te preocupes, nos divertiremos.

—Estoy seguro de ello, papá. En cualquier caso, gracias. Te lo traeré yo, en tren. Te llamaré para concretar.

—Solo que... ¿Qué come un niño? Quiero decir, ¿qué come Malo?

—¿No te acuerdas? ¿No me preparabas tú la papilla?

—Muy gracioso...

—Ya te lo diré. Te daré una lista.

—Perfecto.

—Bueno, creo que ya hemos hablado de todo... Hasta luego, papá. Y muchas gracias. Un beso.

—Un beso, hijo. Y, la verdad, hiciste bien en tomar esas decisiones. Todo, salvo la tibieza, sigue siendo válido. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias. Hasta pronto, te llamaré.

Los últimos rayos incendian las copas de los pinos. Me sirvo una copa de tinto, un *château* muy rico, un *médoc* no muy conocido. Es verdad, además, que estoy

orgullosa de mi hijo. Por la manera en que decidió las cosas. Por cómo tomó las riendas de su vida. Por cómo cortó las ramas secas. En primer lugar, por dejar a esa liante egoísta. Luego, por dejar ese apartamento pequeñoburgués. Y por la apoteosis final, dejando esa agencia de lameculos y sobre todo, sobre todo, a esa sargento con falda que tenía de jefa... ¡Me lo contó todo! Cómo me habría gustado poder verle por un agujerito el día en que entró sin llamar en el despacho del monstruo, en plena reunión con unos clientes, y le dijo ante testigos: «Astrid, vengo a despedirme, de ti y de tu cara de besugo, de tus sueños de gloria en las páginas de *Stratégies* y de tu jerigonza sin pies ni cabeza. Pero puedes estar tranquila, no te vas a quedar sola, siempre te quedarán las ínfulas, la gilipollez, el desprecio y la maldad para hacerte compañía. Sin olvidar a estos desgraciados clientes aquí presentes que aún se creen tus chorradas y están dispuestos a pagar una fortuna por un concepto turbio que nadie entiende. ¡Adiós, gorda! ¡Ahí te quedas con estos gilipollas!».

Me encanta esa anécdota. Me la repito sin cesar y, aunque no entiendo todas las palabras, me encanta. Además, copió mi idea: les hizo la jugada del metro lleno hasta la bandera, ¡qué maravilla! Luego cerró la puerta sin dar un portazo, delicadamente, ante las miradas de la atónita asamblea. A continuación fue a tomarse un Jack Daniel's en el bar de enfrente, me llamó y me dijo: «¡Ya está, papá! ¡Lo he hecho!». Como un chiquillo. Con el nacimiento de su hijo, un padre a menudo da a luz a sí mismo. Y aunque solo nace uno de ellos, los dos ven la luz. ¡Espero ansiosamente que llegue el mes de agosto!

Agosto cruje y crepita por todas partes como un barniz dorado bajo el sol. Incluso el agua del lago, tibia y amarilla, parece haberse calentado y coloreado con ese oro fundido, vertido a lo largo del verano. Los animales solo salen al crepúsculo: nutrias ajetreadas y ardillas en misión. Solo los lagartos se regodean bajo el fuego. Yo mismo solo salgo de mi madriguera por la mañana y al caer la tarde, a la hora en que regresan de la playa los veraneantes que pasan junto al jardín y a los que veo pasar con la toalla mojada alrededor del cuello y con andares prudentes sobre la pinaza. Ayer tarde vi el alineamiento de furgonetas de *camping* hacia la punta del Grand Bernos. Parecen caracoles gigantes depositados sobre los cuerpos grasos de sus ocupantes. Babean de envidia frente a las casas bonitas. Cavilan por la antena de la radio. En sandalias y pantalones cortos, el inicio de la revolución está muy lejos. Peor para ellos. A menos que esa gente sea feliz, cosa que es posible, al fin y al cabo. En el fondo, no me importa. Mientras no vengán a perturbar mis longitudes de onda, esas suaves emisiones sonoras producidas a lo largo del día por el lago: lejanos motores de barcas, restallar de velas, tintineo de obenques, todo ello sobre fondo de viento, leve, demasiado leve, en las cimas.

Al oír el coche he tenido que abandonar mi penumbra. Al volante de su huevo rodante —un horror informe de plástico y materiales compuestos—, Jean maniobra para cruzar el estrecho portal. El crío está sentado atrás, visiblemente ansioso. Finalmente, el silencio se impone de nuevo. Se abren las puertas, saludos, tres generaciones se besan en las dos mejillas.

—¿Qué es eso?

—Lo he alquilado en Burdeos, al bajar del TGV..., del tren de alta velocidad. Es un Scénic. Muy práctico.

—¿Un Scénic? Antes los coches tenían nombres bonitos: Frégate, Caravelle, Dyna, Floride..., y también caras: tenían calandras que sonreían y otras que daban miedo. Según los faros, tenían ojos redondos, ojos rasgados...

—Qué le vamos a hacer, mientras circulen.

—Antes también circulaban y además eran bonitos.

Mi hijo ya no me escucha. Tan inclinado que parece que se le va a partir la espalda, escucha a su hijo.

—Papá, ¿tienes un vaso de agua? ¿O de leche? Malo tiene mucha sed, hace calor.

—¡Ah, sí, claro! Tengo leche para mi té. Y también granadina. O Antésite, si le gusta el regaliz.

Mi hijo ríe ahogadamente:

—¿Antésite... como antediluviano? ¡Ya existía cuando yo era pequeño! ¡Y creo que también en tu infancia!

—No hay nada mejor.

—No hay nada mejor, eso también lo he oído siempre. ¡No hay nada mejor, como los huesos de pollo, la corteza del jamón o lo negro de los plátanos!

No me queda otra que reír con complicidad. Nos sentamos a la mesa. Contemplo a mi nieto engullendo su vaso de leche.

—¡Cómo ha crecido! Está en plena forma. Muy guapo. Es tu vivo retrato.

—Bueno, tiene la tez morena de Leïla. Y también su sonrisa.

—Su sonrisa es mía. Sin el bigote blanco. ¡Ah, no, ahí está!

La leche, con los niños, no perdona. Malo tiene una marca regular, perfectamente horizontal, sobre los labios. El crío se relaja.

—¿Te gusta, muchacho? Luego te enseñaré tu habitación.

Ni una palabra, pero la mirada es elocuente. Asiente, aún temeroso.

—Me marcharé enseguida —me dice Jean.

—¿Ya? ¿No te quedas un rato?

—Tengo el tren esta noche y mañana he de preparar algunos asuntos porque el lunes empiezo.

—¿Y la maleta de Malo?

—En el maletero. Tienes razón, sería capaz de olvidarla.

—¿Y su madre?

—En Marruecos, como te dije. Ya se ha marchado. No creo que te vaya a atosigar con llamadas, pero quizá una o dos veces querrá hablar con su hijo.

—Las madres modernas...

—Por favor, no empieces. Y, sobre todo, no delante del crío.

—¿Tiene todo lo que necesita?

—Sí, sí, ropa de recambio, bañadores, toalla, neceser, crema solar... Sobre todo, no olvides la crema. Y ponle siempre el gorro. Y el flotador. No le pierdas de vista cuando esté en el agua. Eso es lo más importante. Y también las gafas de sol..., tiene que ponerse las gafas de sol.

—¿Y qué más? ¡Es un niño, y no Gary Cooper en el Festival de Cannes!

—Papá, te lo suplico.

Me vuelvo hacia Malo.

—¿Te gusta hacer castillos de arena? Ya verás, haremos muchos, ¡nos vamos a divertir un montón!

Mi nieto me dirige una mirada indulgente. Soy yo quien se siente niño, de repente, con mi exagerado entusiasmo. Jean no se deja engañar y, como si quisiera abreviar el suplicio, ya se pone en pie.

—Tengo por delante un buen trecho conduciendo. De Lacanau a Burdeos, un sábado por la tarde, puede ser infernal. Y además, tengo que devolver el coche, con todo el papeleo y demás...

—Lo entiendo. ¿No te da tiempo ni de darte un chapuzón? ¡El agua está sublime!

—Lo sé, pero no; tengo que irme, de verdad. Te llamaré a menudo, a las ocho,

como siempre.

—De acuerdo. Ah, ahora que lo pienso, come de todo, ¿verdad?

Jean sonrío.

—Sí, sí, salvo endibias y colinabo. Sé que bajo los bombardeos era una delicia, pero no le entusiasma el colinabo.

Al mal tiempo buena cara, y el ceremonial comienza de nuevo, pero esta vez en sentido inverso. Se ha descargado el coche, la separación ha sido sobria, sin grandes frases ni efusiones. Un punto para Malo: no ha derramado ni una lágrima. Ni lloros, ni mocos, ni gritos ni nada. De pie al lado de mi nieto, le paso una mano por el cabello para darle a entender que está bien, que un chico no llora. En cuanto desaparece el coche en la esquina del camino de grava, sin embargo, aparece en mi interior una angustia: estoy solo en esa casa silenciosa, exactamente como esta mañana, exactamente como ayer, con la única diferencia de que ahora un niño de seis años alza el rostro hacia mí, con una mirada en la que se refleja toda la esperanza del mundo, entre el desafío y el vértigo.

—¿Quieres ver tu nueva casa?

Como a menudo, afirma con el mentón, sin decir palabra, muy serio. Le tiendo la mano y no la toma.

—¡Vamos, adelante! Empezaremos por tu dormitorio.

Al descubrir la pequeña habitación con una ventana, amueblada con una cama, una mesa, una silla, una cómoda de tres cajones y una alfombra roja, Malo no reacciona. Solo al ver una maqueta de un barco se le ilumina el rostro.

—Es bonito, ¿verdad? Cógelo, si quieres. Es un trabajo magnífico, todo de madera. Mira, ahí está el camarote, el timón, y esto se llama botavara... ¿Te gusta?

—Sí.

—¿Sabes cómo se llama? ¡*El intrépido!*

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué quiere decir, preguntas...? Quiere decir «valiente».

—¿Flota?

—No, es de decoración. Fabricaremos uno que flote, ¿quieres?

Parece decepcionado.

La visita continúa. En la sala de estar la mesa maciza, los sillones de mimbre con los cojines descoloridos, las marinas en las paredes y los platos de porcelana colgados en quincunce solo le provocan una mirada indiferente. Por el contrario, me divierte que a Malo le parezca «precioza» la horrible carpa de cerámica que preside la chimenea, un regalo de boda cuyo único detalle de buen gusto consistiría en caer de su pedestal. «Preciozo» es también el comentario que le inspiran los retratos de su abuela y no sé muy bien si debo tomármelo como un cumplido.

—Precio... so. No «preciozo». Sí es precioso, pero no «preciozo». Intenta

pronunciar bien la ese.

—Preciozo.

—Precioso.

—Preciozo.

—De acuerdo. ¿Has visto, Malo? En esa época las fotos a menudo se hacían en blanco y negro. Eran «preciozaz», ¿verdad?

Victoria. El pirata sonrío desdentado.

En la cocina, a Malo le suscita una sorpresa circunspecta la enorme nevera Frigidaire de hostelería, el Cadillac del frío. Muy contento, aprovecho la ocasión para añadir algunos comentarios.

—Mira, esto es una nevera Frigidaire auténtica. Frigidaire era una marca tan popular que la gente acabó llamando en francés *frigidaire* a todos los frigoríficos, incluso los que no eran de la marca Frigidaire, ¿me entiendes...?

No comprende nada y lo comprendo. Intento echarle una mano.

—Es como los Kleenex. O las Mobylette.

—¿Cualaz zon laz mobivete?

—Mobylette, no «mobivete». Moby Dick, sí, pero eso es otra cosa. Una ballena, ¿te das cuenta? Tienes que leer a Herman Melville, ¡es fabuloso! Moby... lette, y no «vete», ¿de acuerdo, muchacho? ¡Una Mobylette es una motocicleta genial! Pero prefiero la Solex, que hace menos ruido... Nunca se ha hecho nada mejor que el motor de rodillos. Y además, no se dice «cualaz», se dice «cuales» para que suene precioso, perdón, «preciozo».

Malo me mira, paralizado, con unos ojos como platos. El Frigidaire y los Kleenex aún tienen un pase, pero entre las ballenas, las «cualaz» y los cuales y los rodillos, me doy cuenta de que mi pequeño corsario va completamente a la deriva. El viejo capitán aún tendrá que trabajar un poco para hacerse entender.

El garaje me ofrece una oportunidad para ello. Malo trota detrás de mí.

—¿Onde vamo?

Le corrijo:

—Adónde vamos.

Repito sin darse cuenta:

—¿Adondevamo?

—Al garaje. No te preocupes, ya me he dado cuenta. Es por los dientes que te faltan. En cuanto te crezcan podrás pronunciar la ese como todo el mundo. Espero que por lo menos haya pasado el ratón...

—¿El ratón del ordenador?

—No, el ratoncito Pérez, ¡el de verdad!

—¿Por qué?

Me detengo, pasmado.

—¡Pues por tu diente! ¡Cuando se te cae un diente, viene el ratoncito y te deja uno o dos francos!

—¿Un franco?

—¡Un euro! ¡Unas perras, zoquete!

Se me queda mirando y me suelta:

—¡Zoquete!

—¡Impertinente! —le digo, conteniendo la risa con dificultad, pues él se echa a reír.

—¡Tú tampoco dicez la eze, zoquete!

—¡Muy gracioso!

Su sonrisa desaparece de repente.

—El ratoncito que reparte dinero no exizte. Ez como Papá Noel.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mamá.

—Pues... qué divertido —no puedo evitar murmurar, más abatido que él.

La puerta del garaje se resiste un poco. Apenas abierta, aparece un largo hocico negro coronado con unos ojos dulces: el León. Malo suelta un «¡Oooh!». Segundo tanto a mi favor.

—¿Lo reconoces? Si quieres, luego damos una vuelta.

—Vale.

—Pero irás atrás, eres demasiado pequeño para ir delante.

—Vale.

—¡Mira, es la cueva de Alí Babá! Ahí está mi bicicleta, un carrito, y allí, un juego de bolos de madera... ¡Eso te va a gustar! ¡Ya no los fabrican tan bonitos! Los sacaré y haremos unas partidas.

—¿Y ezto?

—Eso es la puerta de mi dormitorio. ¡La habitación del abuelo! Está demasiado desordenada para visitarla.

Me suplica.

—¡Vaaa!

—No, está todo hecho una mie..., muy desordenado.

—¡Vaaaaa!

Es imposible no ceder. Pero es la última vez.

—Solo para echar un vistazo, ¿vale?

Mi dormitorio y despacho, mi punto de referencia y mi refugio, es una cabaña inclinada cuyo techo parece sostenerse solo gracias a las columnas de revistas que la rodean: *Jours de France*, *Paris Match* —el más reciente de mayo del 68—, *L'Illustration*... Inestables pilares que se alzan entre botes de pintura —o de mermelada—, diversas herramientas, tubos de masilla —o de dentífrico—, *collages* en curso, reparaciones en marcha, ropa sucia y despertadores desmontados. ¡Un horror! Pero un perfecto contraejemplo al que ha llegado el momento de sacarle un

provecho altamente pedagógico.

—Ya ves, tu abuelo ha tenido muchas cosas que hacer y no ha tenido tiempo de ordenar. Pero no hay que hacer como el abuelo, ¿sabes? Tu habitación tendrá que estar siempre bien ordenada, ¿lo prometes?

—Lo prometo.

—Está bien. Vamos. Desharemos la maleta y luego prepararemos la cena. ¿Te parece bien?

—Zí.

—Ah, y eso de ahí es el baño. ¿Sabes hacer pipí solo?

—Zí.

—Y...

—También.

Hemos vaciado su maleta y guardado la ropa en la cómoda. Por supuesto, le he prometido unas alpargatas nuevas. Hemos sacado las sábanas, las mantas, le he dado toallas y ha querido darse un baño.

—¿Sabes arreglártelas tú solo?

—Zí.

He dejado la puerta entreabierta, por si acaso. Prohibido cerrarla. Le he pedido que cantara, silbara o hablara mientras ponía a hervir el agua para la pasta. Resultado garantizado: veinte minutos de batalla naval con salpicaduras y torpedos traidores; parece que el jabón atacaba al guante esponja y viceversa. Ahora aparece Malo en pijama, victorioso, bien peinado, con su carita de ángel, una sonrisa en los labios y sus pequeñas zapatillas perfectamente paralelas sobre las baldosas de la cocina.

Le devuelvo la sonrisa.

—¿Todo en orden?

Asentimiento con el mentón.

—¿Tienes hambre?

—¡Mucha!

—Pues ve al Frigidaire a por queso, nos cortaremos unos trocitos. Nunca he entendido por qué la gente come el queso al final de la comida, cuando ya no tienen hambre. El queso es bueno antes. Como los torreznos que se pican de la sartén. Está hecho para abrir el apetito. Y, mientras, el chef tiene derecho a una copita de burdeos. ¡Música, por favor!

Radio Classique nos gratifica de inmediato con un exquisito prelude de Chopin, el n.º 8. Ideal para acompañar el queso con un buen phélan-ségur de 2006 de mi reserva particular. Malo parece intrigado ante la olla grande de agua temblorosa.

—¿Qué comemos? —pregunta.

—¡Ah, no! Comen los animales. Los humanos almuerzan o cenan. O bien comen alguna cosa. Una manzana, una galleta, un trozo de pan. En francés, comer es un

verbo transitivo.

Pobre abuelo, que ignora que un niño de seis años no tiene la menor idea —como la mayoría de los bachilleres de hoy— de qué es un verbo transitivo. Malo responde en el acto, indulgente:

—Puez ¿cómo ze dice?

—Se dice: ¿Qué hay para cenar?

—¿Qué hay para cenar?

—Espaguetis.

—Me guztan loz ezpaguetiz.

—Perfecto, muchacho. Mientras, pon la mesa. —Le señalo los armarios—. Ahí están los platos, allá los cubiertos, allá los vasos... Mira, hay un vaso de Tintín y Milú, ¿te gustan Tintín y Milú?

Parece que Malo no conoce a los personajes de Hergé.

—Ese será tu vaso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Nos sentamos a la mesa. Malo desaparece detrás de una montaña de espaguetis humeantes, brillantes de mantequilla, chorreantes de salsa de tomate y espolvoreados de queso rallado. Con ímpetu, dispuesto al ataque, empuña el cuchillo y el tenedor como un alpinista su ancla y su piolet. Me atraganto.

—¡Cuidado, Malo! Los espaguetis no hay que cortarlos. ¡Jamás! ¡Es un crimen! Los espaguetis se enroscan... Mira, así... Y luego te llevas el tenedor a la boca, encima del plato. ¿Ves?

—¿Y para qué tenemos el cuchillo?

—Para el queso.

—Pero el queso ya lo hemos comido.

—Es verdad. Pero de todas formas, los espaguetis no se cortan.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea, pero es así. Se lo preguntaremos a un italiano. Para mí, es mejor cortarle la palabra a un pesado que cortar los espaguetis.

Enseguida aprende a hacerlo: enrosca de maravilla los espaguetis con el tenedor vertical y gesto seguro, y apenas una decena de salpicaduras de salsa le manchan la servilleta anudada alrededor del cuello. Su comentario es sobrio pero implacable:

—Eztá bueno.

Y dicho esto, prosigue con la tarea —manchándose de nuevo—, muy aplicado y con las mejillas coloradas. Le contemplo, sonriendo.

—Malo, pareces la salsa de los espaguetis: rojo como un tomate, y muy concentrado.

El chiquillo me hace reír con su pijama de lord inglés, el cabello moreno un poco rizado y enmarañado, la nariz ligeramente arqueada y los ojos de caramelo, astutos, irónicos, al acecho. Termina su plato.

—¿Te ha gustado?

—Zí.

—¿Qué se dice?

—Grazia, abuelo.

—Muy bien.

Abuelo, abuelo... A pesar de todo, suena a muy viejo. Me vienen imágenes de un personaje canoso, encorvado, con unos quevedos, pipa de madera e interminables ataques de tos. Hay que encontrar algo mejor. Se me ocurre una idea.

—¿Malo?

—¿Zí?

—No me llames abuelo.

—Ah.

—En adelante, me llamarás «Yayo Paria».

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir abuelo... pero mejor. Y más divertido.

—¿Qué ez un paria?

—Soy yo. Alguien que vive solo. Lejos de los demás.

—¡Ah! ¿Y por qué vivez zolo?

—Porque tu abuela está en el cielo. Y porque así estoy bien.

—Ez trizte. Y ademáz no hay tele.

—Televisión. Y te aseguro que no, no es triste. Vamos, recojamos la mesa. Luego te lavas los dientes y a la cama. Ha sido un día muy largo.

Malo me espera en su cama, cubierto por la sábana hasta el pecho y con el brazo apoyado sobre la manta. Me pregunta si el Hombre de las Landas existe realmente y si es verdad que es alto como una jirafa y blanco con manos de helechos.

—No. Es una leyenda. Y además, si existiera, tu Yayo Paria le diría que se marchara al otro lado del océano.

—Pero no podríaz oírle cuando gruñera.

—Yo lo oigo todo. Hasta las palabras de los niños que creen en cosas que no existen. Ahora, a dormir.

—¿Eztáz trizte?

—Esta sí que es buena. Se supone que soy yo quien debería consolarte, si fuera necesario. Claro que no, no estoy triste. Estoy contento de que estés aquí. Y ahora, a dormir, hombrecillo.

—Buenaz nochez, abuelo... Yayo Paria.

—Así está mejor. Que duermas bien, Malo, hasta mañana.

Me instalo fuera en una tumbona que ha conocido mil posaderas perezosas. Qué cosas tiene este niño. Al cerrar sus ojos, me ha abierto los míos: evidentemente, estoy triste. Bueno, un poco. Contemplo la luna sobre los pinos; oigo el viento en sus copas, el chapoteo del lago a lo lejos, la agitación de los animalillos bajo el musgo y la pinaza: un erizo o un ratón de campo, a veces un sapo que busca el fresco. Me digo que es muy bonito, tan perfecto, y pienso en el momento, en el segundo exacto en que

todo eso desaparecerá de delante de mis ojos, cuando me quitarán de las manos el baúl de los juguetes. Será pronto. En ese instante, ninguna creencia animará mi espíritu y no me tentará ninguna sesión de recuperación para conseguir el paraíso; ¿qué paraíso podría ser? ¿Existe alguno más bello que esta duna bajo las estrellas? Porque sé que en ese momento solo seré presa de una sensación, de algo fugaz y desgarrador, ingenuo y sincero, sin duda ridículo, hecho de remordimientos, de pánico y, también, de frustración; algo que cabrá entero en esa simple pregunta del niño al final de las vacaciones: «¿Ya se ha acabado? ¡Ha pasado tan deprisa!».

Yo no quiero todo eso para mí ni, sobre todo, para mi nieto. Al sur de la gran playa repleta de gente hay una playa no vigilada y salvaje bautizada «El León», a la que mi coche va con los ojos cerrados. Después de aparcar a la sombra, se accede a ese santuario al precio de un breve esfuerzo —un cuarto de hora andando— pero sobrehumano para los bañistas de tres al cuarto. A lo largo del sendero que serpentea sobre la arena, entre pinos retorcidos y suplicantes, zarzas y espinos, no te cruzas con nadie. Moteada con unas pocas huellas de pasos, la duna te acoge como un gato que arquea el lomo halagado por la visita, ronroneando por la promesa que se halla detrás de ella: el océano.

Promesa cumplida. Loco de alegría, Malo ha corrido delante de mí para anunciarme la buena nueva, tan triunfalmente como un náufrago en el desierto al descubrir un oasis. Aquí hay agua, Malo, te lo confirmo. Bastante agua, incluso. Y nos vamos a zambullir, ¡lejos de las banderas y de los silbatos! Grito:

—¡A ver si nos encuentras un buen sitio!

Corre en todas direcciones, con su cabello brincando a contratiempo sobre su cráneo bajo los rayos del sol. Se detiene en seco.

—¿Aquí?

—¡Demasiada gente!

Se ríe. No se ve un alma en el horizonte. Solo un vapor lechoso nimba la orilla allí donde rompen las olas. Unas olas bonitas, francas, regulares, bien alineadas, venidas de lejos para ofrecer su espectáculo. Bailarinas de frufús blancos que avanzan en fila hasta el frente del escenario, hacen su breve número con tocado de plumas y desaparecen entre bambalinas. Malo se detiene de nuevo.

—¿Aquí?

Su vocecilla no da el peso. Fuerzo la mía:

—Un metro a la izquierda...

Corre por el espacio vacío, sin obstáculos, sin trabas, como un muñeco absurdo.

—Un metro a la derecha...

—¿Aquí?

—Dos pasos más adelante...

—¿Aquí?

—Sí, ahí. ¡Exactamente ahí!

Se ríe. ¿Por qué allí y no en otro lugar? Porque somos los amos del mundo, pioneros de una nueva era. Malo extiende su toalla, se pone el bañador y saca su tubo de crema solar de pantalla total.

—Por fin una pantalla que te hará bien —digo.

—¿Qué?

—Nada. Ven, te la voy a poner en la espalda.

Unto a ese pollito blanco bajo un cielo en el que el sol, una yema gigantesca, está en la posición 8 del termostato. Casi a nuestros pies, la espuma se dora sobre la arena reluciente. Malo y yo estamos listos. Nos vemos obligados a gritar para oírnos, porque el estruendo del agua nos aplasta con sus decibelios.

—¿Vamoz, Yayo Paria?

—Vamos. Pero no muy lejos, ¿vale? Quédate a mi lado, aquí la corriente es muy fuerte. Si se te lleva, serás como una brizna de paja sobre las olas.

—¡Vale!

Malo avanza, salta, se incorpora, sigue avanzando, entorpeciendo con sus minúsculas rodillas el flujo y el reflujo de las olas. Enseguida, una de ellas da cuenta de él: muy decidida, apenas llegada a la playa, a dar media vuelta y partir al galope hacia el horizonte, se lanza contra sus piernas como si Malo no existiera y le hace encorvarse. En una fracción de segundo Malo pierde el equilibrio y se desploma, Malo grita, Malo sale disparado como un torpedo hacia alta mar. Me abalanzo al frente para atraparlo, su mano se me escapa por los pelos y veo cómo el mar lo envuelve y lo aspira de un bocado... y lo escupe, como si fuera una morralla indigna del ogro, dejándolo a merced de otra ola. Volteado primero en la lavadora, Malo es propulsado hacia mí y lo detengo parándolo contra mi pecho, como un gol. Ahora por nada en el mundo soltaría a mi pequeña pelota mojada. Con el agua hasta los muslos y plantado firmemente en las arenas movedizas, le contemplo como un milagro. Respira deprisa, tiembla un poco —más de miedo que de frío— y abre finalmente los ojos, con una gran sonrisa en los labios.

—Cool!

Sonrío.

—Por una vez, tienes derecho a hablar así.

—Ha zido genial...

—No, no ha «zido» genial. Esa ola ha estado a punto de arrastrarte y soy gilipollas.

Aún en mis brazos, Malo está asombrado. Ahora Yayo Paria dice palabrotas. Lo que faltaba por ver.

—Te voy a bajar, pero no te sueltes de mi mano. Vamos a secarnos.

Flaqueándole las piernecillas, Malo sube la pendiente. Vaya con el chavalín, está aún más loco que su abuelo. Le fricciono desde los dedos de los pies hasta el occipucio.

—Si te hubiera pasado algo, nunca me lo habría perdonado.

Una cabeza de tortuga hirsuta emerge de debajo de la toalla.

—¿Eh?

—Nada.

Poco a poco va llegando gente. No lejos de aquí, a merced de los caprichos del viento, las sombrillas se despliegan y se repliegan como las alas de unos grandes

loros que no logran alzar el vuelo. Finalmente, consiguen hundir su única garra en la arena. Debajo de ellas, pían y cacarean niños y sus madres, algunas de las cuales me da la impresión de que me observan a través de sus gafas de sol. Les voy a enseñar lo que un abuelo sabe hacer con su nieto. Enseguida, Malo y yo sacamos palas y cubos para entregarnos a una de esas actividades gratificantes de las que un adulto puede obtener gloria a buen precio; me refiero a la construcción de un castillo de arena.

—Vamos a hacer Carcasona... ¿Conoces Carcasona?

—No.

—Es un castillo de la Edad Media muy grande, con torres, murallas y almenas. Es magnífico. Tú haz las torres con los cubos y yo empezaré a construir la muralla.

—De acuerdo.

Nos ponemos a cuatro patas y cavamos, desmoldamos, golpeteamos con la pala para compactar la arena y hacemos los detalles con la punta de los dedos. ¡Que tiemble la verdadera Carcasona! Alrededor, entre los dubitativos, algunos empiezan a acercarse tímidamente, a agacharse para verlo mejor y a comentar. Malo se regocija. Es el señor del contento y está más feliz que unas pascuas. Excava fosos imaginarios cruzados por puentes hechos de juncos y de madera arrastrada por el mar a la playa. Las conchas hacen las veces de techo y el camino que conduce al conjunto está pavimentado con guijarros. Observo a Malo: ni la crema solar más potente puede con el colorado de orgullo que le tiñe las mejillas. Como buen compañero, y porque estoy satisfecho con mi aprendiz, decreto que nos hemos ganado el almuerzo. Preparamos unos bocadillos y los devoramos uno al lado del otro, sin mediar palabra, junto a las obras en curso, con el sentimiento del deber cumplido.

Pronto sube la marea, amenazadora, haciendo que cada vez lleguen más lejos sus asaltos en dirección de la ciudadela. Algunas lenguas de agua ya lamen sus contrafuertes y llenan a cada paso, y con profusión, sus fosos profundos. De momento, Carcasona aún tiene buen aspecto, pero ¿por cuánto tiempo? A medida que la espuma zapa las paredes de arena —y con ellas nuestra moral—, por desgracia se desmoronan pedazos de muralla inmediatamente nivelados y alisados por el reflujó de las olas. Es a la vez desesperante y gratificante: nuestro castillo no se rinde, cede al enemigo algunas parcelas de sí mismo, eso es todo, y sus torres bien asentadas sobre la playa aún se yerguen orgullosas.

Nos hallamos sumidos en esa contemplación cuando un monstruoso estruendo hace temblar el horizonte: espumeantes, caracoleando, conjugando sus fuerzas, cabalgándose y arrastrándose una a la otra como si, al cabo de esa larga carrera, hubiera en juego una victoria, dos olas se lanzan al unísono sobre la línea de meta tambaleándose, derribándose entre sí, y se extienden sobre la playa con una voltereta que nada parece poder detener, ni siquiera la ciudadela. El impacto es demoledor. Impotentes, vemos cómo nuestro castillo es barrido de golpe, engullido por la ola que, apenas cumplido su objetivo, regresa y se sumerge de nuevo en el mar. Se ha

acabado Carcasona; solo queda una forma vaga, una ruina redondeada que una nueva invasión de agua y remolinos borra en ese instante de la superficie del planeta, dejando detrás de ella un espejo de lentejuelas, nítido y sin tacha.

—Eso es exactamente lo que ocurrirá —no puedo evitar murmurar—. Ya ha empezado, de hecho.

—¿Qué ha empezado?

—Ocurrirá lo mismo cuando suba el nivel de los océanos. El agua lo engullirá todo y lo barrerá todo, como nuestro castillo. Y lo primero que desaparecerá serán las tierras más bajas. Estas de aquí, por ejemplo.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Un día, todo esto ya no existirá. El drama de la humanidad es haber ensuciado el planeta, pero ¡el genio de la naturaleza creará un sistema de cisterna de váter que lo limpiará todo!

Permanecemos sentados uno al lado del otro sobre la arena, con las piernas recogidas, los brazos rodeando las rodillas, las bocas aún húmedas del jugo de las nectarinas que hemos comido de postre.

—Mira —digo señalando el hueso entre mis dedos—. La Tierra es como esta nectarina. Los hombres se lo han comido todo, la han chuperreteado hasta el fin: la carne, el jugo, la piel, todo. Pronto solo quedará una bola dura, limpia, sin ya nada encima. ¡Y ya solo servirá para tirarla a la taza del váter!

—Pero... —dice Malo, incrédulo, tomando otra fruta, antes de hincarle el diente.

—No hay pero que valga. No pueden evitarlo. ¡Tienen que devorar, aspirar y roer! Pero cuando ya no quede nada, ¿quién habrá ganado? ¿El tipo que tenga la casa más bonita con vistas al desierto y a los animales muertos? ¿El tipo que tenga el barco más grande en un mar sin peces? ¿El todoterreno más grande? ¿Para hacer qué? ¿Para circular por los fondos marinos y escalar los corales descoloridos?

Malo tiene entonces ese reflejo común de todos los niños cuando los riñen:

—¡No ez culpa mía!

Me doy cuenta de que sus ojos están infinitamente tristes, que está a punto de llorar, sin que alcance a saber si esas lágrimas se deben a mi cólera o a la lectura del futuro que acabo de hacer en mi bola de hueso de nectarina. ¿Quién soy yo para anunciarle algo tan espantoso a un niño de seis años, que tiene toda la vida por delante? ¿Qué futuro le estoy prediciendo? Me avergüenzo.

—Claro que no es culpa tuya... Perdóname, Malo. Yayo Paria se ha enojado. Todo eso, ¿sabes?, queda muy lejos, pasará dentro de mucho tiempo. Además, estoy seguro de que un día un gran sabio lo arreglará todo. ¡Tú, quizá! Si estudias mucho.

—En el cole tengo una foto y también un libro ilustrado.

—¿Ves? ¡La humanidad está salvada! ¡Todo en orden! Mira, yo también me voy a comer otra nectarina.

Me la como de un bocado. El jugo cae en gotas gordas sobre la arena.

—Y además, los hombres son muy espabilados. Si el agua sube hasta las

montañas, seguro que habrá uno que convertirá las estaciones de esquí en estaciones de esquí náutico.

Malo se ríe. Respiro, me levanto, dibujo una línea con el pie y digo:

—Vamos, Malo, ¡gran concurso de lanzamiento de huesos! ¡El que lo lance más lejos, gana!

Los dos primeros huesos caen casi en el mismo sitio. El segundo lanzamiento será el desempate. Fallo completamente el tiro. Por el contrario, Malo lanza su hueso tan lejos que cae en el agua y desaparece como mis ideas sombrías.

—¡Bravo! ¡Eres el mejor! Te has ganado un helado en Pinocchio. Créeme, son mejores que los icebergs derritiéndose.

Y nos marchamos felices, bronceados, sonados, con arena en las meninges y entre los dedos de los pies. El interior del León es un horno; ha tomado el sol al igual que nosotros y huele a gasolina caliente y a escay fundido, y no puedo asir el volante sin quemarme. Dirección a Lacanau Océan.

—¡Prepárate, es excepcional! Pinocchio ya existía cuando yo era pequeño y tienen los mejores helados de la Gironda. Y ya puestos, te llevaré también al Singe rouge.

—¿El Zinge rouge?

—Singe rouge. En Ortal. Mi padre me llevaba allí cuando yo tenía tu edad. Como has sido un valiente en las corrientes, te compraré un salabre para pescar gobios, y si te portas bien, tendrás un diábolo.

—¿Qué ez un diábolo?

—Ya verás. No hay nada como un diábolo. Tiempo atrás, fui todo un campeón.

Ya estamos delante de Pinocchio. Después de una larga espera, nos toca elegir. Hay tantos sabores que Malo se vuelve loco... Finalmente escoge dos, caramelo y coco; le he disuadido de optar por los de galletas *spéculos* y de chicles Malabar por los nombres, la textura y el color. Por mi parte, elijo chocolate y chocolate, a pesar de que mi nieto ve en ese doblete reductor un enorme desperdicio.

En la calle me sorprende ver a la gente hablando sola. Malo me informa de que no se trata de eso, sino de teléfonos móviles provistos de un auricular, o eso es lo que deduzco de sus explicaciones, porque él me habla de «cables que se meten en las orejas». Finjo hablar por teléfono, solo, muy fuerte, y se ríe. Como lo prometido es deuda, le llevo al Singe rouge y su sonrisa aún se hace más grande: la tienda es fiel a lo que siempre ha sido, y en el amontonamiento de juegos de playa multicolores, de sombrillas y colchonetas, de sombreros variados, de artículos de pesca y de postales, reina un orden meticuloso y secreto, conocido solo por el dueño del lugar y por su hijo, herederos de una dinastía que ha convertido las vacaciones en su único reino y a los veraneantes en sus súbditos consentidores. Nos marchamos llevándonos nada menos que un diábolo, una diana, unos dardos y un salabre.

En el asiento trasero del León, Malo examina circunspecto el diábolo. Le observo a través del retrovisor interior, como hacen los taxistas.

—El objeto del juego es hacer girar el diábolo tan deprisa como sea posible en equilibrio sobre el cordel. Para ello hay que manejar los palos, arriba y abajo, como un batería de *jazz* tocando a cámara lenta. Al cabo de un rato se oye al diábolo roncar como una turbina, ¡es fabuloso! Y en ese momento, con un golpe seco, apartas los palos extendiéndolos hacia el cielo... El cordel se tensa, proyecta el diábolo al aire y tienes que volver a atraparlo con el cordel. Luego, vuelta a empezar, hasta que te mareas.

—¡Parece difícil!

—¡Claro que es difícil! ¿Sabes por qué me gusta el diábolo?

—No...

—Porque es un juego que te obliga a mirar hacia arriba.

Las horas de la tarde no nos bastan para probar todos los juegos. La diana está colgada en el tronco de un árbol, hemos desembalado el salabre y hemos probado el diábolo hasta que el jugador, Malo, se ha agotado. Le he hecho una demostración coronada por el éxito, pues es cierto que los gestos de la infancia nunca se olvidan. Pero a la hora de la cena, el timbre del teléfono señala el fin de la diversión.

—¿Diga?

—Buenas noches, soy Leïla. ¿Llamo en buen momento?

—Sí, claro... Buenas noches.

—Gracias por haberte quedado con Malo. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, muy bien, le diré que se ponga, está afuera jugando.

Intento deshacerme de ella, pero es imposible.

—¿Come bien?

—Sí, sí, va todo bien, está en plena forma.

—¿Y el tiempo?

—¡Magnífico! ¡Hace un sol espléndido! Pero no te preocupes, le pongo crema y lleva sombrero.

—¿No se pone su gorra?

—No, es mejor un gorro marinero de ala ancha, lo prefiero, sobre todo para la playa.

—¿Se ha bañado?

—Eh... Sí, sí, un simple chapuzón, nada más, solo mojarse los dedos de los pies.

Casi he aprobado el examen cuando llega una última pregunta, aparentemente inofensiva.

—No olvidas ponerle el cinturón, ¿verdad?

—Oh, ya sabes, aquí vamos todo el día en bañador, así que...

Se ríe ahogadamente.

—No me refería al del pantalón, hablaba del cinturón del coche.

—¿Qué cinturón del coche?

—¿Cómo...? Pero... ¿no tienes cinturón en el coche?

—¡Claro que no!

Al otro extremo de la línea se oye tragar saliva y aspirar profundamente para recobrar el resuello.

—Espera... ¿No tienes cinturones en el coche?

—¡Claro que no! ¿Cuántas veces me lo vas a preguntar?

—¡Estás loco!

—¡En absoluto! Tengo un Peugeot 203 de 1955. ¡Y mira tú que los Peugeot 203 de 1955 no tienen cinturones en el asiento trasero!

—Me lo imaginaba. Estás loco. Lo sospechaba, pero no que lo estuvieras hasta ese extremo...

—Muchas gracias. Viniendo de quien viene, lo tomo como un cumplido.

—Y yo te digo que ni hablar de llevar a Malo en el coche sin cinturón de seguridad. En primer lugar, porque eso le puede salvar la vida y, además, porque es obligatorio. Si te para la policía ya sabrás lo que es bueno.

—Los conozco a todos, desde que eran niños. Cuando ven pasar al León, saludan alzando el quepis.

—¿El León?

—Así se llama mi coche. Y como a todos los felinos, no le gusta que le aten cinturones al culo.

—Es muy grave... Mira, creo que lo vamos a dejar ahí...

—¿Qué vas a hacer? ¿Volver de Marruecos?

Silencio. La voz, como milagrosamente, se vuelve más dulce.

—No, pero...

—Pero ¿qué?

—Escucha, por favor, te lo pido por Malo: tiene que ir atado. Es demasiado peligroso.

—Demasiado peligroso, demasiado peligroso... ¡Qué pena me dais, con vuestro miedo a todo! Estáis haciendo de esas criaturas una generación de mírame y no me toques, con tanto... Cuando yo era pequeño, los adultos no se pasaban la vida atándonos, lavándonos la fruta y desinfectándolo todo. En el 202 de mi padre, viajábamos cuatro en el asiento trasero para ir de vacaciones, sin atarnos, y cogíamos las cerezas con gusanos dentro, y en las granjas se bebía leche salida de las ubres de las vacas, ¡y llena de moscas y de bacterias, era deliciosa!

—Pero el cinturón es obligatorio, o-bli-ga-to-rio. ¿Cómo tengo que decírtelo? No vas a inventarte una sociedad para ti solo. ¿Vas a detener el mundo y hacerlo girar hacia atrás como una peonza? ¡Obligatorio! Y de lo contrario, si chocas, Malo saldrá despedido como lanzado por una catapulta y se estampará contra tu parabrisas.

—Sería un problema porque ya no se encuentran parabrisas de esos. Quizá, con suerte, pueda tener uno algún coleccionista...

—¿Qué?

—Bromeaba.

—Contigo nunca se sabe.

Su ablandamiento me conmueve. Yo también decido deponer las armas.

—Bueno, has ganado; te lo prometo: mañana iré a poner un cinturón de seguridad en el coche. Conozco al mecánico del taller de Lacanau-Ville, y en un momento estará resuelto.

—Gracias, muchas gracias, sé que para ti es una molestia, pero es mejor así.

—No es por mí, sufro por el León. Hasta ahora estaba intacto. Perforarlo así en el costado...

Ahora ríe con ganas.

—Oye, ¿no exageras un poco?

—Tienes la misma risa que tu hijo. Justamente, ahí llega. Te lo paso. Hasta luego, Leïla.

Malo toma el teléfono negro y explica lo que ha hecho a lo largo del día con la legendaria sobriedad de los niños, es decir, en unos segundos y con pocas palabras. Una vez ha colgado el teléfono, se vuelve hacia mí.

—Mamá ha preguntado si noz hemoz bañado donde eztaba vigilado.

—¿Y?

Su sonrisa es muy elocuente.

—He dicho que zí, ¿por qué lo preguntaz?

Le sonrío. La ha hecho callar. Bien por mi nieto. Mañana, para celebrarlo, haré instalar el cinturón de seguridad y, palabra de Yayo Paria, será un cinturón a medida.

A Fernandez le ha divertido tanto nuestra aparición que, antes de marcharnos, le ha regalado unos caramelos a Malo. Unas cosas translúcidas y multicolores, totalmente químicas, bastante malas, pero qué más da: cierro los ojos, por lo menos en sentido figurado. Cuando llegamos a buen puerto para descargar la compra, todas las chucherías gomosas ya han sido engullidas.

—¿Estaban buenos?

—¡Groar!

—Ah, pareces una rana. Pero eso me da una idea... Te he preguntado: ¿estaban buenos?

Traga con dificultad.

—Zí, zí...

—Hablando de batracios, voy a enseñarte una cosa.

Intrigado, Malo me observa destapar un viejo armazón de madera barnizada. En la bandeja superior con un reborde hay unos agujeros que conducen a unas ranuras. El conjunto está coronado por el bicho al que debe su nombre el juego: una magnífica rana de metal verde, con la boca abierta y ligeramente desportillada. Al ver la expresión, boquiabierta, que Malo le dirige, me digo que nunca ha visto nada igual.

—Pues sí, es un juguete antiguo... en desuso, un poco como yo —digo guiñándole el ojo.

Malo permanece atónito.

—En desuso o anticuado se dice de algo que... Dejemos eso. Se llama el juego de la rana. Y no ha cambiado desde tiempos de la condesa de Ségur.

Malo no se inmuta. Como es natural, todo eso no le dice nada. Tengo que hacer un esfuerzo para explicárselo.

—El juego consiste en tomar esos discos de hierro, ¿ves? —explico mostrándole las pesadas fichas metálicas, pulidas después de muchos años de lanzamientos—, y apuntar a los agujeros de la bandeja. Cada uno de esos agujeros corresponde a un número preciso de puntos: ahí está el molino, esos de ahí son los dos puentes, y luego los otros son unos simples agujeros que tienen cada uno su puntuación, y evidentemente lo que da más puntos es la rana: cien puntos, ¿te imaginas?

En la época de los videojuegos en los que aparecen miles de puntos a la velocidad de la luz, ese récord no parece impresionar a Malo. Por lo menos me miente piadosamente asintiendo con la cabeza, como si dijera: «En efecto».

—¿Te enseño?

—Zí.

—Empecemos. Diez fichas cada uno.

Ese frotamiento de los guijarros en la palma de la mano, ese rodar de las tabas,

son los ruidos de mi infancia. Trazo una línea en la arena y las fichas salen disparadas como platillos volantes. Cuando un agujero se traga una de ellas, la ficha se desliza por la madera y se detiene con un chasquido sordo. Sin embargo, es la rana, con diferencia, la que produce un ruido más gratificante cuando un lanzamiento da en el blanco: algo así como un tintineo de campana —resplandeciente, claro— seguido de una breve pero deliciosa digestión metálica. Malo parece seducido; va a por las fichas de las ranuras. No se le puede interrumpir cuando está en tan buen camino.

—¡Solo era una demostración! —digo—. Ahora comienza la partida de verdad. ¡Tú empiezas!

Cualquiera que pasase no lejos de aquí en este atardecer —un paseante, una avispa, uno que hubiera ido de pícnic, una mosca, un corredor, una ardilla, un turista, un ratón de campo, un ciclista, un petirrojo— oiría vibrar en el aire unos tintineos secos, seguidos o no de gruñidos sordos, pero siempre, siempre, de gritos en señal de victoria o como expresión de la decepción. Más aún, asomando la nariz, el hocico o el pico a través de los setos de madroños, ese visitante podría ver cómo se divierten dos niños de la misma edad que solo se llevan setenta años. Y descubriría que ese lento tictac marcado por las fichas es el de un reloj que gira al revés. Malo juega y juega bien, Malo juega cada vez mejor. Aunque, a mi pesar, gana la partida, lo que él ha ganado a mis ojos no se puede cuantificar. Vencidos finalmente *ex aequo* por la noche, nos vemos obligados a renunciar a la revancha.

Por supuesto, entre Malo y yo hay cada vez mayor complicidad. Por supuesto, la emulación de la partida del juego de la rana le ha proporcionado confianza. No es sorprendente que una vez acostado, cuando me dispongo a dejarlo en su cama con un cuento, se arme de valor para hacerme la pregunta que tiene en la punta de la lengua.

—¿Yayo Paria?

—¿Eh?

—¿Por qué parecías trizte, en la barca?

—¿Parecía triste?

—Zí. Mucho.

—Porque pensaba en antes.

—¿Por qué?

—Porque antes era mejor.

—¿Y por qué antez era mejor?

¿Cómo responder a eso? Es difícil. Sentado en el borde de la cama, a la luz de la lámpara de su mesilla de noche, me encuentro en un aprieto. De repente, ¡eureka!, me viene una imagen a la mente. Un rostro, para ser más exacto. Al fin y al cabo, aunque Malo sea un niño, no hay nada mejor, a su edad, que una historia de príncipes y de princesas para dormirle.

—Malo, ¿has oído hablar de Grace Kelly?

—No...

—Pues te voy a explicar un cuento, pero primero iré a buscar algo de beber,

porque explicar cuentos da sed.

Malo, encantado, se incorpora, acodándose, y apoya el mentón en su mano, muy atento. Con el vaso y la botella en la mano, regreso y prosigo, animado:

—Erase una vez, en Estados Unidos, una niña tan guapa que, de bebé, la llamaron Grace. Grace como la gracia... ¿Sabes qué es la gracia?

—No.

—La gracia es algo muy raro. Es una belleza del cielo. Muy pocas personas la tienen. Y, justamente, Grace tenía la gracia y todas las hadas que se acercaron a su cuna, muy perspicaces, se dieron cuenta de ello.

—¿Ez un cuento de niñaz?

—No, ya verás. Y sigue así: Grace creció y se convirtió en una chica sublime.

—¿Qué quiere decir?

—Delicada, exquisita, de ojos azules, cabello rubio y un porte real, como una verdadera princesa de cuento...

—¿Eztabaz enamorado de ella?

—¡Para nada! Pero la admiraba: la belleza de Grace se hizo realidad y enseguida se convirtió en una famosa actriz de Hollywood.

—¿Jolibud?

—Hollywood, el reino del cine en Estados Unidos, con unos estudios inmensos, unos decorados increíbles, palmeras en las calles y grandes villas blancas bajo el sol...

—Ah.

—Y Grace, no contenta con ser guapa, además tenía talento. Y entonces ocurrió algo realmente extraordinario.

—¿Qué?

—Conoció a un príncipe.

—¿Un príncipe encantado?

—¡Esa es la palabra! Encantador. No era un príncipe alto y guapo, montado en un caballo blanco, como suelen imaginarse; era encantador. Con un bigotito. Y un nombre encantador. ¡Rainiero! Vivía en un castillo construido sobre una roca, en el sur de Francia, que se llama Mónaco. Bonito nombre, ¿verdad? Era el príncipe Rainiero de Mónaco; y Grace y él se enamoraron.

Malo se incorpora, se pone la almohada a la espalda y se sienta muy erguido, con las manos al frente y los ojos muy abiertos.

—¿Y qué pazó?

—Entonces, por amor al príncipe, Grace decidió abandonar su profesión de actriz en Hollywood y casarse con él. En resumidas cuentas, dejó un reino por otro. Embarcó en un magnífico trasatlántico y viajó hasta Mónaco. La travesía duró varios días. En el puerto, todos los habitantes de Mónaco se hallaban allí para darle la bienvenida bajo un hermoso cielo azul.

—¿Y también el príncipe?

—¡Por supuesto! De uniforme de gala. El barco apareció en el horizonte y se aproximó entre los vítores de la gente. Grace, desde la borda, contemplaba la nueva vida que le esperaba. Seguramente su corazón latía con fuerza.

—¿Y qué pazó?

—Y entonces, señor «¿Y qué pazó?»... Entonces el buque amarró y el príncipe subió a bordo. Tomó a la princesa de la mano y galantemente la invitó a descender. Todo el mundo contuvo la respiración. La futura princesa obedeció con gracia, haciendo honor a su nombre. Llevaba un inmenso sombrero blanco, un vestido de corola y bailarinas claras. A continuación pisó tierra y se produjo un estallido de alegría, entre bravos y hurras. Quien no haya visto nunca a esa mujer avanzar con paso de bailarina, a lo largo de esa pasarela, hasta posarse como un pajarillo sobre ese muelle soleado, no sabe lo que es la elegancia absoluta.

Silencio. Malo parece un poco desconcertado por mis raptos líricos. Sin embargo, veo que sus ojos están llenos de barcos bajo el sol. No puedo dejarle a la deriva.

—Unos días más tarde se celebró la boda. ¡Si lo hubieras visto! Mónaco era una verdadera fiesta, las calles estaban decoradas con miles de banderas, los grandes del mundo entero y el pueblo llano se habían dado cita para ese acontecimiento, llegados a pie, en bicicleta, en coche, en barco o en avión. Todos estaban presentes para comulgar alrededor de los nuevos dioses, con unánime fervor. Grace, con porte de reina y cola larga, de cuello grácil y ojos rasgados, dijo «sí» discretamente bajo la mirada de los prelados y de las viejas duquesas. El príncipe, de uniforme de gala, sin salir del asombro ante aquella belleza de la que podía ver el perfil bajo el velo, murmuró «sí» a su vez, y esos dos discretos «síes» hallaron en la calle un eco fabuloso. Sonaron las campanas y retronaron los cañones bajo el clamor.

—¿Cañonez?

—Sí, era costumbre en las grandes ocasiones. Entonces salieron los recién casados, bellos como astros. Subieron a bordo de un Rolls-Royce descapotable.

—¿Rollz...? —Trata de descifrar Malo.

—¡... Royce! Un coche descapotable, muy bonito, con unas curvas tan hermosas que parecía flotar sobre el suelo. El cortejo avanzó y la pareja saludaba a la multitud reunida a su paso a la sombra de las palmeras y de los pinos, a lo largo de la carretera que asciende serpenteando a lo alto de la Roca, como también se llama a Mónaco. Entonces, el largo automóvil atravesó la explanada, aceleró y desapareció en el patio de armas del palacio.

—Yayo Paria... —se aventura Malo después de un silencio—, Yayo Paria, cuando hablaz, parecez un libro.

—Lo sé, confieso que en esos casos tengo tendencia a hablar como los comentaristas de la época, los locutores de los noticiarios Pathé —digo, en el tono apropiado, vehemente y nasal.

—¿Como el paté? —pregunta Malo tapándose la nariz, en una imitación que me hace reír a carcajadas.

Luego prosigue, serio:

—Pero antez era antez, Yayo Paria. De ezo hace mucho tiempo...

—No hace tanto tiempo, Malo. No hace tanto tiempo. Por eso, para consolarme, me gusta ver películas de otro tiempo, de otro tiempo del que no hace tanto tiempo..., como la película de la boda de Grace Kelly y Rainiero de Mónaco, precisamente. Esa la veo una y otra vez y me ayuda a reavivar el recuerdo, y me permite decirme que tengo suerte de haber conocido todo eso.

Para mi orgullo, Malo no se rinde y mantiene un aire escéptico. Tengo que ganármelo a toda costa para captar su atención.

—Y, naturalmente, me dirás: Mónaco, 1956, la boda de Grace, no era la realidad, era la boda de una estrella y de un príncipe en un principado de cartón piedra, un «reino de opereta», como se decía entonces, un decorado de cine... Quizá, pero a pesar de ello ese decorado era a la vez falso y también un poco verdadero. Cuando ves la película, explica muchas cosas de una época que ya no existe.

—¿Me la dejarás ver?

—¡Claro! Ya verás... Si miras bien cada imagen, ¡todo parece increíble, inconcebible en nuestra época! La gente de la calle va bien vestida. Los hombres llevan americana, corbata y pañuelo... ¡Hasta los fotógrafos! Las mujeres lucen vestidos, coquetas y engalanadas. Y lo peor, lo peor de todo, ¡es que parecen felices! Panaderos, camareros, policías, empleados, obreros o burgueses, la gente habla entre sí, se saludan, sonrían...

Malo también sonrío.

—¡Entre la farándula, igual! Las estrellas vivían en su propio mundo, se vestían, se maquillaban y se las iluminaba como a estrellas. Circulaban en coches de estrella, vivían en mansiones de estrella. Tenían nombres de estrella como Ingrid Bergman, Sophia Loren o Ava Gardner, iban muy emperifolladas —dijo, y al oír la palabra «emperifolladas», Malo se ríe, naturalmente— y era muy difícil que pudieras cruzártelas por la calle... En Mónaco o en Cannes, sus caballeros se llamaban Cary Grant, Gregory Peck o Maurice Ronet, todos ellos unos grandes galanes de cabello engominado y esmoquin impecable, al volante de un Facel-Vega. —Malo abre unos ojos como platos, pero no me detengo—. Eran unos verdaderos señores, unos auténticos modelos, sus barcos eran blancos y decorados con caoba y no como esos cacharros de los nuevos ricos... Sí, acepto lo de la opereta, y acepto lo de la nostalgia, pero como ves, Malo, había entonces un saber estar, una clase y una elegancia que han desaparecido para siempre... Todo era novelesco, quizá porque también lo era el arte, porque los cineastas, los escritores y los cantantes celebraban el amor, la vida y la aventura. En resumidas cuentas, me gustaba más antes, y en los trenes, como en todas partes, se podían abrir las ventanas y entraba el viento, olía a paisaje, al balasto y a los andenes de la estación por la noche, no sé, la vida era una fiesta a la que todo el mundo se sumaba, como uno se lanza al agua. Hablando de agua, ¿tienes sed?

—Un poco.

—Te abrevio con mis palabras, mi pobre Malo, perdóname, soy muy hablador.

—No, me guzta, zon como cromoz —responde Malo con voz débil—, como loz que me da la profezora cuando hago laz cozaz bien.

—Parece que se recuperan los buenos métodos de antes.

Malo va al lavabo a llenar su vaso, hasta el borde. Bebe como todos los niños, a grandes sorbos, con las dos manos agarradas al vaso sostenido verticalmente como si también fuera a ser engullido. Hago lo mismo, aunque mi vaso no está lleno de agua, sino de mi excelente *médoc*.

—Si te cuento todo esto, Malo, es porque me hubiera gustado hacerte conocer esa edad de oro. Hablo de Mónaco porque en esa época aún se creía en los sueños de princesas. Pero también en París, en las grandes ciudades y en el campo se era más feliz. Si escuchas a los viejos —prosigo, y Malo me mira como diciendo: «¡Eso es lo que estoy haciendo!»—, todos te lo dirán: la gente iba a bailar, a comer al campo, a bañarse al río... ¡Incluso en el Sena! En esa época no era necesario ser rico para disfrutar del verdadero lujo. Porque voy a decirte una cosa: cuando ves que años después... ¿Malo...? ¿Malo...? ¿Oye...?

Malo se ha quedado roque de golpe y duerme con los puños cerrados. Cubro con la sábana a ese niño que decididamente no puede hacer nada si el mundo no ha aprovechado su oportunidad. El cansancio de escuchar a un viejo chocheando y repitiendo sus viejas obsesiones alcoholizadas ha acabado venciendo su atención. Y la quietud de ese rostro inalterado, aún indiferente a las vilezas humanas, me llena a la vez de felicidad y de temor.

Cuando ya no quedan soldados con los que combatir y ni siquiera enemigos ante los cuales rendirse, solo viejas ideas a las que dar vueltas sin cesar, es mejor ir a acostarse, y eso hago. Aún ignoro que a la mañana siguiente me despertaré con una extraña pesadilla en mente: Grace Kelly descendiendo de su trasatlántico no bajo el sol, sino bajo un cielo de tormenta; no entre vítores, sino entre escupitajos; reprendida por la multitud por ser guapa, por ser rica, porque lleva un vestido y porque es una princesa; luego tropieza de repente, cae de la pasarela y acaba tendida en el muelle, de bruces en el barro.

Aunque el León ya se halla de nuevo en casa, y debidamente provisto de los cinturones de seguridad reglamentarios, los días siguientes proseguimos nuestros desplazamientos velocipédicos. No hay nada que más le guste a Malo que pasear a bordo de la carretilla emergiendo entre un montón de puerros, botellas, barras de pan, latas de conserva y paquetes de fideos. Su placer aumenta cuando, a favor de una curva tomada muy cerrada, la carretilla patina, derrapando sobre el asfalto hasta levantar una rueda como el carro de Ben-Hur en plena carrera en el circo. Es un juego al que me presto de buen grado, pedaleando con fuerza y poniéndome de pie para aumentar la velocidad, entre los gritos de entusiasmo de mi pequeño cochero.

A Malo le «sienta bien» el veraneo, como se dice. Su tez se broncea día tras día, su cabello brilla al sol, y de él emanan una fuerza y una seguridad de las que carecía a su llegada. Ágil, rápido, no pierde ocasión de poner a prueba su fuerza o su destreza. A veces apunta a un blanco reducido con una piña, y rara vez falla. Otras, se decide a arrancar una rama de mimosa, muy alta, a menudo sin éxito. Sin darse cuenta, forma parte de esos seres que tienen la suerte de ser uno con los elementos, en relación directa con el mundo, la vida, sin que nada —el recelo o la ironía— interfiera en esa armonía. Es fascinante observarlo. Si le gusta, sonrío. Si no le gusta, lo dice. Si está contrariado, lo expresa. Si es feliz, lo traduce. Sin cálculos, sin dudas, sin preguntas, con la naturalidad de quienes, desde su más corta edad, están dispuestos a disfrutar de lo mejor sin perder tiempo. Con esa actitud, basta el deseo de ir de inmediato a lo esencial para acceder más deprisa a la miel de la vida. Ello no evita, sin embargo, instantes de tristeza o vertiginosas preguntas infantiles. Es en esos momentos cuando veo a mi nieto no perdido, sino paralizado, absorto en unos pensamientos que intuyo sombríos; es también en esos momentos cuando le tomo de la mano, para evitarle la tentación inconsciente y precoz de recrearse en ellos, para que prefiera las ganas de divertirse.

—¿Yayo Paria? —me dice un día Malo después de acostarlo.

—Dime.

—Me da miedo la eternidad.

—¿Qué?

—Dezpuéz de la muerte, me da miedo vivir y vivir y vivir, ziempre..., que no ze acabe nunca, jamáz...

—¿Qué me dices?

—Por la noche, cuando cierraz la puerta, me hago una cabaña con almohadaz en la cabeza y cierro loz ojoz, y pienzo con fuerza y me digo que dezpuéz de la muerte no ze acaba nunca, y de repente tengo mucho miedo, y enciendo la luz.

—¡Muy bien! ¡Bien hecho! En esos casos, tomas un libro y lees para pensar en

otra cosa.

—Eztaría bien una muerte dezpuéz de la vida dezpuéz de la muerte.

—En tal caso, ¿es mejor morir ahora mismo de una vez por todas!

—Zí, pero tengo miedo, tengo miedo de morir. Ya no volvería a ver a mi mamá, ni a mi papá. Ni a ti.

Mi deglución me produce la sensación de tragar dos pelotas de tenis, sin una gota de saliva. No es extraño que mi voz suene rasposa. Empiezo de nuevo para no delatarme.

—Vamos, no hay que pensar en eso...

—Yayo Paria, tienez loz ojoj brillando.

Le corrijo, pues llevaba tiempo sin hacerlo, y además me viene al pelo.

—Se dice «brillantes». Es por culpa del insecticida, me irrita los ojos. Vamos, a dormir..., y si tienes pensamientos tristes, enciendes la luz y lees un libro.

—El otro día leí un cuento, pero zalían unoz barbudoz con túnicaz blancaz que eztaban en laz nubez, y el libro decía que vivían en la vida eterna, y yo no quiero zer como elloz...

—Pero ¿parecían tristes o alegres?

—Como no tenían ojoj, no lo zé. Zolo tenían la cara blanca y barba, y un círculo detrás de la cabeza, y me daban miedo.

Malditos ilustradores de libros de catecismo, ¿qué les costaría dibujar a gente sonriente debajo de las aureolas? Van a estar ahí por lo menos miles de siglos, así que podrían hacer bien las cosas.

—Lo entiendo, Malo. Quizá el ilustrador del libro no sabía dibujar los ojos, las narices y las bocas... y lo hizo más sencillo. Pero lo importante no está en ese libro, ¿sabes? ¡Lo importante es el aquí y el ahora! ¡Es lo que haremos mañana para divertirnos! ¡Es el mar y el sol, y todo eso! ¿Crees que las ardillas, cuando se divierten en los árboles, se preguntan si van a vivir toda la eternidad con una gran barba?

Victoria... Empieza a calmarse y se le oye reír entre las almohadas.

—Que duermas bien, Malo.

—Que duermaz bien, Yayo Paria.

—Duerme como un bebé.

—No zoy un bebé.

—Lo sé. Y nada de pesadillas, ¿me lo prometes?

—Lo prometo.

Dos horas después, un grito rasga el silencio de la terraza.

—¡Yayo Paria! ¡Yayo Pariaaaa!

Corro a su habitación, abro la puerta y enciendo la luz. Malo está literalmente sentado en la cabecera de la cama, con la espalda pegada a la pared y mirando sus pies, que rechazan con rabia a unos enemigos invisibles.

Grita:

—¡Loz cangrejoz! ¡Loz cangrejoz!

—¿Dónde están los cangrejos?

—¡Por todaz partez! ¡Eztán trepando! ¡Por todaz partez!

—Malo, no hay cangrejos, ni uno —le digo, abrazándolo.

Siento sus manitas agarrándose a mi espalda y, en mi cuello mojado por sus lágrimas, su voz desgarrada que insiste:

—Loz cangrejoz, Yayo Paria...

Se necesitará luz, un vaso de agua y una inspección general de las sábanas e incluso debajo de la cama para convencer a Malo de que no hay ni una sola pinza en el horizonte.

Al día siguiente, nuestra comida consiste en una ensalada generosa. Como guarnición, unas migajas de una carne absolutamente exquisita, un poquito yodada, que se deshace en la boca. Malo la disfruta, acaba su plato, lo rebaña con un trozo de pan —debería decir que lo limpia— y pregunta:

—¡Qué rico! ¿Qué era?

—Cangrejo.

No sé adivinar en su expresión qué es fruto del placer de la venganza y qué es consecuencia de la ligera humillación que siente al ver que le he tomado el pelo. Para salvar la situación, declara:

—Mentira.

—Juzga tú mismo —digo, mostrándole las dos latas de conservas recuperadas de la basura.

Sonríe, en una muestra de juego limpio, y concluye:

—¡Ze lo merecen!

Ese día transcurre como los días siguientes. Ahora Malo y yo estamos unidos por una especie de connivencia difusa que, por pudor, no se formula. Sin embargo, esa es la realidad. Día tras día, no me canso de ver evolucionar al muchacho. Si el futuro del mundo es a su imagen, si encarna una parcela de lo que será la humanidad el día de mañana y si hay alguna pequeña posibilidad de que en el mundo entero los Malo sean numerosos, hay motivos para la esperanza. Eso me cuido mucho de decírselo. Lo importante es curtirlo frente a todas las criaturas rampantes, pérfidas y traicioneras que puedan atentar contra su felicidad. ¡No es que las actividades en las que le inicio durante su estancia tengan alguna relación con el entrenamiento de los Marines! Ni que yo quiera hacer de él un hombre, hecho y derecho, un buen soldado... ¡Nada más lejos de mi intención! A pesar de ello, conscientemente o no, me gusta el hecho de que sepa apañárselas en la vida, utilizar sus manos y no llorar por naderías. Nunca se sabe, quizá le será de utilidad si las cosas se ponen muy mal. En estos tiempos extremos, en cualquier momento puede producirse un tsunami, la explosión de una bomba, una revuelta o un genocidio. Un día, saber cazar, pescar, vivir del bosque y del agua, saber improvisar, reciclar, fabricar y reparar podría serle vital; palabra de pesimista. No se trata de acumular azúcar y aceite en un reflejo cobarde, pero si las

cosas útiles pueden a la vez ser agradables e incluso divertidas, ¿por qué privarse de ellas? Así, en pocos días, por ejemplo, Malo es capaz de capturar peces al cordel, mediante una técnica absolutamente ilegal pero diabólicamente eficaz, que consiste en disponer de noche, a lo largo de los juncos, unos anzuelos colgando de flotadores de corcho. Cuando amanece sobre el lago, basta recoger la pesca: una perca, un lucio, una tenca o, con suerte, una anguila, una hermosa anguila reluciente y meneándose, a la que hay que matar rápidamente. La primera vez, Malo asiste a regañadientes a esa ejecución. Pero enseguida no se hará de rogar para noquear al animal contra una piedra y luego cortarlo en pedazos que siguen moviéndose durante un buen rato, cada uno por su lado.

—La muerte es algo que se aprende, como todo lo demás —le digo a Malo—. Antigüamente, en el campo, cuando una campesina le cortaba el cuello a un pollo, cuando la sangre caía en gotas gordas y grasas en el cuenco, no se andaban con remilgos. Los niños asistían a ese espectáculo. Y lo mismo ocurría con el espectáculo de la vida, cuando un ternero, un potrillo o un corderillo salía de las entrañas de su madre. ¡Qué cosas...! ¡Hay que ser muy sensible para negar la naturaleza con el pretexto de defenderla! Pronto te enseñaré a cazar conejos con trampas, como cuando tenía diez años. Durante la guerra, los conejos nos parecían muy monos, pero nos los comíamos igualmente porque no teníamos elección. Así que al primer cangrejo que te fastidie, le miras a los ojos y le invitas a ir a dar la lata a otro sitio. Si insiste, le demuestras quién es más fuerte: tomas una piedra y lo aplastas como un huevo.

Tampoco tardará mucho Malo en saber reparar un neumático de bicicleta, concretamente una pequeña bicicleta de niño, con ruedecillas, con la rueda delantera y la trasera pinchadas desde hace muchos años. Unos minutos para extraer la cámara de la llanta, un cubo de agua para ver dónde se forman las burbujas y poder localizar el agujero, un bolígrafo para marcar el emplazamiento del agujero una vez seco el caucho, un pequeño rascador, una gota de cola que hay que dejar que se impregne, un parche y listo. Se vuelve a montar todo, se hincha con la mancha «y la bicicleta como nueva».

—¿Por qué no compramos otra? —pregunta Malo—. Me parece que sería más rápido.

—¡Pues sencillamente, porque cuesta dinero! —digo sin severidad—. ¿Por qué comprar y comprar, cuando se puede hacer que las cosas duren? ¿Por qué tirar y tirar, y llenar los vertederos cuando las cosas se pueden reparar? Comprar y tirar, no se piensa en otra cosa. Ahora compro eso, ahora tiro eso... Y así prosigue la huida hacia delante, de tanto comprar, de tanto tirar..., ¡el planeta vamos a destrozar! ¡Y además, rima! Mira, soy poeta. Un gran poeta paria.

Un momento de silencio y retomo el aliento.

—Y lo que te digo, Malo, no es por tacañería. Te hablo de un sistema que se acaba. ¿Cómo explicártelo? Un sistema que estalla, como una vieja cámara de bicicleta, porque se ha hinchado artificialmente. A tu generación se la ha

acostumbrado a comprar y comprar, a no respetar las cosas... Es normal, hoy en día las cosas no valen nada, ¡incluso las fabrican para que no duren!

—¿Qué? —exclama, sinceramente sorprendido, sin ánimo de tomarme el pelo o de cambiar de tema.

—¡Así es! Hoy, una lavadora, una nevera o un horno están programados para que duren solo cinco o seis años, como mucho.

—¡Qué tontería!

—¡Claro que es una tontería! ¡Pero es así! ¡A eso se le llama economía de mercado! ¡La sociedad de consumo! Está hecho para que la gente compre otro aparato al cabo de cinco o seis años. Y el viejo, que aún podría haber funcionado unos años más, se arroja a un gran vertedero. El problema es que el mundo entero, un día, ¡no será ya más que un gran vertedero!

—Ez trizte...

Ay. Una vez más, me doy cuenta de que este niño, al contrario que yo, tiene toda una vida por delante. Hay que corregir el tiro, enseguida.

—No, no es triste, ¡al contrario! ¡Es un desafío fabuloso! ¡No será triste si tu generación está decidida a cambiar las cosas! Y no me preocupa, porque creo que las cosas están bien encaminadas aunque ahora las palabras sean diferentes. Hoy se habla de reciclar cuando nosotros hablábamos de zurcir, reparar, remendar, hacer durar las cosas... Ahora se habla de «biológico» —¡la gente no tiene otra palabra en la boca! — cuando nosotros hablábamos de unas buenas patatas del huerto o de las cerezas acabadas de coger del árbol... ¡De la naturaleza, en resumidas cuentas! Ahora se habla de gestos a favor del planeta, como leí hace unos días en unos carteles, cuando antes dejar correr el agua o salir de una habitación y dejarse la luz encendida simplemente nos parecía una estupidez. A eso se le llama derrochar, y entonces no necesitábamos ni grandes palabras ni grandes eslóganes. Derrochar era derrochar. Aprendimos eso durante la guerra y se creía que después de tantas privaciones, de tanta destrucción, de tantas vidas sacrificadas, empezaríamos con buen pie, pero no, se produjo justo lo contrario. ¿Lo entiendes?

—Zí, zí —responde Malo distraídamente, haciendo girar la rueda de la pequeña bicicleta aún vuelta sobre el sillín.

—Mira esa rueda. Esta por lo menos funciona perfectamente... ¡Tic tic tic, de maravilla! Pues con el mundo ocurre lo mismo. Funcionaría mejor si se preservaran las cosas. ¡El viejo Frigidaire de la cocina funciona muy bien! ¡Y el León funciona muy bien! ¡Y yo, mira lo bien que ando! ¡Ya ves que los cacharros viejos están hechos para que duren!

Malo se ríe a gusto. Mientras, voy a buscar una llave de tubo a la vieja caja de galletas Lu.

—¡Venga, vamos a celebrarlo!

—¿Ah, zí?

—Y ya que la tenemos patas arriba, le vamos a quitar las ruedecillas. ¡Eso es para

los bebés! Tú vas a aprender a montar en bicicleta con una bicicleta de verdad.

Dicho y hecho. Estamos en el camino de grava, Malo pedaleando y yo trotando a su lado. —«¡No tan deprisa, no tan deprisa!»—, con mi mano asiéndole con fuerza el brazo izquierdo. A esa carrera hay que sumar el esfuerzo para corregir su zigzagueo. El manillar va de derecha a izquierda, desordenado, un poco loco, como los cuernos de una vaquilla en un encierro. Imprimo lo mejor que puedo las presiones necesarias para mantener su rumbo. «Despacio, despacio», digo entre jadeos mientras Malo saca la lengua, un poco excitado, más aplicado que nunca. Bajo los neumáticos bien hinchados, la gravilla desfila vertiginosamente. De repente se desnivela. Un dolor fulgurante me atraviesa el pecho y me muerde el hombro izquierdo. Suelto al niño de golpe. En el momento en que me desplomo, temo por él. Antes de verme tendido en el suelo, cuan largo soy, solo tengo tiempo de verle continuar solo, chillando de felicidad, con las piernas como dos pistones movidos por una biela loca. Solo tengo tiempo de sonreír. Al cerrar los ojos, sin embargo, con las manos sobre el pecho, tendido en el suelo, llega hasta mí de lejos un grito muy diferente. El grito de un chiquillo que, al llegar al final del camino, acaba de comprender por qué su abuelo, tan orgulloso de él, no aplaude su hazaña; el grito de un muchacho que, dejando la bicicleta en el suelo, corre hacia el anciano tan deprisa como puede.

Si debo morir ahora, que sea así: moriré feliz oyendo esa carrera que martillea el asfalto, pero también desdichado por no haber podido acompañar a ese muchacho más lejos en la vida, con una mano sobre su hombro. Parece, sin embargo, que hoy no va a ser el día: como si tuviera que ceder su lugar, el dolor me abandona a regañadientes en el mismo instante en que llega Malo. Y a menos que los ángeles calcen alpargatas y vistan un polo azul celeste, lo que ahora siento sobre mi corazón es la mano de mi nieto.

—Te he dicho que aún andaba bien, pero de ahí a correr...

—No tiene gracia, Yayo Paria. Me haz dado un zuzto.

—Los grandes ciclistas no tienen miedo. Anquetil no tenía miedo.

—¿Quién era?

—Era un tipo que corría a tope sin cansarse. Hacia las cimas. Como tú.

—Ah.

—Será mejor que no nos quedemos aquí.

—¿Puedez levantarte?

—¡Claro! Pero despacio.

Un carcamal oxidado se despliega poco a poco, se sacude el pantalón con el reverso de la mano y así también se deshace de sus problemas de salud, mientras su nieto, irrisorio obenque en un mástil que ha conocido otras tempestades, se agarra a él como para sostenerlo. A pesar de todo, se trata de un aviso serio. Será mejor que no suceda de nuevo para evitar que los padres desembarquen antes de hora y estropeen la fiesta.

—Se han acabado las tonterías —digo sacando pecho—. Tú seguirás con la

bicicleta, pero yo voy a hacer reposo. Y régimen, todo en coche. El León será a la vez caballo, camello y elefante, un bestiario él solo. Por suerte, eso le encanta.

—Yo podría conducirlo y así te canzarías menoz —propone Malo.

—Ya me gustaría, pero lo veo difícil. Conozco a los gendarmes, pero eso no basta.

—¡Puedez enzeñarme!

—¡Claro! Vamos a dar una vuelta. Después de una caída hay que subirse de nuevo al caballo. Aunque sea a lomos del León.

El coche, entre algunos chirridos, se deja domar finalmente. Sentado sobre mis rodillas, tímido y luego exaltado, Malo contempla el volante que sostiene entre sus manos con los ojos atónitos de un buscador de oro al ver aparecer pepitas en su tamiz. Mientras el paisaje desfila y el viento se cuele en el habitáculo experimenta, como me ha visto hacer, esa sensación de llevar el timón, de mantener el rumbo más allá de la punta de la popa, de sentir el balanceo del León, que ronronea. Se mantiene erguido y digno, con los antebrazos rollizos y los dedos crispados en la baquelita. Respiro hondo su pequeña nuca bronceada y huele a crema solar de coco. Como si nada, nos encaminamos a la felicidad.

La felicidad será, a lo largo de los días siguientes, ver a Malo dibujar el León sobre papel Canson y dentro un crío que es todo sonrisa y un tipo extraño, con bigote y debidamente cubierto por un sombrero, bajo un sol limón y un cielo garabateado con rotulador azul. La felicidad serán nuestras partidas al juego de la rana, los dardos, la petanca, nuestros baños de iniciados en el mar, cuando los demás abandonan la playa, nuestros castillos de arena cada vez más grandes, nuestros bizcochos y nuestras crepes cada vez mejores. La felicidad será ver derretirse los helados de Pinocchio a lo largo de nuestros dedos, pringarnos del azúcar de unos buñuelos recién fritos que queman, dejarme ganar al chaquete y a las damas casi sin hacerlo a propósito y, sobre todo, sobre todo, victoria suprema, constatar los progresos de Malo al diábolo: ¡ya no es un batería de tres al cuarto, sino un verdadero director de orquesta! Maneja de maravilla los palos del juego, con calma y flexibilidad, mecido por el soplo del diábolo a punto de despegar y cuya hipnosis solo se ve interrumpida por el súbito lanzamiento al aire, en vertical hacia la copa de los pinos. No hay nada más bonito en ese momento que ver a Malo, con los palos separados y los ojos como platos, recibir el proyectil, amortiguar su caída sobre el cordel que se comba como bajo el pie de un funambulista y luego repetir el gesto, hacerlo rodar de nuevo, volver a empezar y batir su propio récord, hasta tener la certeza de haberse convertido en un maestro.

Son muchos momentos privilegiados y acabaré descubriendo que solo se aguantan de otro hilo: el cable del teléfono negro que hay sobre la chimenea. Y a última hora de esa tarde de un día como cualquier otro, el timbre resuena en la amplia sala, pero no a la hora habitual. Jean llama regularmente, pero hasta el momento sus llamadas no han sido más que simples escalas técnicas a horarios regulares,

reduciéndose a algunas preguntas simples y, sobre todo, siempre breves, para no provocarle ninguna añoranza a la criatura ni tampoco la melancolía que la voz de un padre o de una madre provoca a buen seguro al caer la noche. Esta vez es diferente y Malo y yo nos sorprendemos y nos sobresaltamos a la vez.

—Diga.

—Buenas noches, soy Leïla.

—Ah, buenas noches. ¿Te paso a Malo?

—Sí, bueno..., luego... Primero tengo que decirte...

—¿Sí?

—He adelantado mi regreso de Marruecos. Y vendré a buscar a Malo antes de lo previsto.

—¿Perdón?

Malo se aproxima, intrigado, y se dispone a coger el auricular, como le gusta hacer. Le indico con un gesto que se vaya a jugar al piso de arriba y espere a que le avise. Al otro extremo de la línea, su madre lo confirma.

—Vendré a buscar a Malo el 23. El martes 23.

—¿No habíamos dicho un mes?

—Sí, sí, pero me ha surgido un imponderable y... Y de todas formas supongo que va a ser un alivio para ti, porque un niño así, tanto tiempo, es muy pesado...

—¿Pesado? —digo, furioso al oír cómo se me desgarran la voz contra mi propia voluntad.

Como penitencia, y para recuperar mi timbre, la dejo plantada diez largos segundos en el soplo silencioso del aparato que se parece al mar de lejos, pero con más crepitaciones, más metálico. Emerge de ahí como puede.

—No pretendía decir eso. Sé que has sido formidable y te lo agradezco infinitamente, pero...

—No te tomes la molestia, no hace falta que me des coba. Simplemente, dijimos un mes y un mes es un mes. Es muy fácil, ¿verdad? Te marchas, luego desembarcas... Pero esto no es una pensión de playa. Estoy con mi nieto, nos estamos divirtiendo mucho y aún tenemos muchas cosas que hacer.

—¿«Nos estamos divirtiendo mucho»? Pero ¿cuántos años tienes?

—Setenta y siete años. Y sí, si quieres saberlo, nunca me había divertido tanto... ¿Te sorprende?

—¿Y él? ¿También se divierte? ¿Crees que no me echa de menos?

—Seguro que sí. Eres su madre. Sin embargo, nunca te ha reclamado. Claro que pregunta por ti, pero no es de los que lloran por esas cosas. Salvo por la noche, tres o cuatro veces, como mucho.

—¿Por la noche? ¿Qué ha pasado?

—Pues... A veces sueña con cangrejos, con cangrejos que se suben por su cama y quieren devorarlo.

—¡Eso es horrible!

—Sin duda no lo suficiente para que se te quedara en tu cabeza, ya te hablé de ello.

—¡Qué dices! ¡Nunca!

—Supongo que tenemos un problema de comunicación.

—Sí, ni que lo digas... ¿Y qué has hecho cuando ha tenido esas pesadillas?

—Las primeras noches que soñó con los cangrejos fui a consolarlo, le di un vaso de agua y hasta le leí cuentos, y volvió a dormirse. Pero la última vez fue más serio y lloraba de verdad, así que cedí y le permití que durmiera en mi cama.

—¿Cómo? ¿Malo ha dormido en tu cama?

Se atraganta. Repite, reformula y articula para que la realidad de esa idea se le grave en el cerebelo. Y, con entonación de fiscal, pasa de la interrogación a la afirmación.

—¡Malo ha dormido en tu cama!

—Pues sí. ¿Es un delito?

—¡Claro que es un delito! ¿Acaso no lees los periódicos? ¡Están llenos de historias asquerosas! ¿No lo entiendes?

Me cuesta conservar la calma, pero lo consigo. Mi voz es fría como un arma blanca.

—No precisamente. No leo ese tipo de periódicos, ni tampoco ninguno de los otros... Eso me evita que se me metan horrores en la cabeza y ver el mal por todas partes.

—¡No estamos hablando de ver el mal por todas partes...! ¡Son cosas que pasan a diario! ¡Incluso allí donde nadie se lo espera! ¡No hay que llevarse a un niño a la cama, y punto!

Al hallarme entre la espada y la pared, pierdo la sangre fría. Mi corazón late desbocado. Tengo que aplastar al cangrejo, de inmediato.

—Escúchame bien, pedazo de loca. No sé qué te ronda por tu cabecita de histérica paranoica. No me «llevo» a mi nieto a la cama como una puta se lleva a un cliente a una habitación de hotel. Soy un abuelo que permite a su nieto dormir en su cama, sí, en la otra punta de su cama de matrimonio, coño, para que el chiquillo pueda dormir tranquilo, sereno, lejos de sus pesadillas, como se ha hecho en todas las épocas desde el origen del mundo, desde que los niños sueñan, y hasta que las guarrerías de algunos lo han ensuciado todo. Lo que tiene delito es mezclarlo todo de cualquier manera. Lo que tiene delito es que te atrevas a acusarme, que esos pensamientos te rondan por la cabeza. Debes de estar muy sola, muy enferma o sufrir una estupidez profunda para ser como eres y, francamente, lo siento mucho por Malo. Buenas noches.

Un teléfono viejo, al colgarlo bruscamente, es muy diferente de uno de esos móviles modernos en los que simplemente se pulsa un botón. La violencia del impacto, con todo el peso del aparato, te estalla en la cara y te deja un poco sonado. Leila no es una excepción a la regla. Necesita dos minutos largos para reponerse.

Llama de nuevo, o por lo menos lo presiento.

—Diga.

—Oye, lo siento mucho, no quería... Me ha entrado un ataque de pánico, te pido que me disculpes.

—Disculpada.

—Gracias.

—Decididamente, entre nosotros no hay química, ¿verdad?

—Ya lo has dicho, tenemos un problema de comunicación...

—Es lo menos que cabe decir.

—Estás enfadado y lo entiendo. De verdad, te pido perdón.

—Justamente, habría una manera de hacerte perdonar...

—Dime.

—Déjame a Malo como estaba previsto.

En el teléfono vuelve a oírse el mar bajo la lluvia. Se añaden largas respiraciones, por olas. Y finalmente:

—De acuerdo.

—Ahora soy yo quien te da las gracias.

Oigo su sonrisa; una sonrisa se oye perfectamente por teléfono.

—A todo esto, no he hablado con Malo —dice.

—Está arriba jugando. Espera un momento y te lo paso.

Viéndole pescar anguilas de arena cerca de los juncos, con agua hasta los tobillos y paso de garza, me entra un deseo triste de contar los segundos que me separan del final. El tiempo gotea como el salabre que Malo empuña, el tiempo gotea y no tengo nada que ganar, nada que obtener, porque a estas alturas ya sé que me dejará con las manos vacías.

—¿Te gusta el salabre?

Surge una vocecilla de debajo del sombrero.

—Zí, pero no hay ni una anguila de arena.

—¡Ya picarán! ¡Paciencia!

La paciencia dura alrededor de cuarenta segundos y acto seguido se acaba en seco. Malo vuelve a mi lado suspirando, con las mejillas hinchidas y arrastrando los pies. El mango del salabre, el bonito salabre del Singe rouge, está clavado de cualquier manera en la arena, cual bandera plantada en territorio conquistado. Lanzo un alegre:

—¿Vamos a bañarnos?

—Vale —dice poniéndose en pie de un brinco. Luego, tendiéndome la mano—: ¡Vamoz!

—Ya voy, muchacho, ya voy...

De cabeza, nos sumergimos en el tiempo. Nos arrastra, nos refresca, nos salpica. Me hundo en él, enjuago la arena que se me pega al cuerpo y me lavo las manos. El tiempo solo vale si te regodeas en él. Preverlo hace que te ahogues.

—¡Mira! —grita Malo en plena brazada.

—Magnífico... Extiende los brazos, y las piernas, así... Como una rana... ¡Groar, groar!

Malo se ríe, traga agua, tose, vuelve a tragar agua, se asusta, bracea y se debate. Me lanzo en su ayuda. En mis brazos, se frota los ojos y acaba de expectorar. Como todos los niños, tiene un cuerno en la cabeza, una especie de nube de cabellos mojados. Cuando regresa tembloroso a la orilla, se me ocurre hacerle una foto.

—¿Una sonrisa para *Clic Reporter*?

—Mmm...

—¿Estás enfurruñado? Con esa toalla naranja pareces un monje tibetano.

—Mmmm...

—Los monjes no se enfurruñan, siempre son amables —digo para poner punto final a la discusión.

Sentado sobre la arena, Malo contempla el lago, soñador. Para él también la cuenta atrás dibuja círculos en el agua.

—¿Yayo Paria?

—Dime, pequeño monje.

A Malo mi ocurrencia no le parece muy espiritual y la aparta con un pie distraído que hurga en la arena.

—Yayo Paria, ¿vaz a quedarte aquí zolo?

—Sí, pero ya estoy acostumbrado.

—Pero ahora ezaráz zolo dezpuéz de mí.

—Tú lo has dicho.

Una ráfaga de viento ondula la superficie del agua. Como un reflejo, la frente de Malo también se frunce.

—Ezaráz trizte.

—Sí, mucho. Por suerte, quizá vendrá a verme mi hermano.

—¿Tío Dundee?

—¿Le conoces?

—Zí, papá me ha hablado de él... ¿Por qué ze llama tío Dundee?

Sonrío.

—Porque vive en un pueblo muy cerca de Dundee, que es una ciudad de Escocia, un país muy bonito al norte de Inglaterra, ya te lo enseñaré en un mapa.

—¿Y por qué vive allí? —pregunta en un tono fatigado, sin pensar.

—Porque se casó con una escocesa y así se pueden cambiar entre ellos sus faldas —digo para disipar las nubes que se forman justo sobre nuestras cabezas, en unos dos metros cuadrados, un microclima en el que el corazón es el único barómetro.

—¿Zuz faldaz? —pregunta Malo, con una sonrisa irónica.

Conseguido. Soy un gran meteorólogo.

—¿Nunca has visto a un escocés? Allí incluso los hombres llevan faldas. Las llaman *kilts*.

—¡Qué loco!

—Tú lo has dicho, es una locura.

—¿Y tu papá y tu mamá ez tán todoz muertoz? —pregunta Malo con esa libertad absoluta que tienen los niños cuando cambian de tema.

—Sí..., todos —respondo, y no puedo evitar reírme al hacerlo.

—No tiene gracia. Mi papá y mi mamá ez tán zeparadoz.

—Cierto, pero te quieren, y eso es lo más importante.

—Tú y yo también vamo z a ez tar zeparadoz.

No se me ocurre nada ingenioso, así que callo.

—Ven, vas a coger frío.

—Ya tengo frío.

Así que, para no ahogarnos en un tiempo desecado a diario, haremos como si no pasara nada. No nos prepararemos para ver cómo disminuye su caudal hasta emitir un sonido hueco y ronco, parecido al de la bomba manual del jardín cuando está mal colocada. Por el contrario, Malo y yo nos procuraremos frescor como irresponsables que desperdician sus reservas en pleno desierto. Hemos decidido dejarnos sorprender

con las manos en la masa, o con las manos formando un cuenco en el fondo de nuestro manantial, como chiquillos completamente despreocupados ante la sed que se anuncia. No hay más que decir que incluso el día D, el día en que se ha dicho que el flujo acabará, incluso ese día lo disfrutaremos bebiendo a grandes sorbos. De tal forma que cuando el término llega «realmente», cuando de regreso del mar vemos el coche de Leïla aparcado frente a la casa, Malo y yo nos sorprendemos sinceramente. ¡Y apenas nos sorprendemos de nuestra sorpresa! Viviendo como primitivos, casi lo habíamos olvidado y, como era de esperar, conforme a su promesa, ahí está la madre de Malo. Pillado por sorpresa a pesar de que era fácilmente previsible, oigo ese grito de corazón que desgarrar el mío: «¡Mamá!».

Y Malo salta del León en cuanto este se detiene. Y Malo repite sin parar, corriendo hacia su madre: «¡Mamá! ¡Mamá!». ¿Qué decir? Solo cabe decir que es tan hermoso que dan ganas de llorar. ¿Qué hacer? Solo cabe permanecer al margen, con el motor en marcha, como vacilando, con la tentación de partir lejos, lo más lejos posible de este lugar de la tierra. «¡Mamá!». Siento al León dispuesto a marcharse por donde ha venido, le noto impaciente, no le gusta que le desdeñen de esta manera, con la puerta abierta, obligado a verse vulnerable después de haberse dejado domesticar tan a menudo por el pequeño domador. Pero le conozco bien, su ronroneo vuelve a ser suave y ahora puedo dejarle dormir a la sombra y también yo me quedo un poco, solo un poco, con él.

A la entrada del jardín, Leïla sostiene a Malo arrebuñado contra ella. Ha dejado caer el bolso a sus pies cuando él le ha saltado a los brazos y ahora ya nada de lo que los rodea importa. Ella apoya el mentón sobre la frente de él y respira sus cabellos con los párpados cerrados. Una ramita cruje bajo mi paso.

—Hola —me dice con calma, dirigiéndome la mirada y dejando a Malo en el suelo.

—Hola...

—Me he tomado la libertad de entrar...

—Por supuesto, estás en tu casa.

Silencio incómodo. Intento adoptar un tono simpático:

—¿Has tenido un buen viaje?

—Sí, sin problema, no pensaba que llegaría tan pronto...

—Perfecto.

—¿Ha ido todo bien? ¿El niño no te ha dado muchos quebraderos de cabeza?

—Sí, me las ha hecho ver de todos los colores, pero unos colores magníficos. Se ha portado muy bien. No podía soñar un nieto tan... tan maravilloso.

Parece desestabilizada. El cumplido no forma parte de mi registro habitual. Para que se sienta más cómoda, hago que me acompañe. Malo nos sigue, cabizbajo.

—Ven. ¿Tienes sed?

—Oh, solo un vaso de agua, te lo agradezco.

—Hay Antésite, si te apetece.

—Gracias, solo agua...

—¡Láztima, eztá demaziado buena! —exclama Malo.

Me abstengo de corregirle, de decirle que nada es «demasiado» bueno, que la palabra «demasiado» indica un exceso, pero da igual, ya no me apetece seguir con eso y además ya se lo he repetido mil veces y parece haberlo olvidado. Leïla mira en derredor. Lo interpreto como una inspección, cuando quizá no sea más que curiosidad.

—Pues sí, este es mi pequeño paraíso. Es muy sencillo, pero se está a gusto.

—Me lo imagino —dice ella sin convicción.

Mientras bebe su vaso de agua, Malo le tira de la manga.

—¡Ven, te enzeñaré mi habitación!

—Buena idea, Malo, enséñale la casa a tu madre, y mientras iré a por tu ropa que está tendida.

Malo le hace los honores a su madre. Llorando de emoción, le oigo poner por las nubes estas cuatro paredes, ese dormitorio sencillo, poco amueblado y sobriamente decorado. No hay ni una pizca de ironía en su voz, eso es un rasgo de los adultos del que los niños son incapaces de hacer gala. Está sinceramente contento mostrándole a mi casi nuera lo feliz que ha sido en este lugar durante veintinueve días y un poco más de dieciséis horas. A merced de las puertas que se abren y cierran, su voz sube o baja en intensidad, perdiéndose en el edredón de una laxa aprobación. La visita acaba y no olvido darle propina al guía.

—Toma —digo, deslizando un billete de veinte euros en la mano de Malo.

—¿Por qué?

—Para ti. Por la visita. Y por haber hecho lo que has hecho durante las vacaciones. Cómprate unos caramelos. Así te acordarás de mí.

—Graciaz, Yayo Paria.

—¿Yayo qué? —pregunta Leïla, desconcertada.

—Yayo Paria. Es una broma entre él y yo.

—Ah. —Leïla resopla mientras llena otro vaso bajo el grifo del fregadero.

Le paso la mano por la cabeza a Malo y me divierto despeinándolo. Siento que Leïla está preocupada. Bebe un sorbo y se vuelve hacia mí.

—Pero ¿no hay tele?

Ya estamos. Ya no es mi nuera, es una asistente social.

—No. Al igual que aquí tampoco hay videojuegos que atontan o chicles que hacen que la gente parezca...

—¡Vacaz rumiantez! —Completa en el acto Malo.

—Eso es. Aquí todo eso está proscrito. Es una cuestión de principios.

—En todo caso, bravo, ha aprendido la lección —dice ella, retirando algo de su boca para tirarlo a la basura.

—Precisamente, si supieras todo lo que ha aprendido estos días... Es el alumno con el que cualquier profesor soñaría.

Leïla arquea una ceja, dubitativa, incitándome a proseguir en un tono que pretende ser conciliador.

—Con ello quiero decir: sí, es cierto, no hay televisión; sí, Malo ha debido de perderse muchos programas para los niños de su edad, muchos dibujos animados...

—Que le encantan.

—Sin embargo, ahora sabe qué es un banco de arena, para qué sirve el carrizo, cómo se recogía antiguamente la resina y de qué se alimenta el martín pescador..., ¿verdad, Malo? Sabe el ciclo de las mareas, por qué el agua del lago es dulce y no salada, cómo se repara un neumático pinchado o la hora a la que salen los erizos.

—Todo eso es esencial, en efecto —sentencia Leïla, cáustica, con una amplia sonrisa que descubre sus encías, parecida a la de una yegua.

—Sí, es esencial. Absolutamente esencial. Lo afirmo, aunque parece que lo dudes.

—Sinceramente, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? —Se ríe—. ¿Te das cuenta de lo que dices?

Y la risa se convierte —ya lo había adivinado— en un relincho agudo, entrecortado por un cloqueo.

—La hora a la que salen los erizos... ¡Esa sí que es buena!

Impasible, contemplo cómo Leïla se deshace literalmente en hipos caballunos. Veo relucir sus grandes dientes, bien plantados en una pasta de color fresa, con la absoluta felicidad del chiste fácil. Esa mujer llora de risa y deseo que pare. Pero lo peor no es eso. Lo peor es desviar la mirada hacia Malo y constatar que se muerde las mejillas para no estallar, él también, en carcajadas. Solo el miedo a traicionarme le impide —apenas— echarse a reír.

—¿Malo?

No hay respuesta.

—¿Puedes ir a hacerte la maleta, por favor?

Malo asiente.

—Gracias, muchacho.

Mi nieto se aleja, a buen seguro aliviado, entre las últimas carcajadas de una risa que se extingue. Miro a su madre, consternado.

—Ah, sí, me olvidaba de decirte una cosa.

—¿Sí? —Se ríe aún.

—Malo sabe cortar las anguilas vivas en varias rodajas regulares. Lo que más le divierte es ver cómo los trozos se mueven aún un buen rato después de cortarlos.

—¿Qué? —Leïla se atraganta agarrándose al fregadero, mientras voy a cerrar la puerta de la cocina.

—¡Sí, qué se le va a hacer! ¡Es la vida! ¡Así es la naturaleza! Te gusta la naturaleza, ¿verdad? ¿Vas en bicicleta por París y comes alimentos biológicos?

—¡Eso es asqueroso! ¡Estás completamente loco!

—Qué cosas dices... Te hablo de pesca y de gastronomía y mira cómo te lo

tomas.

Leïla se sirve otro vaso de agua.

—No me asustes... ¿Le has metido otras cosas del mismo calibre en su cabeza?

—Si quieres saberlo, le he hablado de cómo eran las cosas antes, de los tiempos en que en los trenes se podían abrir las ventanas y el viento se metía en los compartimentos, con fuertes ráfagas cargadas de olores campestres, de balasto y de lluvia, de los tiempos en los que los autobuses tenían plataformas detrás de las que corría la gente, a las que se agarraban, casi entre aplausos, donde se podía galantear casualmente atravesando París, de los tiempos en que las cosas se prestaban más a la poesía, mucho más que hoy en día. Como ves, nada malo.

—Tú y tus antiguallas... Con un poco de suerte me lo vas a convertir en un chiquillo triste, deprimido y negativo sobre su propia época. ¡Menudo lavado de cerebro!

—Para nada, al contrario, no hemos dejado de reírnos y de divertirnos, de disfrutar. Le he enseñado a mirar las cosas, a saborearlas, a recordar lo que es bueno y bonito. ¿Es eso un delito?

—Lo que tiene delito es instilar melancolía en el cráneo de un niño, donde no pinta nada. En su cabeza solo debería haber espacio para el futuro, la esperanza y la alegría de vivir.

—¿Alegría de vivir? Me la ha dado y se la he devuelto, para que lo sepas. Pero no hay alegría de vivir sin lucidez. Le he dicho cómo veo el mundo, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para ti o para el mundo?

—Para los dos. Solo he querido convertirle en una persona de bien. Y Malo comprende eso que llamas melancolía. Y además, ¿qué hay de malo en ser melancólico? ¿O en ser nostálgico? Eso ayuda a recordar que en otra época la gente tenía agallas, estómago, que la gente se comprometía, decidía su vida, era valiente, no temía la aventura, ni siquiera la aventura de tener un amor para toda la vida...

—¿Y que no se separaba por cualquier tontería? ¿Eso es lo que me vas a decir?

—Lo tenía en la punta de la lengua. Y entonces no se tenía una criatura a la ligera, sin pensar, así por las buenas, a ver qué tal, para separarse tres años después y abandonar a su hijo, llevándolo de aquí para allá o, peor aún, dejándolo todo el mes de agosto en manos de un viejo cascarrabias convencido de que ya nada será como antes y de que la humanidad está condenada salvo...

—¿Salvo?

—Salvo si, precisamente, pone su futuro en manos de un niño como el tuyo.

Leïla no puede contener una sonrisa furtiva, que reprime de inmediato. Con un gesto mecánico de pura conveniencia, o de pura compostura, lava el vaso y lo deja bocabajo en el escurrerplatos. Luego se enjuga las manos en sus caderas, reajusta un mechón detrás de una oreja, mira en derredor, como acorralada y, embarazada, me mira a los ojos.

—Bueno, creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos —concluye tristemente.

—Eso parece.

—Me cuesta entenderte, francamente, pero... gracias por Malo. Gracias por haberte ocupado de él, por haberle dedicado todo ese tiempo. Parece estar en plena forma.

—Soy yo quien ha recibido mucho de él. Lo que me ha dado no tiene precio. Un poco de esperanza, solo un poco.

—Mejor.

Con esas palabras, se oye un leve chirrido. Por la puerta apenas entreabierta asoma la cabecita de un Malo un poco confuso.

—Ya he acabado —dice.

—Nosotros también —le responde su madre, casi al mismo tiempo que yo.

Me lleva unos segundos darme cuenta de que en efecto se ha acabado. Que dentro de diez minutos en esta casa de Malo ya solo quedarán tres dibujos pegados en el Frigidaire. Y una presencia en una habitación que se siente que acaba de ser abandonada.

—Vamos a echar un último vistazo —digo con tristeza a Malo—. Comprobemos que no olvidas nada.

Me pongo a la cabeza del cortejo que, a pesar de ser reducido, tiene la gravedad de un entierro. Me arrogo el derecho de tomar a Malo de la mano, a lo que su madre consiente de mala gana. Con el rabillo del ojo la veo que se resigna con fingida ligereza, desmentida permanentemente por las ostensibles miradas que dirige a su reloj. Como brotes tiernos enredados alrededor de una vieja cepa, los dedos de Malo aprietan los míos. Tengo la piel de gallina. Las puertas se abren y se cierran.

—Aquí, nada... Ahí, todo en orden...

Llegamos al dormitorio, donde la pequeña maleta de mi interno está colocada como es debido sobre la cama. Tengo el corazón en un puño: en la perfección de ese orden percibo un apresuramiento que no esperaba. Un desorden sujeto a reproches nos hubiera hecho ganar tiempo.

—Bravo, Malo, está impecable —digo atragantándome—. Felicidades.

Ahí, un libro olvidado sobre un sillón de mimbre. Allá, un polo colgado bajo un madroño, esta mañana al sol pero ahora a la sombra. Aquí, las alpargatas cerca del grifo exterior, señal de que Malo, hasta el final, no ha olvidado limpiarse la arena de los pies al volver de la playa. El respiro entre pequeños descubrimientos y objetos hallados es, por desgracia, breve. Y más aún, pues no se me ha escapado que, después de la etapa de su habitación, Malo ha vuelto a tomar a su madre de la mano y no a mí. Estamos a punto de llegar al coche de esta cuando dos ojos grandes familiares nos llaman la atención: asomando el cuello fuera del garaje, con su cara cromada en la que luce una sonrisa forzada, nos recuerda su presencia.

—¡El León! —exclamo, feliz de ganar unos instantes—. ¿Has mirado dentro?

Malo ya se dirige hacia allí.

—¡Ahora mismo!

—Y no olvides despedirte de él, ¡es muy sensible!

Me vuelvo hacia Leïla, a la que no le cabe en la cabeza que se pueda saludar a un montón de chapa.

—¿Le acompañas? Ya verás, hice poner cinturón.

—No merece la pena, confío en ti.

—A buenas horas.

Más por voluntad de acabar de forma un poco armoniosa que por deseo o por educación, le propongo a Leïla, antes de que se marche, dar un corto paseo hasta la playa.

—Te lo prometo, merece la pena echar un vistazo —le digo con entonación de guía turístico.

Acepta de buen grado. Hablamos de los flotadores («Se los he puesto, aunque ha hecho muchos progresos en braza»), del barco («Por supuesto, llevaba el chaleco salvavidas») y de la pesca al cordel («Naturalmente, Malo no manipulaba los anzuelos ya que, además, están oxidados... Por cierto, ¿está vacunado del tétanos?»). Cualquier cosa vale, cualquier patético peloteo, cualquier fanfarronada, si permite retrasar el momento de la partida.

Hablemos de la partida. O quizá sea mejor que no, quién sabe. Cuando Leïla y yo regresamos de la playa, me llevo una sorpresa al ver a Malo instalado ya en el asiento trasero del coche de su madre, dispuesto a partir. La palabra «sorpresa» es débil y también yo me siento débil; a decir verdad, ya no siento mis piernas. ¿Me estará engañando un reflejo, una bolsa o un reposacabezas? Me inclino para ver mejor, pero no: detrás del vidrio, es Malo quien se encuentra ya en el asiento. No me lo puedo creer. Su madre tampoco y, molesta, abre la puerta y le dice a su hijo, en un tono falsamente juguetón:

—¿Qué pasa, Zouzou? —«¿Zouzou?»—. ¿No vas a despedirte del abuelo?

—No pasa nada, da igual —digo con el corazón partido por ese leve olvido.

La verdad es que aunque Malo actúa como todos los niños cuando se les pilla en falta, mordiéndose el labio inferior y arqueando las cejas en señal de embarazo, el mal ya está hecho. Peor aún, porque haciendo eso incluso empeora la situación. En un instante acaba de echar a perder un mes de proximidad. En un instante acaba de recordarme, sin enfrentamiento, con cuidado, la infinita distancia que me separa de su madre. Esa distancia no hay manera de reducirla o de llenarla, ni siquiera parcialmente, ni con todo el amor, ni con todos los flotadores, ni con todos los helados de Pinocchio del mundo. Eso es lo que trato de aceptar al abrazar a Malo contra mí, eso es lo que trato de olvidar con unos balbuceos graciosos que nadie se cree.

—¡Ay! ¡Qué despistados son estos artistas! ¿Así que ibas a marcharte por las buenas, sin decirme adiós? ¿No te habrá dado demasiado el sol en la cabeza?

—Perdón, Yayo Paria —dice avergonzado, con los ojos húmedos.

—Paria, esa es la palabra adecuada... Ya está, ¿acaso yo lloro?

—Bueno...

—Sí, vale, ya basta, va, ¡vete! ¡Y ponte el cinturón! ¡Y llamadme cuando lleguéis! ¿Prometido?

Una mano se tiende hacia mí. Me sorprende estrechándola.

—Adiós, Leïla. Que tengáis buen viaje, no corráis...

—Gracias por Malo de nuevo... ¿Estarás bien?

—Perfectamente. Ya he pasado por cosas peores. Vamos, sé amable y marchaos de prisa ahora.

El coche arranca. Malo me saluda a través de la ventanilla y luego se vuelve completamente y me hace más señales tardías, irrisorias, a través de la luna trasera. A medida que el coche se aleja, debe de ver mi silueta reduciéndose y reduciéndose. El abuelo que ha visto cosas peores ya no es, en ese instante, más que un hombrecillo bajo la copa de los pinos, un insignificante abuelito cuyos brazos, aún doloridos por haber llevado a cuestas a un niño, siente como si estuvieran rellenos de arena de la duna. Y cuando el coche desaparece en la esquina del camino, una voz extraña me ayuda a mantenerme en pie y evita que me hunda completamente.

—Cada uno tiene sus lealtades —me susurra al oído—. Tú a tus antiguallas. Él a su madre. De una pieza. Entero, como son los niños. No vas a cambiarlo, te da pena, pero deberías sentirte orgulloso: es como tú, es clavado a ti, es tu nieto.

No sé de dónde saco las fuerzas, pero la verdad es que no puedo evitar que el tintineo de esas palabras me haga sonreír. Sí, sonrío, y no a cualquiera. A esos que pronto me van a abrir sus puertas. A los ángeles.

EPÍLOGO
Jean, Malo y el Viejo

Es un apartamento como muchos otros en París. Desde fuera, apetece entrar porque la atmósfera parece muy agradable, la luz es suave, difundida por unas viejas pantallas dispuestas un poco de lado cerca de las ventanas. Dan ganas de ponerse de puntillas o de pie sobre los calapiés del *scooter* para echar un vistazo al interior, protegido por la noche. Pero en el interior, una vez ascendidos los dos pisos de una escalera pintada de marrón, después de pulsar un timbre ronco, a buen seguro te decepciona que sea tan pequeño, demasiado pequeño. Es cómodo, por supuesto, pero las ventanas eran favorecedoras y la apariencia, engañosa: ahí se acumulan un sofá, una mesa que se vence bajo las pilas de documentos en curso, un dormitorio y despacho en el que se encuentra la cama, un dormitorio infantil garabateado con rotuladores, libros amontonados, DVD esparcidos, una cocina no muy grande y un baño en el que los espejos se entelan por nada. No hace falta decir que se visita enseguida.

Al observar en sección ese apartamento de muñecas, se ve a un niño de nueve años en su habitación, mirando unos dibujos animados en el ordenador, mientras un hombre, probablemente su padre, va de habitación en habitación, visiblemente un poco nervioso, en primer lugar, porque el agua de los espaguetis tarda mucho en hervir a pesar del gas a tope, y además porque la mujer a la que conoció la semana anterior en casa de unos amigos, esa mujer que no le desagrada, también se toma su tiempo para responder a su SMS. Por la noche, a la hora del informativo, la televisión baña la sala con una claridad azulada que parece querer decir «Que tengáis dulces sueños», pero que en realidad solo está ahí para hacer digerir, durante la cena, las peores pesadillas del planeta. La locutora tiene una voz monocorde y su bótox no ha envejecido, conoce a los grandes de este mundo y a los mediocres de su mundillo, sabe pestañear o modular su timbre cuando hay que sentir compasión al anunciar unas muertes y, ánimo, sonreír de nuevo cuando una estrella norteamericana visita el plató para vender su último churro. Todo ello ronronea apaciblemente y podría hacer arrancar a hervir el agua de una olla, e incluso calmaría suavemente a un hombre en estado de ebullición, pero una gota de agua aparentemente anodina, una sola gota, cambia en ese instante el curso de las cosas: una de esas inofensivas gotas de agua que hacen desbordar la superficie de las cosas.

—¡Malo!

—...

—¡MALO!

—¿Sí?

—¿Qué estás mirando?

—¡Nada!

—¿Con quién hablas?

—¡Con nadie!

Jean acaba de vaciar el paquete de espaguetis en la olla. Debido a los incesantes viajes de Leïla, ha obtenido finalmente la guarda y custodia de Malo. Desde entonces prepara pasta con todo tipo de salsas y las recetas de espaguetis ya no tienen secretos para él. Con las prisas, se quema con la olla, se enfada, pasa la mano bajo el agua fría, tira como es debido el embalaje de plástico en la basura de reciclaje —la amarilla— y luego va rápidamente a la habitación de su hijo. A pesar del dibujo clavado con chinchetas en la puerta, en el que se ve a un pitbull armado con un martillo que dice «Si entras, te pego», Jean abre sin contemplaciones.

—¿Te estás burlando de mí o qué? ¿Con quién...?

Frente a él, el Viejo, o por lo menos su rostro, en la pantalla del ordenador, en primer plano, un poco borroso, ligeramente en contrapicado pero muy presente. El Viejo no le ve —solo ve a Malo—, pero adivina la situación y sonrío.

—Hola, hijo —dice para acudir en auxilio de su nieto.

—¿Papá? —balbucea Jean, apoyándose en la cama de Malo.

—En carne y hueso. Bueno, casi.

De un golpe de cadera, Jean aparta a su hijo y ocupa su lugar en la cama. Luego empuña el portátil con ambas manos como se agarra a un tipo por las solapas de la chaqueta para alzarlo del suelo y hablarle mirándole a los ojos.

—Cuidado, esto se mueve...

—¡Mejor! —exclama Jean—. ¿Ahora me ves?

—Basta, la cabeza me da vueltas.

—Ya está, dejo la pantalla. ¿Ahora me ves?

—¡Muy bien! Demasiado, incluso... No hables tan cerca, me estás echando perdigones.

Malo reprime una carcajada. Al ver eso, Jean se desmorona, realmente abatido.

—Vale, vale. De acuerdo. ¿Podéis explicarme los dos qué pasa? —dice con un hilo de voz, intentando recobrar el aliento y mirando alternativamente la cara de su hijo y la de su padre, que, por un sortilegio que la técnica no logra explicar completamente, parece la de un decapitado que siguiera hablando después de pasar por el cadalso.

—Pues... —Comienza Malo.

—¿No conoces Skip? —Encadena el Viejo, satisfecho de su efecto.

—Skip es un detergente, papá. Sí, sé qué es Skype.

—¡Skaiiip, si prefieres, qué puñetero! Cómo sois con eso del inglés...

—Lo siento, pero se pronuncia así, qué le voy a hacer; pero esa no es la cuestión, la cuestión es: ¿qué estás haciendo en Skype ahora mismo?

—Yo también me alegro de verte.

—¡Basta! ¡Ponte en mi lugar! Desapareces durante un año, sin que haya tenido

«ninguna» noticia tuya, me preocupo y de repente apareces ahí, como por arte de magia, sonriente, sobre la cama de mi hijo. Entiendes que esté un poco enfadado, ¿verdad? Y en primer lugar, ¿puedes decirme de qué conoces Skype?

El Viejo saca pecho.

—¿«De qué conoces Skype»? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—¡Me da igual! ¡Respóndeme de una vez!

—Pfff...

Ante la sonrisa burlona de su padre, Jean se dirige a su hijo:

—¡Dímelo tú, ya que tu abuelo es incapaz!

—Pues... —Comienza Malo.

—¡Oye, Jean, que no es culpa suya! —Gruñe la voz en la pantalla—. Has obtenido la custodia de tu hijo, muy bien, pero no lo aproveches para desahogar tus nervios con él.

—Vale, ya me calmo. —Jean suspira, cada vez más abatido—. Pero tenéis que contármelo todo. ¿Desde cuándo lleváis con esto? ¿Y cómo empezó?

—Si te calmas, te lo explicaremos, ¿verdad, Malo?

—De acuerdo, Yayo Paria.

—Espera. Primero voy a apagar el fuego de los espaguetis —dice Jean más tranquilo, poniéndose en pie, para tocar de pies en el suelo y asegurarse de que no está soñando.

Diez segundos más tarde, está de vuelta. Se sienta en la cama, cómodamente, con el ordenador sobre las rodillas. A sus pies, unos Lego. A su lado, Malo, pero también una pantera negra, un Marsupilami y un oso blanco. Frente a él, un viejo león, de melena y fino bigote blancos, de porte aún soberano y con las garras intactas.

—Bueno, soy todo oídos —dice Jean, mirando a la pequeña cámara.

—Adelante, pregunta.

—En primer lugar, ¿puedes decirme dónde estás?

—En casa de mi hermano.

—¿Tío Dundee?

—Solo tengo un hermano.

—¿En Dundee?

—Me sorprendes.

—Podría llamarse «tío Dundee» y ya no vivir en Dundee.

—Es cierto. Para el caso, sigue viviendo en Dundee. Por lo menos, no muy lejos, en el campo, en un pueblo a orillas del mar llamado Albroath.

En ese momento se oyen unos pasos y una cabeza grande y roja con cuello de cisne aparece en la pantalla. El sosias del Viejo, más jovial y sin cabello ni bigote.

—*Hello* —dice la cabeza roja con una voz estentórea que hace temblar las paredes.

—¿Tío Dundee?

—*Himself*. —La cabeza se ríe.

—Ha oído su nombre y ha querido saludar —casi se excusa el Viejo.

—¡Bien hecho! —responde Jean, emocionado—. Salúdale de mi parte... ¿Se acuerda de mí?

—¡Evidentemente! La última vez que te vio debías de tener quince años, no has cambiado mucho.

—Casi nada.

—Y además tengo fotos de ti y de Malo en mi habitación.

—Muy amable. ¿Y el póster de Leïla ocupa mucho?

—Muy gracioso. Bueno, ¿seguimos?

—¡Por supuesto! —exclama Jean, al que la situación empieza a divertirle—. ¿Qué estábamos diciendo?

Pero la voz gruesa retruena de nuevo, cómicamente fuera de campo.

—*Bye, everybody!*

—Es el tío Dundee, que se despide de vosotros —cree necesario precisar el Viejo, impasible.

—*Bye, uncle Dundee!* —exclaman a coro Jean y Malo y la escena se vuelve surrealista, digna de una serie norteamericana completamente inventada.

El Viejo no falla.

—*Bye uncle Dundee...!* —repite en una parodia perfecta, presa de un ataque de risa—. ¿Os habéis oído? ¡Os aseguro que habla francés como nosotros!

—Bueno, pero ya lleva muchos años ahí. Podría haberlo olvidado... ¿Aún se dedica a pescar salmones?

—Sí, claro, es su pasión. Aquí funciona mejor que en Irlanda y lleva a los turistas de excursión, con un fuego de campamento incluido. Y a su regreso, ¡yo me lo como!

—¡Muy bien! Y además es muy sano. Bueno, ¿dónde nos habíamos quedado?

—En Skip..., perdón, Skype —logra decir el Viejo entre hipos.

—Sí, eso es. Explicadme, ¿cómo os conectasteis?

—Fui yo... —murmura Malo.

—¿Y cómo?

—Sospeché que estaba en casa de mi hermano —prosigue el Viejo—. Le hablé mucho de él en Lacanau. Así que ya ves, son cosas de su edad, buscó en internet, probó varias direcciones, con punto y sin punto, hasta que tecleó «tiodundee@gmail.com».

—¡Y funcionó!

—Tu hijo es muy listo.

Jean se frota los ojos.

—Deja que me pellizque, ¿eres tú el que habla así? ¿Seguro que eres tú? ¿No eres un clon? ¡Hace un año ni siquiera sabías que existía internet! No me lo puedo creer, ¡«tiodundee@gmail.com»!

—No exageres... Y, además, hay que vivir nuestra época, ¿verdad? —El Viejo se ríe, irónico.

—Sigamos. ¿Y qué más?

—Entonces tu hijo le envió un *mail* a mi hermano.

Jean se vuelve hacia Malo.

—¿Tú tienes una dirección de correo?

—Utilicé la de mamá, dando mi nombre.

—Mira tú qué bien... ¿Y luego?

—Luego fue todo muy fácil —prosigue el Viejo—. Se abonaron a Skype y ¡zas! Pude comunicarme con mi nieto en directo, con imagen y sonido.

—Pero ¿desde cuándo?

—No sé... ¿Hará tres o cuatro meses? ¿Eh, Malo?

—Pues... sí...

Jean se frota de nuevo los ojos, aspira hondo, espira con fuerza, mueve la cabeza y hace trabajar las cervicales como un atleta desconcentrado que se calienta para disipar el pánico ante todos los obstáculos que se alzan frente a él.

—¿Estás bien? —Se inquieta el Viejo—. Estás muy pálido. Puedo verlo incluso desde aquí.

—Estoy bien. Solo que..., bueno, no tengo palabras. No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no te puedes creer?

—¡Que llevéis esto entre manos desde hace cuatro meses! ¡Los dos! ¡A mis espaldas! ¿Cómo tengo que tomármelo? ¿Os lo habéis preguntado? ¡Estoy muy dolido! ¡Es una situación muy violenta!

—Íbamos a decírtelo, papá —aventura Malo, preocupado al ver que a su padre le brillan los ojos.

—Pero queríamos alargar un poco las vacaciones en Lacanau... solos los dos. ¿Lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Os habría dejado en paz, os lo aseguro. Pero por lo menos no me habría preocupado tanto por ti...

El Viejo tose y no se rinde:

—Y además era nuestro secreto. Y un secreto es sagrado, ¿no crees?

—No lo sé, ahora mismo estoy perdido. Pero a ti, papá, ¿no te preocupaba que un niño de nueve años tuviera que cargar sobre sus hombros con el peso de un secreto? ¿No te planteaba ningún problema?

—No, con Malo no. Y, además, sabíamos que un día lo descubrirías, sospecharías algo...

—¿Sospechar? ¡No me lo puedo creer! ¡Te estás burlando de mí! —Estalla Jean, harto—. ¿Cómo iba a sospecharlo? Con un hijo al que suponía jugando tranquilamente a los Sims, por la noche, en mi ordenador, y un padre que le dio la espalda a la tecnología desde la invención de la máquina de coser. ¡Aún te oigo hablar de internet, de los portátiles, de los *mails* y de todas esas «gilipolleces», como decías! Y ahora vienes con toda la pachorra hablando de la conexión a través de Skype, ¡con imagen y sonido! ¡«Sospechar»! ¿Y qué más? ¿Estás loco? ¿Crees que

soy Nostradamus y puedo adivinar las cosas? Francamente, ¡a mí no me vengas con esos cuentos!

Silencio. En la pantalla solo se ve un cráneo. El Viejo reflexiona, cabizbajo. Luego con ese ligero desfase, ese ralentí descompuesto que, en Skype, da la sensación de estar hablando con un cosmonauta en su módulo espacial, su rostro reaparece en primer plano, muy cerca de la cámara y un poco deformado por el ángulo. En la cama, los peluches parecen más vivos que Malo y Jean, a los que la espera ha convertido en estatuas.

—Ante todo, sé amable —ataca el Viejo—. No tengo pachorra. Soy un padre que, precisamente, temía lo que está ocurriendo.

—¿A saber?

—Que su hijo le reproche ser un chaquetero.

—No lo entiendo.

—¿Lo haces a propósito? Te burlas de mí por haber descubierto de repente las virtudes de esas cosas después de haberlas criticado mucho, sí, es cierto. Bueno, por lo menos he descubierto las de Skype. ¡Esto de Skype es genial!

—Sí, como muchas cosas hoy en día, ya lo sabes. ¡Finalmente lo reconoces! Ya es algo. Más vale tarde que nunca.

—Tú lo has dicho. El problema es que «nunca», cuando tienes casi ochenta años, es enseguida. Así que para poder hablar con mi nieto, desde lejos, sí, he cambiado de opinión. O, por lo menos, «él» me ha hecho cambiar de opinión. Me ha abierto los ojos... y los oídos, en este caso.

—Ya ves que de algo sirve tener descendencia y salir de la propia burbuja. Pero no es eso lo que te reprocho... Me sabe mal que, de no ser por esta noche, habríais seguido mucho tiempo con vuestro juegucito.

—No te equivoques. Malo quería decírtelo. Y yo también. Sabíamos que en algún momento nos descubrirías, así que preferíamos tomar la iniciativa. Es como la pesca al cordel...

—Hasta una anguila desconfiada acaba por picar un día... —Completa Malo.

—En cualquier caso, veo que habéis aprendido mucho uno del otro —se entenece Jean.

—Leïla me lo dijo un día. ¡Habrá que pensar que está de moda el encuentro entre generaciones!

—¡Qué jeta, papá! No me hables de modas, ¿eh? Ni de tendencias, ni de nuevas corrientes. Tú no. Por el hecho de que tu nieto te haya iniciado en Skype, no te las des de ejemplo de modernidad.

—La anguila te agradece tu sinceridad —concluye el Viejo, algo irónico.

—Y la pequeña anguila debería hacer lo mismo —murmura Jean al oído de su hijo.

Transcurren unos segundos sin que nadie diga una palabra. El silencio que se instala entre esos tres rostros es tal que diríase que se ha apagado el sonido, no solo

en la red, sino en todo el apartamento. El menor ruido parece ahogado bajo los cojines, mantenido a raya por el oso blanco. Y, de repente, la voz del Viejo:

—Tengo sed.

—¿Qué?

—Perdón, pero es la hora de mi Glen Moray. Un dieciséis años fabuloso, de sabor ligeramente azucarado, al que no me puedo resistir. Todo el viento y la turba de los Highlands en un vaso que mi hermano tiene la feliz idea de servirme cada noche, junto a la chimenea. Justo antes de cenar. Aquí es una tradición sagrada. No puedo faltar, ¿verdad que no te importa?

—No me importa. En cualquier caso, no será eso lo que te eche en cara. Por lo menos, a condición de que un día me dejes probar ese Glen lo que sea...

—Glen Moray. Te lo prometo. ¿Quedamos en que mañana retomamos la programación?

—De acuerdo. A la misma hora y en la misma cadena. Buenas noches, papá.

—Buenas noches, hijo. Buenas noches, Malo.

—Buenas noches, Yayo Paria...

Y la pantalla del ordenador se llena de noche. Y Malo y Jean, sin confesárselo, ven en ello confusamente un triste augurio.

Al día siguiente, a la misma hora, en el mismo lugar, en la misma cama. Para hablar con su padre, Jean casi tiene que pedirle permiso a su hijo. Este le deja un poco de sitio —una esquina del colchón, para ser exactos—, pero de mala gana. Hay que decir que el ritual entre el anciano y el niño está muy establecido. Y desde mucho tiempo atrás.

A la hora exacta, el rostro del Viejo aparece en la pantalla y se ensombrece de golpe; no es Malo quien se halla al otro extremo de la línea.

—¡No saltes de alegría! ¡Diría que pareces contento de verme! —Le chincha Jean.

—¡Ponte en mi lugar! Esperaba encontrarme una carita de niño...

—Y descubres la cara de un adulto.

—Eso es. Supongo que entenderás mi sorpresa.

—Yo aún estoy más sorprendido.

—¿Por qué?

—¡Al verte ahí, en la pantalla! No me lo puedo creer. Tengo que pellizcarme para creérmelo...

—A todo se acostumbra uno.

—¡Mira quién habla! ¡No hay nada tan emblemático de nuestra época como

Skype! No he dejado de darle vueltas desde anoche. Nunca dejarás de sorprenderme.

—Ya te lo he dicho, ¡la gente cambia!

Jean y Malo se miran.

—Solo quiero decirte una cosa y luego te paso a Malo, te lo prometo. No me has explicado... ¿cómo te dio por marcharte de golpe, como si te hubieran dado ganas de mear?

En la pantalla, el Viejo estalla en una risa franca. Baja la cabeza, la sacude, reflexiona. Cuando vuelve a alzarla, su expresión ha cambiado completamente.

—Como si me hubieran dado ganas de mear, es eso exactamente. El crío me disculpará, pero hablando en plata diría: ganas de vomitar. ¿Sabes qué hizo que me marchara?

—No precisamente.

—Una cosa que vi en la televisión...

—¿En la televisión?

—Sí, por accidente... Fue un sábado, en Garches, no tenía nada en la nevera así que decidí ir a cenar temprano a un restaurante no muy lejos, un chiringuito barato, sin pretensiones pero correcto. No tuve suerte porque, como esa noche había partido de fútbol, el dueño había decidido poner un televisor nuevo, de pantalla gigante, para atraer a la clientela. Ya puedes imaginarte lo que pasó: yo ya había pedido cuando encendió muy orgulloso su nueva joya.

—¿Y entonces?

—Pues... no iba a marcharme, era demasiado tarde, y con lo amable que es el dueño no podía dejarlo ahí plantado con el plato del día. Así que me quedé. Y lo soporté. Soporté las noticias del mundo, sin fin, recitadas por una pareja bien parecida, un tipo de cabellos lacados y una moza, bastante de buen ver por cierto, tipo azafata, un pelín vulgar pero que no estaba mal.

—Menos mal. ¿Y entonces?

—Entonces vi y oí, durante treinta minutos, una especie de inventario sin pies ni cabeza del horror, una letanía de bombardeos, de civiles muertos, de niños masacrados, de ricos demasiado ricos y de pobres siempre pobres, de bosques diezmados y de animales en desbandada... Un concentrado de impotencia, de cobardía y de injusticia, algo realmente desesperante para los hombres. Y todo ello recitado con idéntico tono por la rubia y su comparsa, con aspecto de que les parecía de lo más normal. Veo que sonríes... Lo sé, a mi edad parece una idiotez, ¿verdad?

—No he hecho nada —murmura Jean, atónito.

—No sé cómo decírtelo, Jean... Lo lamento, no es muy alegre, pero... frente a mi plato ya frío fui presa de una verdadera cólera, una cólera de adolescente, un poco ingenua, radical, maniquea, pero sana. ¿Te acuerdas de *Hibernatus*? Te llevé a verla, es esa película de un tipo al que descongelan después de dormir durante décadas. Pues yo tenía la misma cara que el protagonista frente a su televisor, cuando descubre los submarinos, los misiles y las bombas... Salvo que en mi caso no hubo ni una

mueca, nada de mímica, nada divertido. Estaba pasmado, asustado y sentía náuseas. Así que me marché. Cerré la casa y me llevé algunos objetos personales, unas fotos, tres maletas; lo cargué todo en el maletero del León y en marcha. Un trecho en barco, algunas carreteras secundarias y cuatro días después llegaba a buen puerto. ¡Sin remordimiento alguno! Al fin y al cabo, tu madre hizo lo mismo cuando se marchó con ese teatrero de casino de pueblo que ocultaba su estupidez bajo una barba de profesor sindicalista.

—Lo mezclas todo, papá. ¿Volverás?

—Aún no lo sé. Creo que sí... Echo de menos Lacanau... y a vosotros también. ¡Venid a verme!

—¿Y por qué no? Pero la verdad es que Escocia queda lejos. Y por cierto, eso tampoco me lo has dicho, ¿por qué a Escocia?

Jean adopta un tono juguetón para que no sospeche que desea cambiar de tema, pero el Viejo no recela y sigue sincerándose:

—Ante todo, y por descontado, porque aquí está mi hermano. Y porque, como en algunos lugares de Irlanda, nada ha cambiado, o muy poco. Las landas son vastas, inmaculadas, salvajes. En los pueblos, la gente queda unos con otros, van al *pub*, juegan a dardos, beben, cantan, bailan, pescan en un agua aún limpia, se sienten orgullosos de su cultura y respetan las tradiciones, no se avergüenzan de ellas, al contrario. ¡No es de extrañar que quieran la independencia! Cuando ven el espectáculo que ofrecen nuestras tierras no tienen ningunas ganas de ser contaminados y, entre nosotros, les comprendo. Aquí la gente es valiente, digna, recta. Aprecian lo que han construido. Qué quieres que te diga..., si aquí los hombres llevan faldas y no pantalones cortos ceñidos quizá sea porque tienen más cojones que nosotros.

—¡Papá! Malo está aquí. Puede verte y oírte.

—¡Mejor! Que aprenda el lenguaje de sus antepasados, pues aunque quizá fuera un poco subido de tono y picante, no lo niego, ¡francamente, no había color!

Jean aprovecha la ocasión.

—Justamente, si te parece, nos despediremos antes de que suba más el tono.

—¡Lástima! ¡Con lo bien que nos lo estábamos pasando!

—Lo sé, pero necesito el ordenador para trabajar y pronto será hora de cenar. Os dejo un rato mano a mano y luego apagamos. ¿Prometido?

Y los dos compinches, como si los hubieran pillado en falso y demasiado obedientes para ser sinceros, exclaman a coro:

—¡Prometido!

Durante más de un mes, el sacrosanto cara a cara cotidiano proseguirá día tras día, sin un solo minuto de retraso. En la habitación, a la hora convenida, Jean oye cada noche la misma partida de *ping-pong* verbal, con muchas risas y exclamaciones. No le pasaría por la cabeza perturbar esa conversación.

Pero esta noche es diferente. Esta noche el Viejo celebra sus ochenta años y Jean tiene intención de sumarse a la fiesta. Hay que decir que además del pastel de merengue con nata con unas velas altas como baquetas de tambor, él y Malo le han preparado al Viejo una sorpresa que debería encantarle: su visita a Escocia las próximas vacaciones, materializada con dos billetes de avión de ida y vuelta colocados en lo alto del pastel.

En un ambiente de conspiración, se encuentran sentados frente a la mesita sobre la que está dispuesta la linterna mágica de los tiempos modernos. Su excitación es tal que un gesto torpe está a punto de derribar las velas como bolos, provocando el pánico y la combustión instantánea del arca de Noé. Para que la iluminación sea más espectacular, han apagado la luz. Se oyen algunas carcajadas y risas ahogadas, como dos criaturas a oscuras que los padres creen que duermen, dos críos que se disponen a hacer una trastada.

El ordenador está encendido y emite un halo azul sobre los rostros de los dos conspiradores mientras las velas proyectan por doquier unas sombras fantasmagóricas. Son las siete en punto. Después de los tres avisos que adoptan la forma de un breve tono, se abre el telón ante una imagen instantánea que parece surgida del cosmos. Las risas han cesado, reemplazadas por los nervios y también por la emoción. Los corazones de padre e hijo laten al unísono, parece inminente.

El tono ha callado. A la par, Jean y Malo inspiran profundamente para entonar un estentóreo «¡Feliz cumpleaños!», pero en cuanto aparece la imagen en la pantalla se quedan boquiabiertos, sin resuello ya que el rostro que se halla ante ellos no es el del Viejo, sino el de tío Dundee, devastado por las lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —Reacciona Jean, empuñando y luego sacudiendo el teclado del ordenador, como si estuviera averiado.

Transcurren tres interminables segundos durante los cuales se buscan, se miran, se sitúan. Finalmente se oye la voz del tío, muy fatigada:

—*You see me? It's ok?*

—*Yes, it's fine. What happens?*

—*I'm sorry, Jean... So sorry... It's your father... Your father is dead.*

—¿Qué? —replica Jean, incrédulo.

—*He's dead... He's dead today... On his birthday...*

—¡No puede ser! ¿Cuándo? ¿Cómo...?

El tío ya no le escucha. Solo se ve su cabeza agachada y solo se oyen sus sollozos. Se han abierto las compuertas. Al ver la carcasa de ese gigante estremecido por la pena y sus hombros como sacudidos por el frío a pesar del eterno jersey de lana gruesa, Jean comienza a darse cuenta de que sí lo ha entendido. No se trata de una

avería del aparato ni de un problema técnico de la transmisión por el que la imagen de su padre ha sido sustituida por la de un doble suyo llorando. El Viejo ha vivido, hoy, su último cumpleaños.

No tanto por traducirle la noticia como por oírse decirlo y así convencerse, Jean abraza a su hijo y simplemente le dice:

—Tu abuelo ha muerto.

La traducción ya es inútil, en efecto; Malo ya ha apagado las velas del pastel.

En ese halo súbitamente fúnebre, un hombre y su hijo contemplan ahora la patética imagen de un escocés corpulento y de mejillas afectadas por la cuperosis intentando serenarse. El pastel se halla bajo la mesa, fuera de lugar, con los dos estúpidos sobres encima. Jean rompe el silencio.

—Cuéntanos, por favor.

En la pantalla, el tío se suena la nariz. La tormenta ha amainado. Ahora parece capaz de articular alguna cosa.

—*Well...*

—¿Puedes hablar en francés? —le interrumpe Jean—. Por el niño.

—*Ok, but... just before...*

Con un estruendo de silla al arrastrarla, el gigante se levanta de golpe y se vuelve. Jean y Malo le ven desaparecer del campo de visión, oyen ruido de botellas y luego unos pasos que se aproximan. El tío vuelve a sentarse en el mismo lugar, con una botella de *whisky* en una mano y un vaso en la otra. El trago que se sirve evoca a Malo la dosis de zumo de manzana que engulle después de un partido de fútbol. Solo falta la pajita y la merienda. Jean no se atreve a hablar, no es el momento. Se conforma volviéndose hacia Malo, buscando su complicidad. Este, con los codos sobre las rodillas juntas y el mentón apoyado en sus manos, mira hipnotizado la pantalla. Una lágrima enorme, redonda y resplandeciente como el cristal, brilla en cada uno de sus ojos. Aunque no se pueda leer en ellos el futuro, sí se lee un pasado próximo en el que un anciano, hecho de certezas, afirmaba a su nieto que los niños no lloran. En realidad, Malo no está llorando. Simplemente deja que esas dos lupas crezcan entre sus párpados para medir mejor la enormidad de lo que acaba de pasar.

—Te escucho, tío...

—Vale.

—¿Seguro que estás bien?

—Ahora un poco mejor.

—Cuéntanos qué ha pasado.

El tío se aclara la voz, respira hondo y hace acopio de fuerzas.

—*So...* Esta tarde, tu padre, como de costumbre —pronuncia con cierto acento inglés—, ha ido al acantilado, al más alto de Albroath, decía que era «su» acantilado...

—¿Iba cada día?

—*Everyday...* Cada día. Se marchaba cada día con el León, ya sabes, el coche,

para ir a ver el mar.

—El mar... «Su» mar —corrige Jean.

—Sí, «su» mar —prosigue el tío—. Para verlo, iba hasta el final de la pequeña carretera, a un kilómetro. Allí le han encontrado unos pescadores que le conocían. Sabían que... era... mi hermano. Y me han avisado. Ha tenido un... eh... ya sabes... *heart attack*...

—Un ataque al corazón —dice Jean, para aclararlo.

—Eso es.

—¿Había tenido algún aviso?

—Sí, varios. Pero ya sabes cómo era mi hermano, ¿verdad?

—Sí, claro, lo sé... Tu hermano también era mi padre... ¿Llevaba algo consigo?

Por primera vez, una vaga sonrisa se dibuja en el rostro del tío, que recupera a propósito la versión original:

—*Yes... a very good scotch whisky... «Dieciséis años de crianza» as you say... in a flask, you know...*

—Una petaca.

—Sí. Así que, *cheers, brother!* —exclama el anciano, levantando su vaso hacia el cielo, y acto seguido se lo bebe de un trago y se queda contemplando el fondo un momento, perplejo. Luego prosigue, con la voz quemada por el alcohol:

—Quería brindar con el océano por su cumpleaños. Los médicos le habían dicho que dejara de beber, pero no le hacía caso a nadie.

—A quién se lo vas a decir... —dice Jean, sonriendo con tristeza a Malo—. ¿Y nada más?

—¿Nada más?

—¿No le han encontrado nada más encima?

—Ah, sí. *A phone*. Un móvil.

Jean está a punto de caerse del sofá.

—¡Un móvil! ¡Esto sí que es el colmo! ¿Mi padre con un móvil encima? ¡Si decía que era la plaga del mundo moderno y que el mundo moderno era una plaga! Lo de Skype me sorprendió, pero un móvil...

—Lo sé.

—¿Y cómo lo consiguió? ¿Lo compró?

—No. Fue un regalo.

—¿Un regalo? ¡Si no le gustaban los regalos! ¿Un regalo de quién?

—Mío.

—¿Y lo aceptó?

—Sí, le dije que de lo contrario iba a echarle de casa —reacciona el tío, con la voz y las mejillas calentadas por el alcohol—. *No choice!* Me preocupaba su salud y quería poder contactar en cualquier momento con ese viejo..., ese viejo cabrón. Se dice así, ¿verdad?

—Exactamente así. —Jean sonríe—. ¿Y para qué le servía el móvil?

—Para llamar en caso de problema, pero yo tenía prohibido molestarle.

—¿Estabas en su lista de contactos?

—¿Contactos? Pues... no lo sé. Sabía mi número de memoria.

—Mira por si acaso...

En la pantalla, el tío manipula el móvil con precaución de ornitólogo. Sus manos, rojas y nudosas pero sorprendentemente delicadas, hacen gala del mismo cuidado con que se extrae un mensaje de amor de entre las garras de una paloma mensajera.

—Ahí está —anuncia—. En los favoritos solo hay un nombre... y no es el mío.

—¿Quién es?

—Malo.

Jean mira a su hijo. Los ojos del niño brillan sin que pueda saberse si son lágrimas u orgullo. Jean se decanta por la segunda opción. Ahora ya no cabe detenerse.

—¿Y las llamadas? ¿Has mirado la lista de las llamadas realizadas? ¿O de los mensajes enviados? ¡Quizá trató de pedir ayuda!

Al otro lado de la pantalla, los dedos rechonchos del tío vuelven a danzar sobre el vientre caliente del móvil. Con un suave tintineo, lo examina, lo ausculta, lo palpa y le toma el pulso. Malo está completamente volcado sobre la pantalla. Ya está al otro lado del espejo, con los ojos como platos, boquiabierto, absorto.

—¡Sí, ya lo tengo! —exclama triunfal el tío—. Hay un mensaje, con fecha de esta mañana, pero que se ha quedado en la bandeja de salida. Aquí hay muy poca cobertura.

—Cosa que debía de gustarle a papá —añade Jean—. ¿Y para quién es ese mensaje?

—Para el único nombre que figura en los contactos. Para Malo.

Esta vez todos se miran. El silencio cae sobre la habitación como una losa. Incluso los peluches parecen haber callado en el acto. Con dificultad, como un explorador cargado con una bolsa de oro demasiado pesada para él, el tío finalmente aventura:

—¿Puedo leerlo?

—¡Oh, sí! —responde Malo, con un resuello sordo que parece un grito del corazón.

Con cierta ceremoniosidad —a la que a buen seguro no es ajeno el Glen Moray—, el tío se sube las gafas y comienza a leer claramente el último mensaje del Viejo: «Querido, me siento un poco cansado, así que si un día de estos faltó a nuestra cita en Skype, no te preocupes. Allí arriba seguro que encontraré a alguien que pueda crearme una conexión entre el cielo y la tierra. Podríamos llamarle Sky, ¿qué te parece...?». ».

—Al final del mensaje incluso hay un emoticono —precisa el tío, quitándose las gafas—. ¿Os dais cuenta?

Jean y Malo ya no se dan cuenta de gran cosa. Contemplando la imagen muda del

tío, como detenida en «pausa», rememoran y repasan una y otra vez el último mensaje del Viejo. Jean tiene la sonrisa de buena fe del que, una vez más, no ha sabido descubrir el truco del mago. En cuanto a Malo, con los codos sobre las rodillas y la mirada extraviada, navega ahora en una dimensión alejada de las pantallas terrestres. Mientras dos lágrimas —las últimas, prometido— caen a uno y otro lado de su boca, dice, conmocionado:

—Él tampoco me ha dicho adiós.

—¿Eh?

—No me ha dicho adiós. Como yo en Lacanau.

—No te preocupes, Malo —le tranquiliza Jean, enjugándole la mejilla—. No es culpa tuya, ni de él, si su mensaje no llegó a salir. Con cobertura o sin ella, estabais en la misma onda.

Al otro lado de la pantalla, un profundo resoplido los saca de su sopor. Ahí está el tío, agotado, bondadoso, con su cara rolliza aliviada por haber podido llorar, sin falso pudor ni falsa vergüenza, delante de los suyos. Por supuesto, le verán en París para el funeral y el entierro. Por supuesto, allí conocerá a Leïla, e incluso al nuevo novio de esta; suerte que el Viejo no llegó a saberlo, pero qué más da. A Malo le gusta ese padrastro fotógrafo que siempre trae unas imágenes increíbles de sus viajes. Por supuesto, todos irán a visitarle a Escocia, más adelante, un día, cuando todo termine.

Finalmente, le saludan y le mandan besos, sin atreverse a confesar su frustración —recíproca— por no poder abrazarse. Luego la pantalla, confirmando el augurio, se apaga del todo. Bueno, no del todo: a ojos de Malo, y solamente a sus ojos, siempre persistirá en ella un minúsculo punto blanco, permanentemente brillante. Un simple punto luminoso aquí pero que, en el cielo del Médoc, es una nueva estrella.



FRANÇOIS D'EPENOUX es un autor francés con varias novelas publicadas, dos de las cuales han sido adaptadas al cine: *Deux jours à tuer* (por Jean Becker en 2008) y *Les Papas du dimanche* (por Louis Becker en 2012).

Con *El despertar del corazón* obtuvo el prestigioso Premio Maison de la presse 2014 otorgado por los librereros franceses y se posicionó durante meses en las listas de *best sellers*. Esta es la primera novela que publica en España.